



PALABRAS PARA TI

LYN DENISON

Lectulandia

Después de rehacer su vida tras una devastadora traición, Kate Ballantyne regresa a su pueblo natal. Allí lleva una existencia tranquila y solitaria como bibliotecaria municipal, mientras organiza la próxima conferencia de una exitosa escritora cuya primera novela *La fiebre del oro* ha alcanzado un repentino éxito de ventas.

Pero la noticia de que, después de diez años, Ashley Maclean regresa también al pueblo acaba volviendo del revés el cuidadosamente controlado mundo de Kate.

Lectulandia

Lyn Denison

Palabras para ti

ePub r1.0

Banshee 01.12.13

Título original: *Gold fever*

Lyn Denison, 1998

Traducción: Zoraida de Torres Burgos

Diseño de portada: Rubén Montero

Imagen de portada: Thomas Karsten

Editor digital: Banshee

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

A Glenda, mi tesoro.

Y a mis padres,
desaparecidos demasiado pronto.

Capítulo uno

Todos los instintos de conservación de Kate le exigían a gritos que corriera a refugiarse en su despacho lo antes posible. Pero se esforzó por caminar lentamente, sosteniendo con indolencia el periódico. Abrió la puerta y entró. Gracias a Dios, las mamparas de cristal tenían las persianas bajadas. Necesitaba desesperadamente estar sola.

Kate cerró tranquilamente la puerta detrás de ella y, bajó los párpados y respiró por fin, después de haber estado conteniendo dolorosamente el aliento.

Sosteniéndose como pudo sobre sus temblorosas piernas, consiguió atravesar la habitación y colocarse tras el escritorio, donde se dejó caer aliviada sobre el asiento. Sólo entonces desplegó el periódico local que había estado sujetando con aquella aparente indolencia. Colocó el diario frente a ella, sobre la lista de nuevas adquisiciones que había estado redactando hasta unas horas antes. Entonces pasó lentamente las páginas, hasta llegar al corto párrafo que el auxiliar de biblioteca había señalado con total inocencia hacía diez minutos.

En realidad era una información inocua, incluida en lo que era poco más que una columna de cotilleos disfrazada de ecos de sociedad. Kate hizo un esfuerzo por leer el texto:

El señor Bill Machan y su esposa, vecinos de la calle Water, celebrarán este fin de semana en su domicilio el sexagésimo aniversario de la señora Maclean. Entre los asistentes se hallarán los cuatro hijos del matrimonio: el empresario local Baden Maclean y su esposa Susan; Belinda (Maclean), su esposo Patrick Harrison y sus hijos, residentes en Tully; Timothy Maclean y su esposa Gail, residentes en Townsville, y Ashley (Maclean), su esposo el doctor Dean Andrews y su hija, residentes en Melbourne. A la celebración acudirán otros parientes y amigos, procedentes de lugares tan distantes como Adelaida. Patsy y Bill partirán después en una segunda luna de miel, en un crucero de dos semanas por el Pacífico Sur.

—¿Tú no vives al lado de los Maclean? —le preguntó justo antes de marcharse Ryan Marshall, el joven auxiliar de biblioteca que trabajaba con ella media jornada. Kate asintió con vaguedad.

—Más o menos. La parte trasera de mi casa da a su parcela. —Kate se quedó un momento callada y echó un vistazo al periódico que tenía Ryan en las manos—. ¿Por qué?

—Parece que están organizando una gran fiesta para dentro de un par de semanas y, según mi hermano mayor, los hijos de los Maclean tienen fama de bullangueros,

¿no? —preguntó Ryan como si nada—. Será mejor que te marches fuera durante el fin de semana. O si no únete a la fiesta. Es por el cumpleaños de la señora Maclean —añadió cuando Kate frunció el entrecejo en un gesto de incompreensión—. Puedes aparecer por allí como una buena vecina, para desearle un feliz cumpleaños a la dueña de la casa. —Ryan sonrió bonachonamente—. Mira, quédate el periódico. Yo ya lo he leído. —Le pasó el periódico a Kate, que lo agarró maquinalmente—. Por cierto, ¿has visto el fax que ha llegado esta mañana?

—¿El fax? —repitió Kate, como si el nombre de los Maclean hubiera apartado cualquier otro pensamiento de su mente.

—El que ha enviado la agente de nuestra autora invitada —explicó Ryan.

—Ah, el fax. Sí, sí —Kate se esforzó denodadamente por centrarse en la conversación.

—Hasta ahora nunca había venido ningún escritor a visitar la biblioteca, ¿verdad? Kate hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Desde que estoy yo, no.

—Me impresiona mucho que venga Leigh Mossman, ¿a ti no? Es que su libro era tan bueno... En casa lo hemos leído todos, y mi madre y mis hermanas dicen que el protagonista de la novela les parece muy seductor.

La semana anterior, la agente de Leigh Mossman había enviado un fax para proponer que la joven y prometedor escritora, que iba a firmar ejemplares en la librería del pueblo, impartiese una conferencia en la biblioteca municipal. Al parecer, Leigh Mossman había vivido en Charters Towers durante su infancia y tenía previsto ir a pasar unas cortas vacaciones en el pueblo a finales del mes.

—*La fiebre del oro* es el mejor libro que he leído desde hace un montón de tiempo —continuó Ryan, entusiasmándose—. Aparte del hecho de que transcurre en Towers, es una historia muy romántica, que en mi opinión puede resultar interesante tanto para el público masculino como para el femenino. —Ryan se tomaba la lectura en serio y Kate normalmente disfrutaba con sus juveniles disertaciones—. ¿Tú ya lo has leído, Kate? —le preguntó el joven auxiliar.

Ella negó con la cabeza.

—No, todavía no. Pero supongo que debería hacerlo antes de que venga Leigh Mossman.

—Pues no lo empieces a según qué horas, porque te aseguro que te vas a pasar la noche en vela leyéndolo —le advirtió Ryan—. Es curioso que nadie haya oído hablar de esa tal Leigh Mossman. Debe de ser un seudónimo. A no ser que descienda de Júpiter Mossman, el hombre que descubrió el oro en la región. ¿Tú qué crees?

—Si fuera así, seguramente lo mencionaría en el material de promoción —sugirió Kate y Ryan asintió con un gesto.

—Sí, seguramente. Bueno, a finales de mes se sabrá todo. Hasta mañana, jefa. —

Ryan se marchó, despidiéndose de Kate con un ademán jovial.

Y Kate tuvo que continuar como si no hubiera ocurrido nada. Hasta que por fin consiguió refugiarse en la soledad de su despacho.

«Puedes aparecer por allí como una buena vecina, para desearle un feliz cumpleaños a la dueña de la casa», había dicho Ryan. Si no se tratara de algo tan doloroso, aquella broma la habría hecho sonreír. En realidad, pensó amargamente, la reacción más probable de Patsy Maclean sería pedirle que se marchara.

Luego pensó que tal vez no sería así. Desde que había muerto su tía, Kate y Patsy Maclean se habían saludado un par de veces al cruzarse por la calle. Quizá Patsy había empezado a perdonarla, tras diez largos años de silenciosa reprobación.

Sin embargo, al principio todo había sido muy distinto. De hecho, justo al revés. Patsy Maclean se había convertido casi en una segunda madre para la niña callada y solitaria que era Kate. En realidad, Patsy había sido la única figura materna que Kate había conocido en su vida. Su madre, y su padre también, se le antojaban muy distantes en comparación con Patsy y Bill Maclean.

Kate hizo una mueca burlona. Ahora, con veintiocho años, podía entender algo mejor a sus padres. Eran dos afamados catedráticos, totalmente volcados en su profesión, que seguramente se habían quedado bastante desconcertados cuando, ya casi cuarentones, tuvieron una niña.

Kate tenía diez años cuando sus padres murieron en un trágico accidente. Una vez vendida la casa y saldadas las deudas, no quedó dinero suficiente para seguir pagando el colegio en el que estaba interna. De modo que la enviaron bajo el cuidado de su única pariente viva, su tía paterna, una mujer que era mucho mayor que su padre y cuya existencia Kate desconocía.

Jane Ballantyne, que se había jubilado recientemente de su trabajo como secretaria en un bufete de abogados, vivía en la casa familiar de los Ballantyne, en el pueblo de Charters Towers, mil quinientos kilómetros al norte de Brisbane.

Para la niña de diez años que era Kate, los miembros de la familia Maclean, comparados con sus padres, tan serios, y con su igualmente reservada tía, eran unos seres pintorescos, como de otro planeta. Y en cuanto a Ashley Maclean: en fin, Ashley era... Una punzada de dolor encogió el corazón de Kate.

Le parecía estar viendo a aquellas dos niñas de diez años, una morena y la otra rubia, que recorrían atropelladamente con las bicicletas la maltrecha pista de tierra que discurría entre fantasmagóricos bejucos. Poco después, esas mismas niñas trepaban en busca de oro hasta lo alto de la colina, formada por los escombros de una antigua mina, convencidas de que habían descubierto un filón, hasta que Tim, el hermano de Ashley, les explicó en tono paternal que aquello tan reluciente era pirita, un metal que brillaba mucho más que el oro auténtico.

Kate, sentada detrás del escritorio, se frotó los ojos mientras los recuerdos del día

en que había conocido a Ashley se agolpaban con toda claridad ante ella, como si hubieran quedado marcados en su mente de forma indeleble. ¿Como si? Kate torció la boca burlonamente. Por supuesto que le habían quedado marcados. Todo lo que tenía que ver con Ashley Maclean había sido convenientemente registrado en una especie de vídeo interno, que se ponía automáticamente en marcha cada vez que Kate bajaba la guardia. Incluso ahora, después de tantos años.

Cuando murieron sus padres, la vida de Kate cambió por completo. Su padre se había marchado de Charters Towers, su pueblo natal, unos veinticinco años antes, y Kate nunca le oyó nombrar ni a su familia ni al lugar del que procedía. Más adelante, se enteró de que su padre había roto todos los lazos familiares después de una discusión con su hermana y no se había vuelto a poner en contacto con ella en todo ese tiempo.

El hecho de que una tía desconocida fuera a recogerla al aeropuerto de Townsville y la hiciera recorrer ciento cuarenta kilómetros en coche hasta lo que iba a ser su nueva casa en Towers desconcertó mucho a Kate. Las tonalidades rojizas de aquel antiguo pueblo de buscadores de oro se le antojaron propias de un país extranjero, comparadas con el paisaje relativamente verde de Brisbane. Kate recordó que su corazón de niña dio un vuelco cuando apartó silenciosamente la mirada de su alta y austera tía y la posó en la gran casona de estilo colonial, encaramada sobre gruesos pilares de madera.

Los primeros días, Kate sintió una abrumadora y casi constante necesidad de huir. Aunque en casa de su tía disponía de su propia habitación, que además era mucho más grande que la de antes, la casa siempre parecía dominada por la severa presencia de la anciana. Llevaba menos de una semana con su tía Jane, cuando se armó de valor y salió a investigar por los alrededores. Descubrió un escondite construido al fondo del alargado jardín trasero y allí encontró su refugio.

Un enorme tamarindo desplegaba sus ramas sobre el jardín de su tía y, a media altura del tronco, más o menos, había una plataforma hecha con tablones. Alguien había construido una precaria cabañita en lo alto del árbol. Unas planchas bastas e irregulares de hierro ondulado formaban un tejadillo y una tosca escalerilla de mano apoyada contra la parte posterior del tronco permitía llegar hasta la primera rama sólida.

Kate no se imaginaba a su tía construyendo la cabaña del árbol. Como desde la casa no se veía, lo más seguro era que la mujer ni siquiera supiese que estaba en el jardín. ¿Quién la habría construido?

Kate comprobó que la escalerilla resistía su peso y le pareció que era estable y robusta. Trepó hasta la rama más baja y allí descubrió unos asideros que llegaban hasta la plataforma. Se sentó sobre un cajón de madera y sonrió por primera vez desde hacía semanas. Entonces decidió que aquél sería su refugio. Allí podía sentarse a leer y rodearse de su pequeño mundo particular, o de lo que quedaba de él después

de que todo se hubiera desmoronado sobre ella.

Se puso de pie y avanzó cautelosamente por la plataforma para comprobar si aguantaba, pero parecía bastante segura. Asiéndose a una rama, se asomó entre las hojas y vislumbró retazos de color azul cobalto del cálido cielo tropical.

Entonces oyó ruido: los chillidos de unos niños que jugaban, las voces más graves de unos adolescentes que bromeaban, las risotadas de unos adultos. Poniéndose de puntillas, Kate comprobó que podía ver la parcela que quedaba detrás de la de su tía y que estaba al otro lado de la valla de separación.

Había una piscina, centelleante bajo la luz del sol, de un azul turquesa en el que resaltaban los cuerpos bronceados y relucientes de los bañistas. A un lado había un tobogán amarillo que llegaba hasta la piscina, y se oían los gritos y las risas de los niños que se deslizaban por él para lanzarse al agua. En el intenso calor, la mera visión de aquellos cuerpos sumergiéndose inquietos en el agua hizo que Kate se sintiera más fresca.

Parecía haber gente por todas partes. Adultos, adolescentes, niños pequeños. Había incluso dos perros lanosos y oscuros que corrían de acá para allá, disfrutando de los juegos y del constante movimiento. Y sobre el tejadillo de un cobertizo, justo al otro lado de la valla, un gato de color carey se lamía negligentemente las zarpas.

Kate no daba abasto contemplando todo aquello. El color, la incesante actividad, el bullicio. Un bullicio animado, alegre, jovial, cargado de risas.

No había visto nada igual en toda su vida y ni siquiera era capaz de imaginarse cómo sería participar de aquella escena.

Más tarde se enteró de que los Maclean solían organizar barbacoas en el jardín, a las que estaban invitados sus amigos y todos los miembros de su extensa familia. Pero ese primer día, Kate se quedó escondida en la cabaña del árbol y se limitó a observar, totalmente extasiada, hasta el anochecer. Luego se encendieron las luces exteriores y la fiesta prosiguió. Hubiera querido quedarse más tiempo observando aquel mundo distinto, pero sabía que su tía la estaría esperando para cenar y que saldría a buscarla si no la encontraba en su habitación.

Así fue cómo Kate se aficionó a pasar las tardes en la cabaña del tamarindo, leyendo y mirando a los vecinos. Hasta llegó a creerse capaz de distinguirlos.

La mujer morena de pelo corto y rizado y el hombre rechoncho y de pelo claro eran los padres, evidentemente. También había dos adolescentes altos, un chico y una chica, y un niño un poco menor. Y una niña que parecía tener aproximadamente la edad de Kate.

La niña tenía un pelo largo y rubio que ondeaba en el aire cuando brincaba y daba arriesgados saltos mortales sobre la cama elástica. Kate la observaba especialmente. Le habría gustado cambiarse por ella, formar parte de aquella familia cariñosa, vital, eternamente activa.

Pero, claro está, sabía que aquello era un sueño imposible. Kate sospechaba que no habría sido capaz de desempeñar el papel que le correspondería si ocupaba el lugar de la otra niña. Nunca había corrido por el césped sin zapatos ni calcetines, nunca se había deslizado peligrosamente por un tobogán para lanzarse al agua, ni había saltado valerosamente sobre una cama elástica. Era tan poco valiente que ni siquiera se atrevería a intentarlo. Sin embargo, ¡cuánto le habría gustado ser así!

Una tarde, pocos días después, Kate estaba sentada en la cabaña, intentando leer. En la casa de los vecinos todo era silencio, por lo que pensó que la familia había salido. Volvió la vista hacia el libro, algo decepcionada, pero no consiguió concentrarse.

Sin saber por qué, a Kate le vino a la mente la casa de Brisbane, silenciosa y repleta de libros. Su padre trabajando en el estudio, con las gafas de leer apoyadas en el puente de la nariz. Y su madre en su propio estudio, corrigiendo los trabajos de los estudiantes. La tranquila soledad de su pequeño dormitorio. Y ahora, aquella casa distinta, pero también silenciosa, de Charters Towers. Aquel calor diferente. Los olores diferentes. Y la desconcertante idea de tener que ir a una escuela distinta después de las vacaciones. Y Kate notó que los ojos se le llenaban de unas inhabituales lágrimas.

—¡Ah, has encontrado mi escondite!

Kate se asustó tanto al oír aquella voz que casi se cayó del cajón de fruta que estaba utilizando como asiento. Incómoda, se secó las lágrimas con el dorso de la mano.

—Lo siento. Te he dado un susto de muerte, ¿no? —La niña tenía unos ojos de un azul claro impresionante, que se le achinaban cuando sonreía.

Kate reconoció aquella larga melena rubia y, de pronto, se sintió culpable por haber estado espiando a los vecinos. El corazón le empezó a retumbar dentro del pecho.

—Esto es una propiedad privada —se oyó decir a sí misma con altisonancia. Se levantó y dirigió una fiera mirada a la otra niña.

—Ya lo sé. Pero a veces me escondo aquí para que los chicos me dejen tranquila.

La niña frunció la naricilla, señalando con la cabeza en dirección al emocionante mundo que había al otro lado de la valla.

Kate siguió mirando con rabia a la propietaria de aquellos ojos azules, mientras el corazón continuaba retumbándole en el pecho.

La niña sonrió aún más abiertamente y se estiró para asir una de las ramas superiores. Con un solo gesto, dio un salto y se quedó de pie sobre la plataforma, al lado de Kate. Ésta retrocedió un paso para proteger su espacio y algo raro, algo muy extraño, le oprimió el corazón. Parpadeó, incapaz de comprender los sentimientos que nacían en su interior. Pero, fuera como fuera, supo que tenía ante ella a la niña

más bonita que había visto nunca.

Desde aquel momento, cada vez que Kate se acordaba de Ashley, pensaba en aquel instante mágico en que vuelve a salir el sol después de la lluvia. Ashley, aquella niña de amplia sonrisa y espeso cabello dorado, más claro en las puntas por efecto del sol. Tenía los ojos de un azul purísimo y un suave rastro de pecas le surcaba la nariz. Era más bajita que Kate y un poco menos delgada.

Era la niña de la melena al viento, la que daba aquellos fantásticos saltos mortales sobre la cama elástica. Formaba parte de aquel mundo ajeno que había al otro lado de la valla. Y Kate no sabía qué decirle.

—Tú debes de ser la sobrina de la señora Ballantyne. Ya nos han dicho que venías a vivir con ella.

Kate se preguntó quién se lo habría dicho. No se imaginaba a su tía contándole su vida a nadie.

—Me llamo Ashley.

La niña le tendió la mano y Kate alargó maquinalmente el brazo y se la estrechó nerviosamente.

Unos dedos cálidos se cerraron alrededor de los suyos. Kate notó que se ponía colorada y rápidamente retiró la mano.

—Bueno, en realidad me llamo Ashley Maclean. —La niña volvió a sonreír. Inclino la rubia cabeza y enarcó las cejas interrogativamente—. Dime, ¿y tú cómo te llamas?

Kate vaciló un momento y miró hacia la casa. ¿Su tía la dejaría hablar con esa niña?

—No se nos ve desde ninguna de las dos casas —dijo animadamente Ashley—. Por eso elegí este árbol para construir la cabaña.

—¿La has hecho tú? —no pudo evitar preguntar Kate, señalando la plataforma de madera.

—Sí. Y no fue fácil, la verdad. Tenía que esperar a que se marcharan mis padres y la señora Ballantyne, por si me oían. Y tenía que birlarle a mi padre el martillo y los clavos sin que sospecharan mis hermanos. Si se hubieran enterado, habrían querido quedarse ellos con la cabaña. Tener hermanos es una lata. —Suspiró—. ¿Tú tienes?

—¿Si tengo qué? —balbuceó Kate.

—¡Hermanos, tonta!

—¡Ah, no! Soy hija única.

—Vaya, qué suerte tienes. —Ashley volvió a suspirar—. Bueno, ¿vas a decirme cómo te llamas o voy a tener que adivinarlo? —Frunció el entrecejo e hizo un mohín—. ¿Mary Anne? ¿Eloise? —Soltó una risita—. Ya lo sé: ¡Susan!

Kate negó levemente con la cabeza, con la mirada fija en la boca sonriente de la otra niña.

—¿No? Bueno. ¿Qué me dices de Rebecca? ¿O tal vez te llamas Jennifer? Es un nombre que siempre me ha gustado. La verdad es que preferiría llamarme Jennifer.

En ese momento, Kate casi deseó llamarse así.

—Me llamo Kate —dijo lacónicamente—. Bueno, Katherine. Pero siempre me han llamado Kate.

—Kate. —La risueña voz de Ashley Maclean repitió el nombre y Kate sintió que su joven corazón le daba un vuelco—. Kate. Me gusta mucho. —Sus ojos azules examinaron someramente la pálida cara de Kate, su anodino pelo castaño, sus vulgares ojos grises—. Te pega.

—¿Ah, sí? —murmuró Kate antes de poder evitarlo, notando que se ponía como la grana.

—Sí, te pega. —Ashley se rió y se sentó directamente sobre la plataforma, con las piernas cruzadas.

—¿Tú crees? —preguntó Kate con indecisión—. A mí siempre me ha parecido un nombre anticuado. —Se sorprendió al comprobar que estaba haciéndole una confianza a la otra niña.

—¿Por qué? ¿Te pusieron el nombre de tu madre o qué?

Kate negó con la cabeza y se sentó otra vez sobre el cajón.

—No. Creo que a mis padres les gustaba, nada más.

—Al menos no es un nombre de niño, como el mío. —Ashley frunció la nariz y se inclinó, apoyando los codos en las rodillas y la barbilla en las manos.

La cabaña del árbol se volvió de repente demasiado pequeña y Kate apartó unos milímetros el cajón en el que estaba sentada.

—Mi madre estaba leyendo *Lo que el viento se llevó* cuando yo nací —continuó tranquilamente Ashley—, así que decidió que su hijo, fuera niño o niña, se llamaría Ashley.

—A mí me parece un nombre bonito —dijo educadamente Kate.

—Gracias. —Ashley hizo una mueca y cambió de postura, apoyándose en las manos y extendiendo los pies descalzos frente a ella.

Para la consternación de Kate, al cambiar de postura la niña quedó aún más cerca de ella, con sus piernas rozando prácticamente las de Kate. Ésta se apartó con disimulo hasta quedarse en equilibrio al borde del cajón, intentando dejar algo de espacio entre ambas.

—No, no te muevas. Hay sitio para las dos. —Ashley sonrió—. Aunque si vamos a compartir la cabaña tendré que buscar otro cajón, y también tendríamos que arreglarla un poco y añadir un par de tablones.

Kate contempló las tablas de madera como si no las hubiera visto nunca antes, y Ashley se rió de la expresión de su rostro.

—Mi padre es constructor, y mis hermanos y yo hace años que lo ayudamos. Soy

casi una experta —añadió satisfecha—. Dime, ¿qué estás leyendo? —Alargó el brazo y agarró el libro que Kate tenía aún en la mano. Le dio la vuelta y miró el título antes de devolvérselo—. No está mal, ¿verdad?

—¿Lo has leído?

Ashley asintió.

—Al principio de las vacaciones. Lo saqué de la biblioteca. Mi madre dice que si me descuido van a tener que operarme para arrancarme un libro de la mano. Leo muchísimo.

—Yo también.

Hubo un momento de silencio.

—Ahora estoy leyendo uno de mi madre, y hay un montón de sexo.

Kate se puso tensa y notó que volvía a ruborizarse.

—¿Tu madre te deja leer sus libros?

—¿Estás de broma? Si se enterara, le daría un ataque. Belinda se lo ha leído, así que no veo por qué no puedo leerlo yo.

—¿Quién es Belinda?

Ashley hizo una mueca.

—Mi hermana mayor. Tiene casi diecisiete años y le dejan hacer lo que quiere. —Ashley volvió a fruncir la nariz—. Es una pesada. Siempre está dándome órdenes. Es un descanso poder venir aquí. Cuando no son mi madre o Belinda las que se meten conmigo, son los latosos de mis hermanos.

—¿Cuántos hermanos tenéis, Belinda y tú?

—Dos. Baden es el gemelo de Belinda, y luego está Timothy. Está a punto de cumplir catorce. ¡Todos son adolescentes! —Ashley puso los ojos en blanco—. Por eso te digo que tienes suerte de ser hija única. Tiene que ser muy tranquilo —concluyó con sincera espontaneidad.

Kate no estaba tan segura. Pero tampoco se imaginaba cómo era tener hermanos.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte con la señora Ballantyne?

Kate experimentó un acceso de pánico, que ya le resultaba familiar, y tragó saliva.

—No lo sé. Unos años, en todo caso. —Hasta que tuviera edad para vivir por su cuenta, podría haber añadido, pero no lo hizo.

—¿Unos años? —Ashley enarcó las cejas en un gesto de sorpresa—. Pensé que habías venido a pasar las vacaciones escolares. ¿Y dónde están tus padres?

Kate parpadeó y Ashley volvió a alzar sus finas cejas.

—Han muerto —dijo finalmente.

Aquellas palabras parecieron cernirse sobre ella y retumbar en su interior. De repente todo se le antojó dolorosamente definitivo. Tragó saliva, pero no logró contener las lágrimas que le asomaron a los ojos y empezaron a surcarle las mejillas. Habían pasado ocho largas semanas desde el entierro y Kate todavía no había llorado.

Hasta entonces.

—Vaya, lo siento. No quería ponerte triste —dijo Ashley. Entonces la rodeó con los brazos y Kate hundió la cara en el hueco de su cuello. Ashley olía a sol y a miel. La mano de Ashley le acarició delicadamente la espalda y Kate soltó algunas lágrimas más.

Hasta la fecha, Kate no había conseguido explicarse el motivo de su honda tristeza. Lo cierto era que nunca se había sentido muy unida a sus padres. No sentía por ellos el afecto que más tarde vio que sentía Ashley por los suyos.

Los padres de Kate salían bastante a menudo de viaje y ella estaba interna en un colegio. Los veía apenas un par de semanas al año. Y cuando se fue a vivir con su tía, la mujer nunca los mencionó. Ashley Maclean, aquella niña de diez años, era la primera persona que ofrecía a Kate el consuelo de sus brazos infantiles.

En aquel momento, Kate supo que nunca olvidaría la primera vez que Ashley la había abrazado, la sensación de proximidad, aquellos instantes en que el tiempo se había detenido y ella había sido intensamente consciente de la compasión que sentía la otra niña, del tacto de su cuerpo, de la embriagadora fragancia de su piel.

Kate se apartó un poco y, de pronto, soltó atropelladamente toda la historia: el accidente que habían sufrido su padre y su madre cuando combinaban unas breves vacaciones con la gira de conferencias que impartía él. El autocar con el que habían estado viajando por México se precipitó por un terraplén, y Richard y Margaret Ballantyne se encontraban entre las veinticinco víctimas mortales. Kate estaba en el internado y la directora la llamó a su despacho para comunicarle la noticia.

Kate, sentada en su despacho dieciocho años después, se pasó la mano por los ojos enrojecidos. Ahora, retrospectivamente, comprendía que no podía echarles la culpa de nada, ni a sus profesoras ni a la tía solterona que se había encontrado de repente con una sobrina de diez años, pues sabía que siempre había sido una niña solitaria y callada. Al menos, eso parecía. En cuanto tuvo edad, la internaron en el colegio y Kate se cubrió con un caparazón para protegerse. Pero con Ashley nunca se había mostrado reservada.

Aquel instante vivido en la cabaña del tamarindo, en aquella plataforma que ampliaron más tarde entre las dos, marcó el inicio de su amistad, una amistad que terminó dolorosamente ocho años después.

Kate no volvió a saber nada de Ashley en todos aquellos penosos años. Tampoco intentó saber de ella, al menos tras las primeras e interminables semanas de incrédulo estupor. Le había escrito muchas cartas, pero siempre terminaba por romperlas antes de reunir el valor suficiente para echarlas al correo.

Y ahora Ashley Maclean volvía a Towers. No, ya no era Ashley Maclean. Era Ashley Andrews. Y volvía acompañada de su marido.

Capítulo dos

Al atardecer, Kate detuvo el coche junto al camino de entrada de la parcela de Rosemary y apagó el motor. Como había estado un rato sentada en el despacho, pensando obsesivamente en la reunión familiar de los Maclean, al final salió tarde del trabajo y tuvo que correr a casa a darse una ducha rápida y ponerse una camiseta y unos vaqueros cómodos.

Suspiró, pensando que habría sido mejor llamar por teléfono a Rosemary y anular la acostumbrada cena de los jueves. Se sentía cansada y desorientada, y quería estar sola para pensar en la nota del periódico y en todo lo que implicaba.

Sin embargo, una parte de ella sabía que, en aquellos momentos, no era tan buena idea pasar la noche en la casa vacía. Quedarse sola sólo serviría para abrir la puerta a otros recuerdos, en los que por el momento prefería no seguir pensando.

La lámpara de la entrada brillaba a la luz del crepúsculo, creando un ambiente acogedor. Entonces se abrió la puerta de la casa y asomó el rostro de Rosemary, mientras Kate se esforzaba por salir del Ford Láser.

—Me ha parecido oír el coche —dijo alegremente Rosemary, mientras Kate subía el corto tramo de escalones que conducía a la entrada.

Kate trató de sonreír.

—Lo siento, llego un poco tarde.

—No pasa nada. —Rosemary cerró la puerta detrás de Kate y extendió los brazos, atrayéndola hacia su pecho—. Por esto siempre vale la pena esperar. —Rosemary la besó ansiosamente, le deslizó las manos por la espalda y las posó sobre sus nalgas. Acercó a Kate contra su cuerpo hasta que estuvieron pecho con pecho, abdomen con abdomen, muslo con muslo.

Kate trató de relajarse abandonándose al abrazo de la otra mujer, pero acabó reaccionando ante el prolongado beso de Rosemary.

Cuando separaba su boca de la de Kate, Rosemary murmuró:

—Me encanta estar abrazándote, pero será mejor que nos reservemos para el postre. Si no, la cena se echará a perder.

—Y eso no puede ser, claro —replicó Kate.

—Pues no, porque me he pasado horas trajinando y pasando calor delante de los fogones —soltó de mala gana, mientras caminaba delante de Kate—. ¿Te apetece un vinito? —preguntó, volviendo la vista.

Kate asintió.

—Mucho. —Siguió a Rosemary hasta el salón comedor, pequeño y decorado con gracia, mientras recorría con los ojos las esbeltas formas de su amiga.

Rosemary Greig era pelirroja y delgada, y se movía con el mismo aplomo que parecía caracterizar todas las facetas de su vida. Era una mujer atractiva, que frisaba

los cuarenta, y se había trasladado hacía un par de años a Charters Towers para trabajar como secretaria del alcalde.

—Bueno, ¿qué hay para cenar? —Kate trató de hacer un esfuerzo. Sabía que su estado de ánimo no tenía nada que ver con Rosemary—. ¡Qué bien huele!

Rosemary le pasó una copa de vino.

—Esta semana toca cocina tailandesa.

—Tendrías que dejarme cocinar a mí —protestó Kate, sintiéndose culpable de que siempre fuera Rosemary la que preparara la cena.

—Cuando termine el cursillo de cocina. Ya te he dicho que me encanta tener a alguien con quien poner a prueba mis nuevos conocimientos. —Colocó platos previamente calentados en la mesa y empezó a servir la comida—. Es mucho mejor poder cocinar para otra persona, además de para una misma.

Kate tomó un sorbito de vino y paladeó su fresco sabor.

—Lo pasas bien en el cursillo de cocina, ¿no?

Rosemary hizo un gesto de asentimiento.

—Mucho. —Trajo la comida desde la barra de la cocina—. Siéntese, señora —dijo, haciendo una reverencia.

Cenaron amigablemente a la luz de las velas y Kate comprobó que la desazón que la dominaba empezaba a disminuir. Sabía que, de haberse quedado en casa recreándose en su tristeza, sólo habría conseguido sentirse peor. Y Rosemary, en caso de que hubiera advertido que su amiga estaba algo más callada de lo habitual aquella noche, no hizo ningún comentario. Ahora, tranquila y en agradable compañía, se alegraba de haber ido a la cena. Rosemary era muy divertida y la entretuvo contándole pintorescas historias de los demás asistentes al cursillo de cocina. Kate tenía la sensación de que ya los conocía a todos y acabó riendo tranquilamente con las anécdotas de Rosemary.

Después de la cena, Kate ayudó a su amiga a quitar la mesa y luego volvieron al salón y se sentaron en el sofá, una al lado de la otra.

—¿Quieres ver la tele? —preguntó Rosemary. Acto seguido enarcó las cejas e hizo como si se retorciera las puntas de un bigote imaginario—. ¿O podemos pasar ya al postre?

—¡Qué sutil! —rió Kate—. ¡Vaya técnica! Descansemos un poco antes. —Se frotó la tripa—. La cena estaba deliciosa y creo que me he pasado un poco comiendo.

—Es que no sabes contenerme —rió Rosemary, acurrucándose contra Kate y entrelazando la mano con la de su amiga—. Tienes cara de cansada, y pareces algo preocupada. ¿Has tenido un día duro en el trabajo?

Kate suspiró.

—Lo normal. Bueno, llegó el fax de confirmación de la agente de Leigh Mossman, esa escritora nueva. Está previsto que venga al pueblo dentro de un par de

semanas, así que tendría que leerme el libro antes de que llegue. No suelo leer novelas históricas, pero Ryan dice que ésta es magnífica.

—¿*La fiebre del oro*? No está mal.

—¿La has leído? —preguntó Kate, sorprendida.

—¡Ajá! —Rosemary hizo un gesto de asentimiento—. Acabo de terminarla. Me compré el libro cuando me dijiste que iba a venir la autora a la biblioteca. Ya sé que el hecho de que la historia transcurra en Towers le da un especial interés, pero aparte de eso vale la pena leer la novela. ¿Ya has averiguado quién es esa tal Leigh Mossman? Vamos, supongo que es originaria del pueblo...

—Parece que nadie ha oído hablar de ella.

Rosemary sonrió.

—¡Vaya, una mujer misteriosa! Pues para ser su primera novela está bastante bien escrita. Entiendo que se esté vendiendo tan bien.

—En la biblioteca, todos los lectores que se la han llevado en préstamo han dicho que les ha gustado, así que su conferencia estará bastante concurrida, me imagino. Al menos eso espero, aunque sólo sea para que Phillip se calle un poco. —Kate hizo una mueca—. Cuando propuse encargar un pisco-labis, nada más que té, café y algo para picar, dijo que era malgastar el dinero.

Rosemary se escandalizó.

—¿Qué? ¿Va a poner pegajos por unos canapés y unos pastelitos? ¡Es el colmo!

Kate sonrió.

—Los canapés los haremos nosotros y la madre de Ryan preparará unos pasteles y sus famosas galletas. Se ha ofrecido voluntaria. A la familia Marshall en pleno le ha encantado el libro.

—Mi hermana me ha contado que hace un mes o algo así vio a Leigh Mossman en la tele de Sydney, en el *Midday Show*. Dice que es guapa. ¡Aunque eso de ser joven, rubia y atractiva no tiene por qué ayudarla en su carrera, claro!

—¡Qué cínica eres, cariño! —Kate se echó a reír y Rosemary sonrió también.

—Tienes mejor cara que al llegar —dijo. Kate se encogió de hombros.

—Es que he tenido un día malo, nada más.

—¿No será que Phillip ha insistido y te ha invitado otra vez a salir?

—No, afortunadamente. —Kate sonrió—. Pero, si lo hace, al menos esta vez no me pillaré desprevenida. Ni se me había ocurrido que querría volver a hacer vida social tan pronto, y menos aún que iba a querer salir conmigo. Es que me parece que ni siquiera ha terminado de tramitar el divorcio.

—Qué pena que sea tan... —Rosemary se interrumpió, buscando el adjetivo apropiado.

—¿Soso? —acabó Kate, y Rosemary asintió.

—Exacto. —Miró a Kate—. ¿No dices que lo conoces desde que ibais al colegio?

¿Ya era tan latoso entonces?

—Bastante.

—¿Y qué? ¿Ha estado amándote en secreto todos estos años?

Kate se sintió algo tensa. La conversación estaba aproximándose demasiado a una verdad que, de momento, no quería analizar. Le resultaba todo demasiado doloroso, incluso a esas alturas, después de diez largos años.

—¿Amándome en secreto? Yo no lo diría así —apuntó con cautela.

—Y si fuera así, yo lo entendería —dijo Rosemary con la voz ronca, mientras sujetaba la barbilla de Kate entre los dedos—. Eres muy atractiva. Eres sensata. Eres inteligente...

—Y no me falta ningún diente —añadió lacónicamente. Rosemary soltó una carcajada, divertida.

—Una cualidad imprescindible para la esposa de un secretario municipal.

—¡Venga ya! —refunfuñó Kate—. ¡Ni se te ocurra insinuarlo!

—Bueno, no le echas la culpa al pobre chico. Es un pesado, pero no es tonto. Sabe que detrás de todo gran hombre tiene que haber una gran mujer y, por lo que parece, su última esposa dejaba bastante que desear. Pero tú serías la mujer ideal. En el pueblo te conoce todo el mundo. No tienes ningún ex marido ni hijos por aquí. Y, tal como has puntualizado tú misma con especial elegancia, no te falta ningún diente. Eres perfecta.

Kate se rió.

—Hay un pequeño detalle: no me interesa.

—Bueno, hay dos pequeños detalles —le recordó Rosemary—. En primer lugar, no te interesa. Y en segundo lugar, te gustan las mujeres. Cosa que a mí, personalmente, me parece muy bien.

Kate sonrió, pero acto seguido se puso seria.

—Eso complica algo las cosas, ¿no?

—Claro. Especialmente en un sitio como éste, donde todo el mundo se mete en la vida de los demás.

—Es esa dichosa doble moral, que tanta rabia me ha dado siempre. ¿No te has fijado en que tener alguna aventurilla heterosexual o un pequeño lío adúltero está incluso bien visto y que, en cambio, cuando se trata de homosexualidad, todo el mundo tuerce el gesto y se vuelve conservador y puritano?

—Estoy totalmente de acuerdo —Rosemary hizo un mohín—. Y pobres de los gays que vengan a este pueblo de machos. Está claro que en esta parte del mundo el patriarcado sigue en plena vigencia y seguro que los lugareños tampoco aceptan la más mínima insinuación de lesbianismo en ninguna de sus mujeres.

—¡Ah!, ¿pero tú crees que hay alguna lesbiana en el pueblo? —preguntó Kate con cara de espanto. Rosemary soltó una risita.

—Eso me han dicho. Aunque nunca he visto a ninguna. Al menos a ninguna que se dedique a hacer el amor en plena calle, para escándalo de la comunidad.

Kate se unió a las carcajadas de Rosemary y luego suspiró.

—No resulta fácil, ¿verdad?

—No, desde luego. Por eso me parece increíble que digan que uno elige ser gay. ¿Qué persona en su sano juicio querría pasarse la vida encerrada en el armario, como se suele decir, si tuviera elección? —Rosemary meneó la cabeza reprobatoriamente—. Pero dejemos este tema tan deprimente. Se me ocurren mejores maneras de pasar el tiempo contigo. —Deslizó los labios por la mejilla de Kate, hundió la boca en el hueco de su cuello y empezó a mordisquearle el lóbulo de la oreja—. Mmmm... ¡Qué bien hueles!

—¿Seguro que no es el olorcito que ha dejado esa cena tan deliciosa? —preguntó irónicamente Kate.

—¡Qué romántica! —protestó Rosemary. Y empezó a cubrir de tiernos besos la suave piel de Kate.

«Romántica», se repitió interiormente Kate. Al principio sí lo era, cuando su amor por Ashley la obsesionaba a todos y cada uno de sus instantes de vigilia. Se esforzó por concentrarse en lo inmediato y, mientras Rosemary continuaba mordisqueándole la oreja, volvió la cabeza y su boca se juntó con la de su amiga, en un beso que era un desesperado intento por volver al presente y borrar el pasado.

—Bueno, —Rosemary soltó una leve risa—, esta reacción me incita a seguir con lo que tenía previsto. —Deslizó los dedos bajo la camiseta de Kate y cubrió con sus manos los firmes y pequeños pechos de su amiga. Kate exhaló un tenue gemido y Rosemary le acarició los turgentes pezones con los pulgares.

—Eso es... —murmuró Rosemary, pero cuando Kate empezó a desabrocharle la blusa la detuvo—. No. Espera —dijo—. Primero quiero concentrarme en ti —añadió con la voz ronca, tirando de la camiseta de Kate. Se la quitó y la dejó caer al suelo.

Rosemary le soltó el cierre del sujetador e inclinó el rostro hacia el pecho de Kate, se metió uno de sus pezones erectos en la boca, lo excitó con la punta de la lengua y lo mordisqueó delicadamente.

Kate reaccionó arqueando el cuerpo y clavando las uñas en los almohadones del sillón. Rosemary la apartó con delicadeza y la hizo recostarse en el sofá. Le bajó la cremallera de los vaqueros y se los quitó; luego deslizó lentamente los dedos bajo el borde de las bragas. Sus dedos la rozaron levemente, se retiraron y volvieron a tocarla, y Kate alzó las caderas, con las terminaciones nerviosas tensas por la expectación. Rosemary le fue bajando lentamente las bragas y Kate soltó un quejido de placer, mientras la mano de su amiga volvía a deslizarse hacia lo alto de su pierna.

Los dedos de Rosemary llegaron hasta el vello rizado y oscuro, y se sumergieron poco a poco en su húmedo interior. Finalmente, la penetraron, mientras el pulgar

dibujaba círculos sobre su clítoris. Kate emitió un gemido. Sus músculos se tensaron mientras Rosemary reducía el ritmo y lo aceleraba de nuevo, cubriendo de suaves besos el abdomen de su amiga. Luego la boca sustituyó al pulgar y Rosemary usó los labios y la lengua para aumentar la excitación de Kate, hasta que su amiga, con un gemido de satisfacción, llegó al clímax y se abandonó a un tembloroso orgasmo.

—Qué bien lo haces —dijo Kate, mientras recuperaba el aliento.

Rosemary soltó una risita.

—Tú tampoco lo haces mal. —Asió la mano de Kate y la ayudó a levantarse—. Vamos a ponernos más cómodas y así me devuelves el favor.

Kate dejó que su amiga la condujera de nuevo por el pasillo y la hiciera pasar al dormitorio. Una vez allí, le quitó rápidamente la ropa e inclinó su cuerpo sobre el de ella. Después, se quedaron un rato acostadas la una junto a la otra, contemplando cómo bailaba la luz de la luna en el techo de la habitación.

Kate volvió la cabeza para mirar a Rosemary.

—¿Cuándo te diste cuenta?

—¿De que me gustaban las mujeres? —Rosemary rió quedamente—. ¿Tú o las mujeres en general?

Kate hizo un mohín.

—Las mujeres en general.

—Supongo que en el fondo siempre lo he sabido. Pero me crié en un pueblo pequeño, como éste, y ya sabes lo que es eso. La presión de los convencionalismos es mucho mayor que en la ciudad. Incluso llegué a casarme con el hermano de mi mejor amiga.

Kate enarcó las cejas, sorprendida.

—¿Has estado casada? No lo sabía.

Rosemary hizo una mueca.

—No ha sido lo mejor que he hecho en mi vida. La verdad es que quería casarme con mi mejor amiga, no con su hermano.

De repente, a Kate le vinieron al pensamiento la cara y los risueños ojos azules de Ashley y se esforzó por apartar de la mente aquellos dolorosos recuerdos.

—Y a tu mejor amiga, ¿se lo dijiste?

—No, nunca. —Rosemary desvió la mirada, acosada por sus propios e igualmente inquietantes demonios.

—¿Aún la quieres? —le preguntó con voz queda y Rosemary se encogió de hombros.

—De hecho, no. Ha llovido mucho desde entonces. Creo que nunca me perdonó que me divorciara de Tom, pero yo pensé que ya había hecho bastante con estropear cinco años de su vida. Así que lo dejé todo y me sumergí en el anonimato de la gran ciudad. Descubrí los locales de ambiente y no he vuelto a mirar atrás. ¿Y tú?

Kate se encogió de hombros.

—Tenía unos quince años cuando me di cuenta de que me gustaban las mujeres —admitió con cautela. «Una mujer», se corrigió mentalmente—. Tuve un par de historias cuando estaba en la universidad, pero la verdad es que no me resultaba, y no me resulta, fácil de llevar.

—Sobre todo aquí, en tu pueblo natal —concluyó Rosemary y Kate asintió—. Es curioso que no hayamos hablado de esto hasta ahora, ¿no? Supongo que no hemos dedicado mucho tiempo a conversar.

—Comida y sexo. —Kate enarcó las cejas—. ¿Crees que nuestra relación es excesivamente superficial?

Rosemary se echó a reír y fue subiendo la mano por el muslo de Kate y por su liso abdomen, hasta posarla finalmente en el nacimiento de sus pechos.

—Si lo es, viva la superficialidad. —Miró a Kate a los ojos—. De ahora en adelante... —añadió en voz baja, y Kate intentó no apartar culpablemente la mirada, pensando que tal vez estaba utilizando a Rosemary pero sin querer admitirlo.

Rosemary se incorporó y se apoyó sobre un codo.

—¿Y tú qué, Kate? ¿Cuál es tu historia? ¿Ha habido alguna persona especial?

Kate nunca le había hablado a nadie de Ashley y ahora vacilaba.

—¡Ah! —Rosemary acalló delicadamente la boca de Kate con un gesto—. ¿Conozco a la afortunada?

Kate hizo un ademán en señal de negación.

—No. Fue hace mucho tiempo. Eramos las dos muy jóvenes. Demasiado.

—Pero sigue afectándote.

—Un poquito. —Qué forma de atenuar la verdad, pensó, burlándose de sí misma. Estaba empezando a sospechar que aquella historia todavía la afectaba muchísimo.

—Cuéntamelo.

—No sé... No fue nada especial. Ocurre continuamente.

—Pero eso no lo vuelve menos doloroso —repuso Rosemary, con cariño.

—Fue un desastre —dijo Kate, y la voz se le quebró sin querer.

—¿Y dónde está ahora esa mujer?

—Se fue a vivir al sur.

—Te conquistó y luego te rompió el corazón, ¿no?

—No exactamente. Ya te he dicho que éramos las dos muy jóvenes.

~¿Y?

Kate tragó saliva.

—Su madre nos pilló juntas.

Kate empezó a revivir la antigua sensación de vergüenza, pero la apartó de su mente. No había nada de qué avergonzarse: no había dejado de repetírselo. ¿Qué había de vergonzoso en el hecho de amar a una persona del modo en que ella amaba a

Ashley?

—¿*In fraganti*?

—Sí, sí. —Kate torció el gesto.

—Ya entiendo... —murmuró Rosemary, comprensiva.

—Estábamos en su habitación. —Kate meneó la cabeza—. No fue nada agradable, te lo aseguro.

—Ya me lo imagino. ¿Y qué pasó después?

—Pues todo y nada. —Kate suspiró—. Su madre se puso hecha una furia y amenazó con contárselo a su marido y a mi tía. —Se encogió de hombros—. Después, mi amiga se casó con su novio y ahí acabó todo.

—¿Quieres decir que la obligaron a casarse? —preguntó Rosemary, con incredulidad.

—No es eso. —Kate tragó saliva. La verdad de lo ocurrido seguía clavándose en su corazón como un cuchillo—. Fue ella quien decidió casarse —añadió lacónicamente, y Rosemary no dijo nada durante un largo rato.

—¡Vaya, Kate! Lo siento. Tuvo que ser horrible.

Kate se encogió de hombros.

—Como tú has dicho, ha llovido mucho desde entonces. —Echó un vistazo al despertador de la mesilla—. ¿Qué hora es?

—Casi medianoche. —Rosemary suspiró también—. Ojalá no tuvieras que irte. ¿Por qué no te quedas?

Kate se incorporó y se sentó.

—No voy a poder dormir, pensando que mañana no me despertaré a tiempo.

—Detesto que tengamos que andar escondiéndonos —refunfuñó Rosemary—. Al fin y al cabo, somos adultas. —Tiró de Kate para recostarla sobre ella—. Has estado fantástica esta noche —dijo, besándola ávidamente.

Kate la besó también y luego se apartó con delicadeza, sintiendo otra vez aquella punzada de culpabilidad al pensar que había estado haciendo el amor con un recuerdo que la obsesionaba.

—Tengo que irme.

—Te tienes que ir. —Rosemary suspiró—. Vete, antes de que se me ocurra algo —añadió con una sonrisa triste.

Kate caminó descalza hasta el salón, que aún tenía la luz encendida, y recuperó su ropa. Rosemary fue tras ella. Se había puesto una camiseta ancha y siguió a Kate hasta la puerta.

—Gracias por la cena —dijo Kate—. Y por lo demás.

—La cena no tiene importancia. Pero lo demás ha estado muy bien. —Rosemary soltó una risita—. ¿Comemos juntas el martes?

—Claro —asintió Kate.

Rosemary alargó la mano y atrajo a Kate hacia su pecho por última vez, antes de abrir la puerta y dejar que su amiga se marchara. Se despidió con un gesto mientras Kate recorría, marcha atrás, el camino hasta la entrada y tomaba la dirección de su casa.

Apenas se veía una ventana iluminada y Kate se preguntó por qué no se quedaba a pasar la noche en casa de Rosemary. Sería mucho más sencillo para ambas. Hacer el amor y luego tener que vestirse y volver a casa resultaba un poco sórdido. ¡Y ya tenía veintiocho años, por Dios! ¿A quién le importaba lo que hiciera?

Ahogando un bostezo, Kate cambió de marcha al salir de la calle de Rosemary y frunció el entrecejo. Le preocupaba que la historia con Rosemary no fuera del todo sincera por su parte. Le gustaba aquella mujer, eso sí, y al principio había sido un alivio encontrar a alguien con quien hablar, alguien con quien cenar, un sitio donde ir. Pero sabía que su amiga se merecía más de lo que ella podía darle.

Como secretaria del alcalde, Rosemary trabajaba en el edificio del ayuntamiento, que no quedaba lejos de la biblioteca, y se conocieron cuando Rosemary fue a consultar algunos datos históricos para un folleto que estaban redactando en su departamento. Fue una coincidencia.

Normalmente, quien se encargaba de hacer este tipo de consultas era el ayudante de Rosemary. Pero el hombre estaba de baja por enfermedad y fue ella en persona la que acudió a la biblioteca. Estuvo charlando un ratito con Kate y al día siguiente volvió y le propuso ir a comer juntas a una cafetería cercana. Kate se alegró de acompañarla. Fue una buena distracción, en un momento en el que estaba un poco harta del trabajo.

Kate se había presentado al puesto de bibliotecaria municipal tres años antes, poco después de regresar a Charters Towers, cuando su tía se puso enferma.

Lo cierto era que su trabajo le gustaba y, además, pensaba que desempeñaba bien sus funciones. Después de poner en práctica sus ideas, la biblioteca empezó a ser más conocida en el pueblo. Programaban más actividades, organizaban visitas de las escuelas y celebraban una sesión semanal de lectura de cuentos a la que asistían bastantes niños.

Lo que sucedía era que, últimamente, Kate se sentía algo cansada y no sabía bien cómo encarar el futuro.

Su tía ya había fallecido y a Kate no le quedaba ningún vínculo con Towers. ¿Quería quedarse en el pueblo o prefería trasladarse a una ciudad más grande, donde pudiera trabajar en algo más interesante? Por eso aceptó de buen grado la distracción que suponía la invitación de Rosemary.

Después de aquella primera cita, Rosemary y Kate se acostumbraron a comer juntas un par de días a la semana en una cafetería muy concurrida que servía comida elaborada con ingredientes naturales: bocadillos y hamburguesas, *quiches* y postres

ligeros. Muy pronto, Kate se encontró esperando con agrado la hora del almuerzo. Sin embargo, no buscaba ninguna aventura. Eso era lo último que se le habría pasado por la cabeza. Pero, al cabo de unas semanas, Rosemary empezó un cursillo de cocina y le preguntó si querría hacer de conejillo de indias, para poner a prueba sus nuevos conocimientos. Y Kate aceptó.

La primera noche, disfrutaron de la cena preparada por Rosemary y después fueron a tomar el café a la sala de estar. Kate se sentó en el sofá de dos plazas, dando por supuesto que Rosemary se sentaría en la butaca que había enfrente. Pero Rosemary se sentó a su lado y con un gesto delicado le quitó de las manos la taza de café. Luego se volvió hacia ella y la besó. Kate se quedó paralizada por la sorpresa. Hasta ese momento, ni se le había ocurrido la posibilidad de que Rosemary fuera lesbiana. Siempre habían mantenido conversaciones superficiales, limitadas a los respectivos trabajos o a sus colegas.

—¿Te he sorprendido? —preguntó Rosemary.

—Pues... sí, la verdad —reconoció Kate.

—¿Te he molestado? —continuó, en un tono de normalidad, pero Kate advirtió que el pulso le latía visiblemente en el cuello.

—No, no me has molestado —dijo, intentando decidir hasta dónde debía dejar que avanzase la situación. Siempre había mantenido bajo un estricto control aquella parte de su vida, especialmente desde que había regresado a Towers.

Rosemary tomó la mano de Kate y la sostuvo con delicadeza.

—¿Me he equivocado contigo? Si es así, dímelo. —Rosemary miró la mano de Kate—. No quiero estropear las cosas, Kate, pero pensé... —se encogió de hombros—, pensé que tal vez eras como yo.

Kate tragó saliva. ¿Tanto se le notaba? No podía ser. Iba con mucho cuidado. Lo único que no estaba dispuesta a hacer era salir con hombres. Aunque tampoco le resultaba difícil evitarlo. Su cuerpo largo y anguloso, sus curvas casi inexistentes y sus facciones anodinas no eran precisamente un reclamo para que los hombres hicieran cola a su puerta.

Rosemary suspiró.

—Oye, Kate. No pasa nada. No tienes por qué contestarme. ¿Puedo pedirte que olvides lo que ha ocurrido?

Kate tomó aliento e intentó serenarse.

—No te has confundido, Rosemary —dijo con voz queda—. Es que estoy algo sorprendida. No pensaba que..., bueno, que se me notara tanto.

—No se te nota. De verdad. —Rosemary soltó una risita, visiblemente aliviada—. Pero yo suelo acertar con estas cosas. Tengo diez años más que tú, así que tengo bastante práctica. Bueno, tampoco quiero decir que haya tenido un montón de parejas... —Hizo una mueca—. Mejor me callo, ¿no?

—Mejor. —Kate sonrió, y permanecieron las dos sentadas, mirándose.

—¿Así que te parezco absolutamente repulsiva? —preguntó en voz baja Rosemary. Kate hizo un gesto negativo, tomó una decisión e inclinó el rostro para besar a su amiga.

Desde esa noche, ya hacía seis semanas, Rosemary preparaba cada jueves una cena para las dos y salían a comer juntas un par de veces a la semana.

Kate tenía un gesto ceñudo cuando entró en el garaje situado detrás de su casa. Sospechaba que, para Rosemary, la relación tenía más importancia que para ella. Y Kate sabía que llevaba ya algún tiempo sabiéndolo. Simplemente, no había querido afrontarlo. No estaba segura de querer analizar sus sentimientos. Y menos ahora, cuando Ashley iba a volver al pueblo.

«¿Y eso qué más da?», se preguntó Kate. Lo que hiciese Ashley no tenía nada que ver con su vida, no había tenido nada que ver en los últimos diez años.

«¡Sí, claro!», se burló cruelmente la voz de su conciencia. ¡Como si le hubiera resultado tan fácil borrar lo que sentía por Ashley!

Kate reprimió las ganas de cerrar el coche con un portazo más fuerte de lo necesario. Se contuvo en deferencia a lo tardío de la hora y rodeó resueltamente la casa, hasta llegar a los escalones de la entrada principal. ¿Qué tenía que ver el regreso de Ashley con la relación que ella mantenía con Rosemary? Ashley venía al pueblo con su marido y Kate se recordó a sí misma que no venía precisamente a verla a ella. Ashley hacía años que había elegido.

El sábado por la tarde, Kate estaba inquieta. Había rechazado la propuesta de Rosemary de ir a pasar el fin de semana de excursión, pero ahora hubiera preferido aceptar la invitación de su amiga.

Dedicó parte de la energía que la desbordaba a limpiar la casa con mayor diligencia de lo habitual, hasta que tuvo que reconocer que no quedaba ni un solo rincón sucio.

Dos años antes, cuando murió su tía, Kate había heredado la casa y había hecho reformar el baño y la cocina. También pintó las habitaciones, eligiendo colores más claros y mucho más bonitos.

Era una casona antigua construida *según* el estilo tradicional de Queensland, es decir, con una arquitectura pensada expresamente para el clima tropical. Se alzaba sobre pilares, tenía un tejado a dos aguas y estaba rodeada de amplias y sombreadas galerías. En el interior, los techos eran altos, las paredes estaban revestidas de madera y las puertas se hallaban rematadas con una celosía en forma de arco.

Poco tiempo después, Kate se dio cuenta de que le gustaba el estilo anticuado de la casa. Aunque ella y su tía se habían adaptado de mala gana a la mutua compañía, Kate sabía que hasta que no estuvo sola no empezó a disfrutar de la vida allí. Sólo cuando regresaban los antiguos recuerdos, volvía a asaltarla la vieja y reprimida

sensación de soledad y aislamiento.

Ahora, con todas las tareas domésticas terminadas, Kate empezó a rondar por la casa sin saber qué hacer. Básicamente, sabía qué era lo que le pasaba. Como siempre, se sintió atraída hacia la cabaña del árbol, pero se dijo que era absurdo pensar siquiera en salir al jardín de la parte de atrás. Todo aquello estaba superado. Eran cosas de crías, desazón de adolescentes.

Pero no logró concentrarse en la lectura y, pasadas las tres de la tarde, empezó a bajar los escalones de la parte de atrás de la casa y caminó hasta el viejo tamarindo. Arrancó una fruta, abrió la vaina y lamió la pulpa agrídulce. Mucha gente pensaba que los tamarindos tenían un sabor desagradable, pero a Kate le encantaban, e incluso preparaba un zumo con la fruta, tal como le había enseñado su tía.

Kate trepó como pudo por la escalerilla, localizó los asideros del tronco y se encaramó a la plataforma. Miró a su alrededor, intentando evitar el otro lado de la valla. Evidentemente, ahora resultaba un poco más difícil ver qué ocurría en la parcela de los Maclean, porque las ramas cargadas de hojas se habían vuelto más gruesas con los años. El silencio que reinaba en la casa vecina indicaba que la familia no estaba en casa y, con esta conclusión, se disipó en parte el malestar que había embargado a Kate en las últimas horas.

Durante las semanas que siguieron a aquella penosa discusión con la madre de Ashley y todo lo que vino después, Kate acudió obstinadamente a la cabaña, con la esperanza de que su amiga cambiaría de opinión. Pensaba que se fugarían juntas y se irían a vivir a Brisbane, al sur; que buscarían trabajo y se sumergirían en el anonimato de la gran ciudad.

Pero llegó la boda de Ashley sin que Kate hubiera visto a su amiga. Se pasó el día sentada en la cabaña, abatida por la tristeza y contando los minutos. Cuando resultó evidente que Ashley no iba a reunirse con ella, se juró que se marcharía del pueblo y que ya no volvería a dirigir la vista a la cabaña.

Sin embargo, tuvo que volver a Towers cuando su tía se puso enferma. La cabaña se convirtió de nuevo en un refugio donde Kate se escondía en los pocos momentos que le dejaba libres el cuidado de la anciana.

Con los años, Kate había ido sustituyendo algunas tablas carcomidas, incapaz de dejar que la caseta del árbol se fuera estropeando con el tiempo.

Se sentó con cuidado en la silla de lona, comprobando si aún resistía su peso. Todavía aguantaba y Kate se acomodó en ella. Miró a su alrededor, notando cómo la iba invadiendo la intimidad del recinto. Casi podía imaginar que volvía a ser una niña y luego una tímida adolescente. Pero Ashley no subía para estar a su lado, para reír juntas, para contarle secretos. O para hacer el amor con ella.

Kate revivió intensamente la sensación de haber amado a una persona y haberla perdido, y luego el dolor de la traición. Suspiró. No estaba jugando limpio. Había

hecho un pacto consigo misma: se había dicho que no se sentaría en la cabaña a pensar en Ashley Maclean. Sólo conseguía invocar más recuerdos. Abrió con decisión el libro que había traído y que ya estaba a punto de terminar. Al cabo de un momento consiguió tranquilizarse con el frescor y el silencio del recinto y se sumergió en la historia.

—¡Hola! —Kate se llevó un susto de muerte al oír una alegre vocecita infantil.

Bajó la vista y vio una resplandeciente melena dorada y unos ojos claros, de un azul que Kate conocía muy bien.

Capítulo tres

Kate notó que palidecía. En aquella fracción de segundo, había retrocedido dieciocho años y volvía a ser una niña de diez, tímida, debilucha y tremendamente solitaria.

Parpadeó, volvió al presente y el mundo se enderezó otra vez cuando comprendió que aquella niña no era, no podía ser, Ashley Maclean.

El pelo, peinado con trenzas tal como lo llevaba a veces Ashley, era exactamente del mismo color dorado, al igual que los vivarachos ojos azules. Pero la forma de la boca y la curva de la barbilla eran muy distintas. Estaba claro que aquella niña sólo podía ser la hija de Ashley, reconoció Kate comprendiendo que debería de haberse dado cuenta nada más verla.

La niña había trepado ya a la plataforma, junto a Kate, y se había sentado espontáneamente en el cajón de madera, como solía hacer Ashley.

—Tú debes de ser Kate Ballantyne —dijo con una sonrisa.

Kate abrió la boca para hablar pero no pudo articular palabra. Estaba fascinada viendo cómo a la niña se le achinaban los ojos cuando sonreía, exactamente igual que le ocurría a su madre. Sintió que la invadía una incontenible sensación de pánico y deseó volver corriendo a casa y cerrar la puerta tras ella.

—Mi madre me lo ha contado todo de ti —continuó la niña, ajena al caos que estaba viviendo Kate interiormente.

—¿Te lo ha contado? —Kate tragó saliva, intentando aclararse la garganta.

La niña asintió con un gesto y su sonrisa se amplió aún más.

—Me ha contado todas vuestras aventuras, las cosas tan emocionantes que hacíais y los líos en los que os metíais.

¿Todo? Kate volvió a tragar saliva. No, Ashley no podía habérselo contado todo a su hija. Sintió un acceso de vergüenza por pensar lo que estaba pensando y se frotó los ojos con la mano. Tenía que calmarse.

La niña era la hija de Ashley, se dijo Kate. Era parte de Ashley. La observó disimuladamente. Sí, se parecía a ella, pero su boca y su sonrisa, decidió Kate con un fugaz ramalazo de antipatía, eran de su padre.

Pero se dijo que estaba siendo injusta con ella. La niña no tenía la culpa de parecerse a su padre. Y tampoco tenía nada que ver con lo que le estaba ocurriendo a ella. Kate pensó que debería ser más comprensiva, porque ¿acaso no lo había pasado mal de pequeña cuando se metían con ella por formar parte de la malhadada estirpe de los Ballantyne?

—Me llamo Jennifer Andrews. —La niña le tendió la mano con gesto de persona mayor y Kate se la estrechó maquinalmente. Su calidez la envolvió por entero y le llegó al corazón.

—Mi madre era tu amiga del alma. Te he reconocido enseguida porque me ha

enseñado tu foto —continuó Jennifer inocentemente.

—¿Te ha enseñado mi foto? —repitió Kate, enarcando las cejas, sorprendida, mientras muy en su fuero interno aleteaba una débil llamita de placer ante el hecho de que Ashley hubiese guardado una foto suya.

¿Sería la que les habían sacado en la boda de la hermana de Ashley y que habían colocado en marcos idénticos? Kate guardaba una copia de aquella foto de las dos en el cajón inferior de la cómoda de su habitación. Pocas veces se permitía mirarla, pero sabía que estaba allí. A menudo se contentaba con tocar el marco de madera.

—Sí. Y no has cambiado nada.

Kate esbozó una sonrisa al oírla. Le parecía que había transcurrido toda una vida desde aquella época.

—¿Cuánto tiempo lleváis aquí? —preguntó, disimulando la emoción—. Quiero decir, ¿cuándo habéis llegado a Towers?

—Ayer. Queríamos venir el lunes, pero mi madre tenía que hacer unos recados. —Un gesto de preocupación pasó fugazmente por la cara de la niña—. Fuimos en avión. Fue fantástico. No había subido a un avión desde la última vez que estuvimos en el pueblo.

—¿Cuándo fue eso? —no pudo evitar preguntar Kate. ¿Ashley había estado antes en el pueblo y ella no se había enterado?

—Cuando yo tenía seis años. Hace cuatro. Queríamos quedarnos aquí, pero vino mi padre y nos llevó a casa otra vez. —Jennifer se mordió el labio.

Por un momento los ojos de la niña perdieron el resplandor y Kate se preguntó qué sería lo que le causaba aquella tristeza. Era evidente que algo iba mal y ese algo forzosamente tenía que ver con el padre.

—¿A mi padre también lo conoces, como a mi madre? —preguntó Jennifer y Kate asintió.

—Sí, un poco —contestó con cautela—. Nos conocimos hace años, antes de que tú nacieras.

Jennifer asintió con un gesto.

—Sí. Mi padre trabajaba en el hospital del pueblo. Allí conoció a mi madre. Es médico, ¿sabes?

—Sí, ya lo sé. —Kate estuvo considerando cómo podía encaminar la conversación, que de pronto había tomado un cariz algo serio—. Tu padre jugaba a fútbol con tus tíos —dijo para llenar el silencio que pareció cernirse sobre ellas.

—Ahora ya no juega a fútbol. Siempre está trabajando.

Kate hizo un gesto de asentimiento.

—Es que los médicos trabajan mucho, ¿verdad?

Jennifer apoyó el codo en la rodilla y la barbilla en la mano, y Kate sintió una punzada de tristeza. Ashley se sentaba exactamente del mismo modo.

Volvió a hacerse el silencio entre ellas y Kate se removió incómoda en la silla. La lona crujió y Jennifer se volvió a mirarla.

—Mi padre les pone corazones nuevos a la gente. Es un médico muy importante —dijo con expresión seria.

Kate se preguntó por qué se sorprendía. El Dean Andrews que ella había conocido era un joven médico en prácticas. Era guapo y tenía un atractivo misterioso, pero Kate siempre supo que era un hombre egocéntrico y agresivo. Y se murió de celos cuando Ashley le contó que Dean la había invitado a ir al cine.

—Por eso tiene que trabajar tantas horas, ¿no?

—Supongo que sí.

—¿Tienes hermanos? —preguntó Kate para cambiar de tema. Comprobó que, a esas alturas, seguía siendo incapaz de hablar del marido de Ashley sin sentirse incómoda.

—No, soy hija única. Mi padre quería más niños, pero mi madre ya no pudo tener más después de nacer yo.

Kate contempló sorprendida a la niña. ¿Qué le había ocurrido a Ashley?

—Hubo complicaciones —explicó Jennifer muy seria—. Mi madre y yo estuvimos a punto de morir.

—¡Vaya! —Kate tragó saliva, atormentada con la idea de que Ashley podía haber muerto sin que nadie se lo dijera. Le dio un vuelco el corazón al pensarlo. Creyó que no iba a poder resistir más revelaciones por esa tarde.

—¿Les has dicho a tus padres que venías aquí?

Jennifer hizo un gesto en señal de negación.

—En realidad, no. En casa estamos sólo mi abuela y yo, y ahora mi abuela está echando la siesta. Pero seguro que a mi madre no le importa. Me ha hablado tanto de la cabaña que quería verla. —Echó una ojeada alrededor y suspiró—. Es justo como me la imaginaba. ¿Puedo venir alguna vez?

—Bueno... —Kate vaciló—. Creo que antes tendrías que pedir permiso a tus padres.

—Es que hoy llegan mis primos. —Jennifer arrugó la nariz—. Y quizá necesite alejarme de ellos algún rato.

—¿No te gustan tus primos?

Jennifer se encogió de hombros.

—No nos hemos tratado mucho. Hace un montón de tiempo que no los veo. Cuando la tía Belinda y el tío Patrick vinieron a visitarnos a Melbourne el año pasado, los chicos no vinieron.

Belinda Maclean, la hermana mayor de Ashley, se casó joven y su marido murió trágicamente antes de que naciera su primer hijo. Ella se instaló otra vez con sus padres y Kate y Ashley se encargaban a menudo de cuidar al pequeño Adam. Unos

años después, Belinda se casó con Patrick Harrison y se fueron a vivir a la finca que tenía la familia de él cerca de Tully.

Kate no se acordaba de los detalles de la boda, pero sí recordaba con nitidez lo que ocurrió después. Se esforzó por apartar de su mente aquel recuerdo.

—¿Los chicos? —preguntó, y Jennifer hizo una mueca de disgusto.

—La tía Belinda tiene tres hijos, todos chicos. ¿Qué te parece? Adam tiene quince años; Mark, unos doce, y Josh es un poco mayor que yo. ¿Qué pretenden, que me pase el día hablando con ellos? —Jennifer abrió los brazos, extendiendo las palmas de las manos delante de ella—. Es que, ¿y si no me gustan?

Kate sonrió.

—¿Y si resulta que sí?

Jennifer soltó una risita.

—La mayoría de los chicos no me gustan. Siempre se están metiendo con una. ¿A ti te gustan los chicos?

Kate se puso colorada. ¿Qué podía contestarle?

—Algunos son simpáticos y otros no, igual que las chicas: algunas son simpáticas y otras no.

—Quizás.

Jennifer se levantó, tiró de una rama y atisbo a través de la copa del árbol, mirando hacia la casa de sus abuelos.

—¡Vaya! Ahí está el coche. Mi madre ya ha vuelto de recoger a la tía Belinda y a sus hijos. El tío Pat vendrá más adelante. No he acompañado a mi madre porque, entre ellos y el equipaje, no quedaba sitio en el coche de la abuela. Además, no quería ir apretada entre tanto chico. —Arrugó la naricilla—. Bueno, me voy.

Saltó fuera de la plataforma, hasta la rama que había más abajo.

—¿Quieres venir a vernos más tarde?

—Bueno, no creo que... Es que voy a salir —concluyó torpemente Kate.

—¡Ah, vas a salir! Bueno, seguramente mi madre pasará un rato por tu casa. Mañana tal vez. Tiene muchas ganas de volver a verte.

Dicho esto, la niña desapareció y Kate se quedó mirando el lugar en el que había estado sentada.

Ashley tenía muchas ganas de volver a verla.

Kate se levantó y sintió que se le aceleraba el corazón. ¿Qué haría si aparecía Ashley por su casa? ¿Cómo reaccionarían al volver a verse? ¿Ashley se comportaría como si no hubiera habido nada entre las dos? ¡Madre mía! Kate sabía que, de ser así, no sería capaz de soportarlo.

Entonces oyó voces y el sonido de las portezuelas de un coche al cerrarse. Atisbo a través de las hojas, tal como había hecho Jennifer. Ahora las ramas dificultaban un poco la visión de la casa, de manera que Kate apartó una de las más finas para ver

mejor.

Un grupo de personas bordeaba la casa de los Maclean en dirección a la puerta trasera, donde estaba aguardando Jennifer. Nadie sabía que la niña acababa de pasar entre las estacas sueltas de la valla que separaba las dos parcelas.

Kate distinguió a Belinda. Se la veía algo mayor, pero Kate la reconoció fácilmente. Ahora andaría por los treinta y cuatro años. Detrás de ella, acarreado un par de maletas, había un adolescente larguirucho, que debía de ser Adam. El segundo chico era pelirrojo como su padre y el más pequeño era moreno, igual que Belinda.

Cuando doblaron la esquina, Kate vio la silueta que el grupito había ocultado parcialmente hasta ese momento. Kate la reconoció enseguida. Al percibir la cadencia de su caminar, sintió una punzada de dolor. Ahora llevaba la melena rubia mucho más corta, pero su pelo seguía centelleando a la luz del sol, como siempre. La mujer levantó la mano para apartarse un mechón de la cara, en un gesto que Kate conocía tan bien que no pudo por más que ahogar un gemido.

«Ay, Ashley», dijo una voz ronca, y Kate comprendió que había sido la suya.

En ese momento Ashley volvió la cabeza, miró hacia la valla y hacia la copa del tamarindo, y Kate se apartó alarmada, soltando la rama. ¿Habría advertido el movimiento? ¿La habría pillado espiándolos?

Kate atravesó la plataforma y bajó rápidamente a la rama inferior, buscó los asideros, se precipitó escalerilla abajo y corrió hacia su casa. Cuando entró en su habitación, estaba sin aliento. Se derrumbó al borde de la cama e intentó tranquilizarse.

Sin poder evitarlo, abrió el cajón de la cómoda y sacó la fotografía. Era un primer plano de las dos, en el que Ashley dirigía una sonriente mirada a la cámara, junto a la expresión mucho más seria de su amiga. Kate dio media vuelta y se sentó otra vez en el borde de la cama.

La imagen la había sacado el fotógrafo contratado en la boda de Belinda. Ashley le pidió que les hiciera una foto, a Kate y a ella, y se las arregló para posar las dos agarradas del brazo, muy juntas. Kate pensaba que ella precisamente no había salido muy bien en la foto, pero al menos estaba con Ashley.

«Ashley, Ashley», susurró de nuevo y se recostó contra la almohada.

Al fin y al cabo, todo empezó en la boda de Belinda.

Ashley había acompañado a Kate a casa después del convite, que se celebró en una gran carpa instalada en la parcela de la familia Maclean. Las dos llevaban puesta todavía la ropa de la boda: Ashley, su traje de dama de honor en gasa de color malva, y Kate, un sencillo vestido azul que se había comprado para la ocasión.

La tía estaba en la habitación del fondo, adormilada delante del televisor. Después de describirle brevemente la boda, las dos muchachas fueron al dormitorio de Kate.

—Espero que nuestra foto salga bien. Buscaré dos marcos iguales y podremos

colocar una en cada tocador —dijo Ashley, quitándose los zapatos con un gesto rápido y echándose sobre la cama de Kate.

—Tú seguro que quedas bien, pero en las fotos yo siempre salgo con cara de pánfila. —Kate apartó las piernas de Ashley para poder sentarse a su lado.

—No es verdad. —Ashley le sonrió—. Sales muy bien. Se te ve inteligente. Y guapa.

Kate rió con incredulidad.

—¡Qué mentirosa eres!

Ashley soltó una carcajada y acto seguido se puso seria otra vez.

—No sé por qué siempre te estás quitando mérito. Yo te veo guapa.

Kate, por su parte, sólo se sentía guapa en los momentos en que estaba con Ashley.

—Siento no haber pasado a verte la otra noche —dijo Ashley, poniendo los ojos en blanco—. El entrenamiento acabó muy tarde y luego mi madre nos tuvo de un lado para otro comprobando que todo estaba a punto para la boda de Belinda.

—Me imagino que habría muchas cosas que organizar.

—Después del jaleo de estas últimas semanas, creo que yo preferiría fugarme con mi novio. —Ashley miró a Kate a los ojos—. Bueno, si es que algún día me caso.

Kate notó que el corazón le daba un vuelco y apartó la mirada.

—Claro que te casarás —dijo, en el tono más inexpresivo que pudo.

—Pues no sé si quiero casarme —declaró Ashley con espontaneidad.

—¿Por qué no? —preguntó Kate, secretamente contenta de lo que había dicho su amiga.

Ashley se encogió de hombros.

—T. J. intentó besarme —repuso, sin más y Kate la miró con asombro.

—¿Cuándo?

—Ayer por la tarde, durante el entrenamiento del equipo de béisbol, detrás de las gradas.

—Pero si no nos dejan ir detrás de las gradas... —empezó a decir Kate y Ashley le lanzó una mirada de suficiencia.

—Todo el mundo se mete detrás de las gradas, Kate —repuso secamente.

Ella nunca había estado detrás de las gradas, pero no hizo ningún comentario.

—Y tú... ¿qué hiciste? Quiero decir, cuando te besó...

—Le di un empujón y lo tiré contra la valla.

Kate soltó una carcajada y Ashley rió alegremente.

—Se lo merecía. No quiero que me bese nadie si no se lo pido yo. Es que eso de los besos es muy personal, ¿no te parece, Kate?

Kate se ruborizó. Nunca se le había ocurrido besar a un chico y ni siquiera se imaginaba cómo eran los besos, por no hablar del resto. De hecho, ni tan siquiera se

atreví a imaginar lo que harían esa noche Belinda y su flamante esposo, aunque los hermanos de Ashley habían dedicado un montón de burlas a la feliz pareja, con profusión de codazos e insinuaciones malévolas.

—Aparte de eso —continuó Ashley—, T. J. es un baboso. —Se limpió la boca—. ¡Puaj! Me sentía como si quisiera devorarme.

Kate se estremeció y arrugó la nariz.

—A mí me da asco.

—¿Qué te da asco? ¿T. J. o dar besos?

—Dar besos.

—Pues en algún momento vamos a tener que besarnos con alguien, ¿sabes?

—No tenemos por qué besar a nadie si no queremos. Acabas de decirlo.

—No, yo quiero decir cuando te enamoras.

Kate frunció el entrecejo.

—Tenemos quince años. Somos muy jóvenes para enamorarnos.

Kate se sintió turbada por un momento, pero, súbitamente inquieta, trató de pasar por alto aquella sensación.

—Tenemos casi dieciséis —dijo Ashley, riendo— y un montón de chicas de nuestra clase llevan años morreándose con chicos. —Hizo una pausa enfática—. Morreándose y yo juraría que haciendo más cosas.

—¿Más cosas? —repitió Kate, con la boca repentinamente seca.

—Ya sabes... —contestó Ashley con una mueca.

Kate se ruborizó.

—Quieres decir que... ¿se han acostado con alguien? ¿Qué chicas? ¿Cómo lo sabes?

—Me lo han dicho, por eso lo sé —contestó Ashley—. La verdad, Kate, a veces me parece que vas por la vida con los ojos cerrados.

Kate suspiró.

—Yo no soy como tú, Ash. A ti la gente te cuenta cosas. A mí no.

—Yo sí te cuento cosas.

Kate sonrió.

—Tú siempre me estás contando cosas, hasta las que no quiero saber.

—¿No quieres saber nada de besos? —bromeó Ashley.

—No, me parece que no.

—Bueno, pues yo creo que tendrías que saberlo todo sobre el tema. La verdad, creo que deberías empezar a practicar ahora mismo y así estarás preparada para cuando te apetezca de verdad besar a alguien.

Kate torció el gesto.

—No se me ocurre nadie a quien me apetezca besar. —Volvió a sentir una punzada de turbación en el estómago y, de pronto, los labios de Ashley atrajeron su

mirada, pero apartó la vista rápidamente—. O nadie que quiera besarme a mí —añadió enseguida.

—¿Y Tim?

—¿Tu hermano? —dijo Kate, escandalizada.

—Me parece que le gustas.

—Tiene casi diecinueve años —repuso, totalmente abrumada.

—Mmm... Tal vez sea un poco mayor para ti. Pero le gustas, estoy segura.

Kate pensó que ya nunca podría volver a mirar a Tim Maclean a la cara.

—¿Y qué te parece Mike Dunstan? —Ashley empezó a soltar un nombre tras otro, mientras Kate hacía rotundos gestos de negación con la cabeza.

—No sigas. —Miró a Ashley—. ¿A ti te apetece besar a algún chico?

Ashley consideró la pregunta durante un momento.

—No. De hecho, no. Eso creo. —Miró a Kate y se mordió el labio inferior—. Pero podríamos practicar nosotras dos.

Todas las terminaciones nerviosas de Kate entraron en tensión.

—¿Qué...? —Tragó saliva—. ¿Qué quieres decir?

—Bueno, ya sabes... Podemos probar a besarnos las dos. Así aprendemos la mejor manera de hacerlo sin que haga taita morrearnos con chicos que no nos gustan.

—¡Ah! —Kate no lograba articular una respuesta.

—A mí me parece una idea genial —dijo Ashley, moviéndose para sentarse más cerca de ella—. ¿Quieres que probemos?

—¿Ahora mismo?

—¿Por qué no?

Kate miró a su alrededor.

—Es que...

—No nos ve nadie y seguro que tu tía se ha quedado dormida delante de la tele. Además, si se despierta la oiremos venir por el pasillo.

Kate tragó saliva.

—La idea es perfecta —continuó Ashley—. ¿No prefieres besarme a mí, en lugar de a cualquiera de los chicos de clase?

Kate se notó toda acalorada. En su interior se agitaban un montón de sensaciones distintas.

—¿Lo probamos? —apremió Ashley, pero Kate aún no sabía qué hacer. Entonces Ashley se incorporó, acercó la cara a la de su amiga, apoyó la mano en su hombro y rozó su boca con la suya.

Ashley tenía unos labios suaves y dulces, y el corazón de Kate empezó a latir salvajemente.

Ashley se apartó y Kate tuvo que contenerse para no abalanzarse sobre ella: ansiaba desesperadamente que aquel beso no tuviera fin.

—¿Lo probamos? —volvió a decir Ashley, esta vez en voz baja, y Kate asintió.

Entonces Ashley volvió a besarla. Esta vez abrió un poco la boca y recorrió con la punta de la lengua el contorno de los labios de Kate. Ésta emitió un gemido ahogado, mientras sentía que el estómago se le deshacía. Se acercó más a su amiga y notó un cosquilleo cuando sus pechos adolescentes rozaron los de Ashley. De repente, estaban abrazadas. Ashley tenía la lengua dentro de la boca de Kate y Kate había perdido toda contención, toda racionalidad.

Cuando Ashley se apartó, ambas estaban sin aliento. Sus miradas se cruzaron y Kate tuvo la impresión de que la Tierra giraba locamente sobre su eje.

—Ha sido... —empezó a decir Ashley, aclarándose la voz— completamente distinto a besar a T. J. —añadió, con la voz quebrada.

A Kate le dio un vuelco el corazón. ¿Acaso a Ashley no le había gustado el beso? ¿Ya no iba a querer repetirlo? Kate deseaba pasarse la vida besando a Ashley.

—¿Podemos besarnos otra vez? —preguntó Ashley en voz baja y Kate inclinó el rostro hacia ella.

Esta vez fue ella la que besó a Ashley. La rodeó con sus brazos y la estrechó contra su pecho. Pasó mucho rato antes de que volvieran a estar sentadas una junto a la otra.

Ashley asió la mano de Kate y la sostuvo delicadamente.

—¿Sabes? Llevaba muchísimo tiempo queriendo hacer esto.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué no lo has hecho? Hasta ahora, quiero decir.

—Es que... ¿Sabes? Pensaba que te parecería una guarrada.

—No. Ha sido genial.

Sí que lo había sido. El recuerdo de aquel beso todavía lograba inflamar el corazón de Kate. Contempló la cara de Ashley en la fotografía y una lágrima se deslizó por su mejilla.

«Ashley, Ashley...», murmuró, y hundió la cara contra la almohada.

Kate pasó una noche agitada y se despertó cansada y ojerosa. En lo primero que pensó fue en Ashley. Se quedó acostada en la cama, suspirando, y luego se incorporó de golpe. ¿Y si venía a verla, tal como Jennifer había dicho que pensaba hacer? Era domingo y Ashley sabía que Kate no estaría en el trabajo.

Sumida en el nerviosismo, Kate se puso unos pantalones cortos y una camiseta ancha y subió al coche. Al cabo de un momento ya estaba saliendo del pueblo, en dirección al río Burdekin.

Si hubiera aceptado la invitación de Rosemary de pasar el fin de semana con ella, no habría ocurrido nada de aquello. No habría conocido a Jennifer y tampoco habría visto a Ashley. Y no habría tenido todos aquellos sueños extraños e inquietantes en los que aparecía Ashley.

Kate agarró con resolución el cambio de marchas y aceleró. Buscaría un sitio

tranquilo junto al río y se quedaría allí, descansando.

Kate regresó a Towers al final de la tarde y, aunque se sentía físicamente cansada, también estaba algo más calmada. Había ido en coche hasta el puente, había aparcado junto a los coches de otros excursionistas y se había sentado a comer un poco de fruta a la sombra de un árbol. La atmósfera era densa y calurosa, cargada del bullicio de las personas que disfrutaban de aquella tarde de domingo.

Después de merendar, Kate se sentó bajo un árbol y se dedicó a observar a una familia que disputaba una movida partida de críquet. Después sacó el libro que estaba leyendo y lo terminó. Luego abrió la novela de Leigh Mossman: *La fiebre del oro*.

Leyó el primer capítulo y entendió por qué aquella novela se había convertido en un éxito de ventas. Había que reconocer que la historia lograba atrapar el interés. De hecho, Kate lamentó tener que interrumpir la lectura para regresar a casa. Decidió que seguiría leyendo el libro después de cenar.

Entró en su parcela mucho más calmada y con una actitud más positiva, pero frenó en seco al distinguir la silueta sentada en los escalones de la entrada. Kate, con el coche en ralentí, se quedó paralizada viendo cómo la mujer se levantaba, con su corta melena dorada resplandeciendo bajo la luz del crepúsculo.

Capítulo cuatro

Ashley bajó los viejos escalones de madera y recorrió la corta distancia que la separaba del coche.

—Hola, Kate —dijo, esbozando una sonrisa.

Tenía los ojos entrecerrados porque la deslumbraba el sol, de manera que Kate no logró interpretar su expresión. Se quedó quieta dentro del coche, con los ojos fijos en la vacilante y tensa sonrisa que dibujaba la boca de Ashley.

Kate tragó saliva para aclararse la voz.

—Voy a aparcar el coche.

Sonó el crujido del cambio de marchas y Kate condujo hasta el garaje. Luego inspiró hondo, agarró la mochila y salió del coche; cerró la portezuela con cuidado. Tenía la impresión de que cada uno de sus actos se producía con retraso, una fracción de segundo por detrás de su pensamiento. Se detuvo un momento para recuperar la compostura, antes de volver donde la estaba esperando Ashley.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? —le preguntó en un tono afectado, secretamente avergonzada por comportarse de una forma tan tonta—. Bueno, quiero decir que si llevas mucho rato esperando.

El breve temblor de una indescifrable emoción atravesó el rostro de Ashley.

—¿Que si llevo mucho rato? Horas y horas... —respondió, mirando a Kate directamente a los ojos, y acto seguido esbozó una sonrisa forzada—. No, la verdad es que no llevo mucho rato. Ya pensaba que habías salido a cenar fuera y estaba a punto de irme.

—¡Ah! —Kate se pasó la mochila a la otra mano y comprobó que tenía las palmas sudadas. Dirigió una mirada de soslayo a Ashley y la apartó rápidamente, por si la otra mujer se daba cuenta de que la estaba observando. No osó recrearse contemplando su rostro ni su cuerpo, que conocía tan bien. Si lo hacía, perdería la poca compostura que le quedaba.

En realidad, no sabía cómo podía reaccionar si dejaba de controlarse. Prefería creer que le preguntaría fríamente a Ashley que qué se había creído, si pensaba que podía aparecer de pronto y esperar que ella aceptase su regreso sin rencores.

Kate casi se rió. ¿Fría y controlada? Estaba muy lejos de sentirse así y sospechaba que no tendría el aplomo necesario para salir airosa de aquella situación.

Sin embargo, al parecer, la breve ojeada que Kate dedicó a Ashley logró captar con extrema precisión todo su atractivo. Kate sabía que, aun con los ojos cerrados, habría sido capaz de imaginarse a Ashley hasta en los más mínimos detalles.

Físicamente, Ashley medía metro sesenta y algo, unos centímetros menos que Kate, y, allí donde Kate era delgada y casi andrógina, el cuerpo de Ashley tenía formas rotundas y claramente femeninas. Sus ojos seguían siendo de un llamativo

azul pálido y la tenue línea de pecas que tanto gustaba a Kate continuaba salpicándole la nariz. El pelo, que ahora llevaba corto, le caía a ambos lados de la cara y un flequillo le cubría la frente con naturalidad.

Ashley llevaba unos pantalones cortos de color azul marino y una camiseta blanca que acentuaban la redondez de sus pechos y la forma de sus caderas. Tenía un aspecto pulcro y fresco, y Kate, ataviada con una camiseta y unos pantalones viejísimos y arrugados después de pasar el día junto al río, se sintió desmañada y vulgar.

—¿Puedo pasar? —Ashley hizo un gesto en dirección a la casa y Kate vaciló.

En su fuero interno, todos los instintos le exigían a gritos que no aceptara, que no permitiera que aquella mujer, aquella mujer tan hermosa y tan dolorosamente familiar, se le acercara. Pero, muy en el fondo, entre las advertencias, se alzó una débil vocecita.

—Claro. —Kate se dio cuenta de que era ella misma la que había respondido y subió con paso ágil la escalera de la entrada.

Mientras buscaba torpemente la llave, Kate consideró mentalmente el aspecto de su amiga: de Ashley tal como era en ese momento. Lo cierto era que no había cambiado mucho. Siempre había tenido una figura adornada por las curvas adecuadas, con unas caderas anchas y una cintura estrecha. Y Kate recordaba bien el placer que había sentido, en el pasado, cuando recorría con sus labios los grandes pechos de Ashley.

Kate se notó la boca seca, mientras una punzada de deseo le atravesaba el cuerpo y descendía hasta su entrepierna. Y aunque Ashley estaba detrás de ella y no podía verle la cara, no se quedó del todo tranquila. Atravesó a toda prisa el pórtico adornado con celosías y la amplia galería de la entrada para abrir la pesada puerta principal. Pasó la primera a la sala y se dio la vuelta mientras entraba Ashley.

—¿Quieres un café o un té? —le preguntó educadamente, pero su amiga hizo un ademán de negación con la cabeza.

Ashley se apartó el pelo de la frente con un gesto que Kate recordaba muy bien. Siempre lo hacía cuando estaba nerviosa o se sentía incómoda. Y Kate podía entender perfectamente cómo se sentía. Ella también estaba bastante desconcertada. Tenía los nervios a flor de piel.

¿Recordaría Ashley la última vez que se habían visto? A Kate le parecía que aquella penosa escena flotaba pesadamente entre las dos mientras se sentaban en la sala, separadas por toda la extensión de la alfombra.

De pronto, Kate retrocedió hasta el principio de aquellos diez largos años y volvieron a encontrarse las dos juntas en el dormitorio de Ashley, en la enorme casa que había al otro lado de la valla. El dormitorio era pequeño y estaba pintado en un tono rosado, y la estrecha cama estaba todavía cubierta con un dosel de encaje, que Ashley consideraba infantil pero que no se decidía a quitar. Kate y Ashley habían

pasado muchas horas juntas en aquel cuarto cuando eran niñas, jugando, charlando o haciendo los deberes. Y desde aquel electrizante momento posterior a la boda de Belinda, siempre que podían tener la casa para ellas solas se pasaban el tiempo haciendo el amor en la estrecha cama de Ashley. Tenían que ir con cuidado, por supuesto, y eso hacían.

Aquel día, el padre y los hermanos de Ashley no habían llegado aún del trabajo, y su madre había asistido con la tía de Kate a un servicio religioso que solía terminar bastante tarde.

Kate suspiró y rozó los pechos de Ashley con la punta del dedo, percibiendo la fina película de sudor que le cubría aún la piel después de haber hecho el amor.

—Ha sido fantástico. ¿Te das cuenta de que llevábamos toda una semana sin poder estar juntas? Esta tarde, en la clase de historia, tenía tantas ganas de besar cada trocito de tu cuerpo que pensaba que me moría. —Kate inclinó el rostro y mordisqueó delicadamente el pezón de Ashley, quien emitió un gemido gutural.

—Habría estado mejor que leer todos esos libros que nos han mandado sobre las invasiones, ¿verdad? —Ashley rió—. Ojalá tuviéramos tiempo de hacer el amor otra vez. —Se cambió de sitio y se colocó lo más cerca posible de Kate.

Sus cuerpos se amoldaron entre sí como solían y las dos jóvenes se besaron durante un largo rato.

—Te quiero —dijo Ashley en voz baja.

Kate recorrió a mordisquitos la barbilla de Ashley y hundió la cara en el hueco de su cuello.

—¿Kate?

—Mmm... —Kate cerró los ojos y dejó que la invadiera el penetrante aroma del pelo de Ashley.

—¿Kate? Tenemos que hablar de... —Ashley interrumpió la frase—. Quiero que hablemos de lo de Dean y el baile del equipo de fútbol —empezó a decir, y Kate alzó la cara y la miró atentamente.

—Eso fue hace mucho. Siento... En fin, siento haberme enfadado tanto con esa historia. La verdad es que me molestó mucho que fueras con él y lo pasé fatal al veros juntos, pero me parece que ya entiendo por qué lo hiciste. Es decir, entiendo que tienes que fingir que... Bueno, ya sabes. Y de todas maneras, ya no has vuelto a salir con él. —Kate observó la expresión preocupada de Ashley—. ¿O sí?

—No —dijo Ashley al cabo de un momento—. No, claro que no. Desde lo del baile, no. Te... te lo habría contado.

Cuando Ashley le dijo a Kate que acompañaría a Dean al baile que organizaba el equipo de fútbol, mantuvieron una agria discusión, que se prolongó durante la fiesta. Y todo acabó con Ashley dando media vuelta y marchándose, dejando a Kate dolida y confusa.

Durante la semana siguiente estuvieron evitándose en el instituto y Kate pasó la noche del sábado terriblemente sola, imaginándose a Dean Andrews bailando con Ashley y estrechándola contra su ancho torso, con el resplandor del triunfo en los ojos.

El domingo por la tarde, Ashley llamó por teléfono a Kate para decirle que estaba sola y que si podían verse. Kate corrió a su casa, donde la estaba esperando una pálida y cansada Ashley. Ésta la abrazó con furia, sollozando, y musitó una disculpa con la cara hundida en el cuello de Kate.

Acabaron en el dormitorio de Ashley, estrechamente abrazadas. Kate pensó que Ashley no parecía resignarse a dejarla marchar y le pareció bien. Cuando empezó a acariciarla, Ashley la detuvo, diciéndole que sólo quería que la abrazara. Y a Kate también le pareció bien. Se limitó a estrecharla entre sus brazos, aspirando su dulce aroma.

Y ahora, semanas después, era la primera vez que Ashley nombraba a Dean Andrews.

—Bueno, pues si no has salido con él, no pasa nada —dijo Kate con fingida seriedad—. Yo tampoco he salido con Phillip. —Emitió una exclamación de disgusto—. La última vez que salí con él al cine fue horrible. Cuando quiso darme un beso de buenas noches y me metió la lengua en la boca, me dieron ganas de vomitar.

—Kate, tengo que decirte una cosa. —Kate se quedó helada al percibir el tono de la voz de Ashley—. No puedo contárselo a mamá y estoy asustada.

—¿Asustada? ¿Qué pasa, Ash? Si te preocupa que alguien nos descubra...

—No, no es eso. ¡Ojalá lo fuera! —Ashley se frotó los ojos—. Lo que me da miedo es que me odies cuando te lo cuente.

—Yo nunca te odiaría, Ashley —dijo Kate con franqueza—. Te quiero, ya lo sabes.

—Ay, Kate... —Ashley la estrechó contra su pecho—. Fuguémonos juntas. Ahora mismo.

Kate rió quedamente.

—Ojalá pudiéramos. Pero sólo faltan dos meses. Después de Navidades podremos instalarnos en Brisbane y matricularnos en la universidad. Compartiremos piso y pasaremos todo el tiempo juntas, tal como tenemos pensado.

—Kate, ¿qué pasaría si...? —Ashley se interrumpió y se mordió el labio.

—¿Si qué? ¿Si no nos dan la beca para la universidad? Nos la darán. Y si no, nos vamos más al sur y buscamos trabajo. Todo irá bien. Ya lo verás.

Ashley abrazó a su amiga con tanta fuerza que Kate tuvo que dejar un poco de espacio entre las dos para tomar aliento.

—Necesito aire, Ash. —Kate inspiró ostensiblemente—. ¿Por eso dices que me quieres hasta la muerte? —preguntó en broma.

Ashley suspiró.

—Te quiero más de lo que te imaginas.

—Yo también te quiero —dijo Kate, y besó la boca suave y anhelante de Ashley, antes de apartarse con expresión resignada—. Tendríamos que ir vistiéndonos. ¿Qué hora es?

Ashley atisbo por encima de la cabeza de Kate, hacia el despertador de la mesilla de noche.

—Nos queda un ratito.

—Fantástico —murmuró Kate, contenta—. Tienes una piel divina. —Deslizó la mano por la rabadilla de Ashley, hasta la curva de sus nalgas, y volvió a estrechar a su amiga contra su pecho.

La pierna de Ashley se deslizó entre las suyas y en el centro de Kate se encendió un chispazo de deseo. Arqueó el cuerpo para amoldarlo al de Ashley, su boca buscó la de su amiga y las dos se besaron con renovada pasión.

—¿Qué...? ¡Dios mío!

Ninguna de las dos jóvenes había oído los pasos que se acercaban por el pasillo enmoquetado ni cómo la madre de Ashley abría la puerta del dormitorio. Se volvieron las dos a la vez, atónitas, mirando en la dirección de donde procedía la voz.

Patsy Maclean aferraba la manecilla de la puerta con una mano, mientras se llevaba la otra a la garganta en un gesto de horror.

—¡Dios mío! —repitió—. ¿Qué estáis...? ¿Qué...?

Kate estaba hecha un flan y era incapaz de moverse. Continuó abrazando a Ashley, mientras ambas mantenían la vista clavada en Patsy Maclean.

Ashley fue la primera en incorporarse. Tiró rápidamente de la sábana para tapar sus cuerpos desnudos.

—Mamá, te lo puedo explicar —empezó a decir, y su madre soltó un áspero suspiro.

—Vestiros las dos y venid a la cocina.

La puerta se cerró con un débil chasquido, que en el pequeño cuarto sonó como una explosión.

Kate se volvió hacia Ashley.

—¿Qué hacemos? —susurró, a punto de darle un ataque de risa histérica.

—¡No lo sé! —dijo Ashley con la voz ronca—. No lo sé... ¡Dios mío, Kate! ¿Qué vamos a hacer ahora?

Kate se esforzó por calmar los alocados latidos de su corazón y respiró hondo.

—Creo que tendríamos que decirle la verdad. Decirle que nos queremos. ¿Qué otra cosa vamos a hacer?

—Mi madre no lo entenderá. No lo entenderá nadie. —Ashley estaba llorando—. ¿Y si se lo cuenta a mi padre? ¿O a tu tía?

A Kate se le secó la boca. Era imposible que aquello estuviera pasando.

Por fin, Ashley pareció tranquilizarse.

—Más vale que nos vistamos —dijo lacónicamente, y empujó a Kate hacia el borde de la cama.

Kate se incorporó y apoyó las piernas temblorosas en el suelo. Tropezó mientras buscaba torpemente la ropa dispersa por la habitación y Ashley la agarró del brazo para tranquilizarla.

—Tendrán que entenderlo, Kate. ¿No? —preguntó desesperadamente, buscando su ropa ella también.

A Ashley le temblaban las manos y no conseguía abrocharse el sujetador. Kate la ayudó y luego le hizo dar la vuelta para que la mirara.

—¡Vaya lío, Kate! —La voz de Ashley se quebró en un sollozo.

—Chsss... —Kate la besó con ternura—. Recuerda que, pase lo que pase, te quiero —dijo con franqueza. Ashley asintió con un gesto.

Acabaron de vestirse y Kate asió la mano de Ashley y se la estrechó con fuerza, antes de salir de la habitación y recorrer el corto trecho que las separaba de la cocina.

Patsy Maclean no las miró cuando entraron. Se había preparado un té y estaba sentada a la mesa, sujetando firmemente con las dos manos la taza de porcelana floreada. Kate vio que temblaba y oyó el tamborileo de la taza sobre el platillo.

Kate empezó a hablar, pero Ashley la interrumpió, tocándole el brazo con suavidad.

—Mira, mamá, no es lo que tú crees —empezó a decir, y su madre se volvió a mirarla con expresión torva.

—¿Ah, no? Pues entonces no sé qué es.

Kate miró a Ashley, advirtió la absoluta palidez de su rostro y entonces se irguió y alzó la barbilla.

—Señora Maclean..., Ashley y yo... nos queremos —dijo con franqueza.

Patsy Maclean se incorporó de golpe, derramando el té y volcando la silla. Kate vio que Ashley se colocaba tras ella de un salto al oír el ruido y ella misma tuvo que esforzarse para quedarse quieta y no salir corriendo.

—¿Que os queréis? —vociferó la madre de Ashley—. No sabes lo que dices. Eso no es quererse. No como las personas normales. Ninguna hija mía es... —Movié la cabeza descartando la idea—. No me atrevo ni a pronunciar la palabra. —Se volvió hacia Ashley, que pareció encogerse—. ¿Cómo has podido hacerlo, Ashley?

—Señora Maclean... —empezó otra vez Kate y Patsy se volvió hacia ella con una mirada de rabia y desprecio.

—No digas nada, Kate Ballantyne. Sabía que no tenía que permitir que te hicieras tan amiga de mi hija. Sabía que tu familia no era trigo limpio. Todo el mundo sabe que los Ballantyne son unos embusteros y unos ladrones. Tendría que haber hecho

caso de mi intuición. Pero me daba lástima verte, huérfana y sola en aquella casa tan fría, con Jane Ballantyne. Y no. Te recibí en mi casa, te traté como a una hija y mira cómo me lo agradeces...

—Mamá, por favor —imploró Ashley—. No ha sido decisión nuestra enamorarnos. Ha ocurrido así, nada más.

—¡Enamorarse! —Patsy casi escupió—. Dejad de decir eso. —Cruzó los brazos y empezó a recorrer la cocina a grandes zancadas—. Una chica no se enamora de otra chica. Lo que hace una chica es buscar un buen chico, como hice yo, y como ha hecho tu hermana. Eso es lo que hay que hacer. —Patsy respiró hondo, intentando calmarse, y se dio la vuelta para recoger la silla caída—. Y si tú no eres capaz de encontrar a un buen chico por ti misma, entonces te lo buscaré yo. Buscaré uno para cada una.

—Yo no quiero ningún buen chico, mamá —dijo serenamente Ashley—. Y Kate tampoco.

—No quiero hablar más de eso, Ashley. Tengo que ponerme a hacer la cena. Y tú, Kate, será mejor que te vayas a tu casa. Ya hablaré yo con tu tía.

Kate se quedó parada, mirando fijamente la lámpara del techo, sin saber qué hacer.

—Y por lo que respecta a Phillip Walker, ese que anda detrás de ti siempre... —continuó Patsy—. Ya es hora de que le hagas un poco de caso.

—Es que a mí no me gusta Phillip Walker —contestó Kate con la voz queda.

—Creo que, ahora mismo, eso es lo de menos. —Patsy Maclean agarró un trapo de cocina y limpió el charquito de té.

—Señora Maclean —empezó a decir Kate, con las cuerdas vocales en tensión—. Ya sé que todo esto la ha dejado muy impresionada, pero prefiero que no hable con mi tía. Ya hablaré yo con ella.

La madre de Ashley la fulminó con la mirada.

—No creo que lo que tú prefieras tenga la menor importancia. Lo que sé es que Ashley es responsabilidad mía. De ti se encarga Jane Ballantyne y será ella la que decidirá qué hace contigo. Pero lo que está claro es que vosotras dos vais a pasaros una temporada sin veros.

—Mamá, por favor —suplicó Ashley.

—Cállate, Ashley —respondió bruscamente su madre—. No quiero oír hablar más del tema.

—Eso no cambiará lo que sentimos Ashley y yo —explicó serenamente Kate, y Patsy Maclean apretó los labios con rabia.

—Vosotras dos habéis estado muy juntas durante demasiado tiempo. Ya es hora de que empecéis a salir con chicos jóvenes.

—No nos gustan los chicos —soltó Ashley, y su madre volvió la cabeza

consternada, contemplando a su hija como si no la hubiera visto nunca antes de entonces.

—No lo entiendo, Ashley —dijo desesperada—. Nunca... Cuando salías con Dean Andrews decías que te lo pasabas bien...

Kate miró a Ashley y advirtió el gesto de desolación que pasó fugazmente por su rostro.

—¡Mamá! Te decía lo que tú querías oír. Yo...

Para la consternación de Kate, Ashley rompió a llorar. Kate quiso abrazarla, pero la mirada de Patsy se lo impidió.

—No entiendes nada, mamá. ¡Dios mío! ¡Qué desastre! —concluyó, desolada.

—Un desastre que has provocado tú sola. ¿Cómo has podido hacernos esto a tu padre y a mí? No... —Patsy meneó la cabeza en señal de negación—. ¡No es normal!

—¿Normal? —repitió secamente Ashley—. ¿Y te parece normal que una mujer se prostituya aceptando acostarse con un hombre aunque no lo desee?

—Ash... —murmuró Kate, pero Ashley mantuvo la mirada clavada en su madre.

—No sabes de qué estás hablando, Ashley —dijo, quitando importancia a las palabras de su hija.

—¿Ah, no? Ya he estado con un hombre, mamá, y créeme: me gustan más las mujeres.

La mirada sobresaltada de Kate se cruzó con la de Ashley, que apartó rápidamente la vista.

—Por favor, mamá, intenta entenderlo. Quiero a Kate.

—Deja de decir eso.

—¿Sabes? Creo que te molestaría menos que te dijera que estoy embarazada —gritó rabiosamente Ashley a su madre—. ¿Verdad que sí? ¿Te molestaría menos que te dijera que estoy embarazada?

Patsy Maclean se cubrió los ojos con la mano.

—Ashley, vete a tu cuarto. Ya tengo bastante por esta noche. Y tú, Kate, será mejor que te marches.

Kate se quedó quieta, indecisa, y entonces Ashley suspiró, mientras su cuerpo en tensión se derrumbaba sobre una silla. Luego volvió la cara hacia Kate.

—Vete, Kate. —Alargó la mano y acarició suavemente el brazo desnudo de su amiga—. Hablaré contigo más tarde.

Sus miradas se encontraron por un momento y, finalmente Kate asintió. Dio media vuelta, salió y caminó lentamente hacia su casa.

Ashley la llamó por teléfono unos días después y le hizo vagas promesas sobre el traslado a Brisbane. Y luego hubo otra llamada que dejó destrozado el joven corazón de Kate. Ashley la llamó para decirle que iba a casarse con Dean Andrews y para preguntarle si quería ir a la boda. Kate rechazó la invitación con vehemencia. Cuando

pensó en ello más tarde, comprendió, por el tono que había empleado Ashley, que la invitación había sido una pura fórmula.

Una semana después, Kate decidió que tenía que intentar hablar con Ashley una vez más, pero fue la madre de su amiga la que contestó al teléfono. Patsy Maclean le confirmó que la boda se iba a celebrar la semana siguiente y también dijo que preferiría que Kate no asistiera, para no poner a Ashley en una situación aún más tensa.

Al principio Kate había creído que las palabras de Ashley al confesar, desafiante, a su madre que se había acostado con un hombre no habían sido más que una bravata, pero cuando en el pueblo se empezó a rumorear que Ashley se casaba embarazada empezó a dudar de la sinceridad de su amiga. Todo lo que sabía era que Ashley permanecía en un irrecusable silencio.

Y ahora Ashley estaba junto a ella y era la primera vez que Kate la veía desde hacía diez años.

—Has pintado la casa. —La voz de Ashley la devolvió al presente—. Está preciosa.

—Gracias. La tía Jane siempre decía que había que pintarla, pero nunca encontraba tiempo para hacerlo.

—Me gustan los colores. Son más claros y más bonitos —dijo Ashley—. Las habitaciones parecen más grandes.

Se quedaron quietas y en silencio, incómodas. Kate sintió una mezcla de deseo y de rabia en su interior. ¿Cómo podía estar Ashley tan tranquila, hablando de banalidades, después de lo que había hecho? ¿Cómo podía tener tanto descaro?

—¿Me invitas a una taza de té?

Kate parpadeó, intentando procesar aquellas palabras.

—¿Un té? —se aclaró la voz—. De acuerdo. —Dejó el bolso sobre una butaca y volvió al pasillo, con los músculos en tensión al comprobar que Ashley la seguía hasta la cocina—. ¿No prefieres un zumo de tamarindo?

—¿Tienes? —preguntó Ashley, sorprendida—. Me encantaría. No bebo zumo de tamarindo desde... —se interrumpió—, desde hace un montón de tiempo.

«Desde que te fuiste», quiso concluir la frase Kate, pero se limitó a asentir y sacó de la nevera una jarra llena de zumo de color marrón. Vertió el líquido en dos vasos altos y añadió una generosa cantidad de hielo.

Al darse la vuelta, vio que Ashley la estaba mirando. Kate, turbada, le tendió un vaso, procurando cuidadosamente que sus manos no se rozaran.

—Mmm... —murmuró Ashley, al acercarse el vaso a la boca—. Hasta el olor me trae recuerdos. —Tomó un sorbito—. Está buenísimo. ¿Te acuerdas de lo bien que se estaba cuando nos sentábamos a beber zumo en la cabaña del árbol, en los días de calor?

«¿Que si me acuerdo? —quiso gritar Kate—. No me hables de recuerdos. No tienes derecho, después de lo que hiciste».

—Sí —dijo, finalmente, y Ashley le dirigió una mirada fugaz.

Kate intentó tranquilizarse.

—¿Volvemos a la sala de estar?

—Bueno —Ashley se dio la vuelta y esta vez fue Kate quien la siguió por el pasillo.

Kate se encontró de pronto observando con atención la cabeza de Ashley, la forma en que le cubrían la nuca los rizos de la corta melena, el porte erguido de la espalda cubierta por la camiseta blanca, el balanceo de sus caderas al caminar, sus piernas torneadas... Y ansió extender el brazo para detenerla, atraer su cuerpo suave y cálido hacia sí, pasarle los brazos por la cintura, dejar que sus manos subieran por el torso de Ashley y cubrieran sus magníficos pechos. Volvieron a instalarse en el salón y Kate le indicó con un tembloroso ademán que se sentara en el sofá. Luego se dio un momento la vuelta para apartar el bolso y sentarse frente a ella en la butaca. Al retirar el bolso, cayó al suelo el ejemplar de *La fiebre del oro*. Entonces Kate se agachó a recogerlo para guardarlo otra vez.

Al ir a sentarse, vio que Ashley miraba el libro.

—La historia transcurre en Towers. ¿Lo has leído? —preguntó Kate.

Un tenue rubor cubrió la cara de Ashley.

—Sí, lo he leído. ¿Qué te ha parecido?

—La verdad es que lo he empezado esta tarde, pero de momento me parece muy bueno. No podía interrumpir la lectura.

—¿Por dónde vas?

—La protagonista, Clare, acaba de llegar a Towers después de enterarse de que tiene familia aquí. —El tema de conversación era inofensivo y Kate se aferró a su banalidad—. La historia se apoya en una buena investigación. El recorrido desde Brisbane es real y la descripción del pueblo en plena fiebre del oro es muy vivida. Me daba la sensación de encontrarme en plena calle mayor, cuando estaba atestada de rudos mineros que encendían cigarros puros con billetes de diez libras.

Kate guardó silencio y miró a Ashley, sentada frente a ella. Era como si no hubieran transcurrido aquellos diez años. Allí estaban, sentadas y hablando de libros, como antes. Kate notó la boca seca y tragó saliva.

—¿Siguen gustándote las novelas policíacas? —preguntó Ashley en voz baja y Kate pensó que tal vez sentía la misma nostalgia que ella.

—Sí, bastante —asintió.

Se hizo un silencio denso y Kate percibió con toda claridad el machacón tictac del viejo reloj que adornaba la repisa de la chimenea.

Sonó un crujido cuando Ashley se levantó de la butaca. Kate se puso tensa, pero

Ashley se limitó a acercarse a la estantería para mirar las fotografías expuestas, de espaldas a su amiga. La imagen en sepia del abuelo y la abuela Ballantyne, vestidos con trajes oscuros y abotonados hasta el cuello, tan poco adecuados para el clima cálido y tropical del norte de Queensland. La foto de la boda de los padres de Kate. Un primer plano de su tía Jane cuando era joven, severa incluso entonces. Y otra fotografía de una Kate de diez años, seria y vacilante, tomada poco antes de que empezara a vivir con Jane Ballantyne.

—Lamenté mucho la muerte de tu tía. Mi madre no se acordó de decírmelo en su momento. —Ashley se volvió a mirar a Kate—. Quise escribirte pero es que, en esa época... —El final de la frase quedó en suspenso entre las dos.

—Se cayó y se rompió la cadera —dijo rápidamente Kate para llenar aquel silencio incendiario—. Nunca llegó a recuperarse del todo, aunque salió del hospital y regresó a casa. Se fue volviendo cada vez más frágil, como si se fuera apagando.

—¿Y tú...? —Ashley bajó los ojos, mirando el vaso—. ¿Cuándo volviste a Towers?

—Cuando el percance de la tía Jane. Necesitaba una persona que la cuidara, así que me vine al pueblo.

—¿Y buscaste trabajo en la biblioteca municipal?

Kate asintió.

—Poco antes de que muriera la tía Jane. Antes trabajaba para el Servicio de Bibliotecas del Ayuntamiento de Brisbane.

Ashley esbozó una sonrisa.

—No me sorprende que seas bibliotecaria. Siempre te han gustado mucho los libros.

—Y a ti también. —Las palabras sonaron antes de que Kate lograra contenerse. Había decidido ceñirse a una conversación superficial—. ¿Y tú? ¿A qué te dedicas?

—¿A qué me dedico? —Ashley hizo una mueca, sin apartar la vista del fondo del vaso y agitando maquinalmente el hielo—. A nada. No tengo ningún tipo de cualificación laboral —dijo con amargura.

Kate la miró, advirtiendo el espectáculo de emociones que atravesaba el rostro de su amiga, y en algún lugar de su corazón se produjo un cambio sutil. En aquellos breves segundos, supo que Ashley no era feliz.

Ashley levantó la vista y miró a Kate a los ojos.

—Qué desperdicio, ¿no? —dijo ásperamente—. Me convertí en una abnegada esposa y madre. Por este orden. Siempre por este orden. Y no era demasiado buena ni como una cosa ni como la otra.

Kate no sabía qué decir.

—Ayer conocí a Jennifer.

—Ya me lo ha contado.

—Parece... parece una niña muy especial.

La expresión de Ashley se suavizó.

—Lo es, aunque no está bien que lo diga yo. Jen es lo único que vale la pena de los últimos diez años.

—Se parece mucho a ti. —Las palabras de Kate tuvieron que abrirse camino penosamente a través de un nudo de dolor que se le aferraba a la garganta.

—Mi madre también lo dice. —Ashley hizo un mohín—. Pero lo que quería Dean era un hijo varón para que no se perdiera su apellido, así que también le fallé en eso. Y después ya no he tenido más hijos.

—Ya me lo ha contado Jennifer. —Kate guardó silencio, incómoda al comprender que ahora Ashley sabría que había estado hablando de ella con su hija.

—Parece que tuvisteis una conversación bastante íntima.

—Tampoco tanto. Sólo... —Kate buscó las palabras adecuadas.

—No pasa nada, Kate. Ya sé cómo es mi hija. Es muy abierta y bastante madura, considerando las circunstancias. —Ashley meneó la cabeza en señal de negación—. A veces me pregunto cómo pudo ocurrir, cómo dos personas tan conflictivas como Dean y yo pudimos tener una hija como ella. En fin... —continuó—. Basta con decir que si no me he vuelto loca ha sido gracias a Jen. —Ashley cambió de postura y dejó de apoyar el codo en la estantería—. Pero ya hemos hablado bastante de mí. Ahora cuéntame tú.

Kate se encogió de hombros.

—No hay mucho que contar.

—¿Estás...? —Ashley hizo una pausa casi imperceptible—. ¿Estás saliendo con alguien?

Kate notó que las mejillas le ardían. Por un momento se le apareció la imagen de Rosemary, pero parpadeó para alejarla de su mente. Después de todo, no había ningún compromiso.

«Dile a Ashley que sales con Rosemary —le exigía el sentido de la autoprotección—. Dile que estás feliz y contenta con la relación. Dile que conseguiste olvidarla y que la vida siguió su curso».

—¿Si salgo con alguien? No exactamente —contestó con cautela, aunque era consciente de que Ashley no tenía derecho a recibir ninguna respuesta.

—¿No exactamente? —repitió Ashley, enarcando una de sus finas cejas castañas. Atravesó la sala y se sentó en la butaca que había frente a la de Kate—. Es una respuesta bastante ambigua.

Kate no apartó la mirada.

—No me he casado. Y no estoy comprometida con nadie —dijo lacónicamente—. Pero salgo con una persona de vez en cuando.

Volvió a hacerse un denso silencio y fue Ashley quien lo rompió.

—¿Hombre o mujer? —preguntó, y la cara de Kate enrojeció intensamente.

Capítulo cinco

Permanecieron un momento inmóviles, mirándose, mientras Kate intentaba articular una respuesta adecuada para aquella pregunta tan directa.

—¿Hace falta especificar? —preguntó sin imprimir expresión a su voz.

—Si te lo pregunta una persona que no conoces mucho, me imagino que no. Pero nosotras éramos amigas.

—¿Amigas? —Kate soltó una risita mordaz—. Sí, claro. Éramos amigas. La palabra clave es *éramos*.

—Me gustaría que... —Ashley suspiró y luego hizo un gesto de negación con la cabeza—. En fin, como decía tu tía: «Si los deseos bastaran...».

Se hizo otra vez el silencio y Kate se removió incómoda en la butaca.

—No será Phillip Walker, ¿verdad? —Tras estas palabras, Kate le dirigió una mirada sorprendida.

—¿Phillip?

—Me refiero a esa persona con la que sales de vez en cuando —especificó Ashley.

—¡Claro que no! ¿Cómo se te ha ocurrido?

—Mi madre me ha dicho que la semana pasada te vio comiendo con él.

—¡Ah, ya! —Kate se preguntó si no habría sido algo paranoica al pensar que Patsy Maclean no quería que su hija hablara con ella—. Phillip es, más o menos, mi jefe y hasta ese día nunca había comido con él. No sé de dónde ha sacado tu madre que salimos juntos. De hecho, Phillip está en trámites de divorcio.

—¿Ah, sí? Últimamente se divorcia mucha gente —añadió irónicamente Ashley—. ¿Así que no llegaste a salir con Phillip Walker después de... —hubo otra pausa imperceptible— ...después de que yo me marchara?

—No, nunca salimos juntos. Yo me matriculé en la Universidad de Queensland, en Brisbane, y él en la James Cook, en Townsville. Se casó con una chica de allí, de la familia Burton.

Los ojos azules de Ashley permanecieron clavados en los de Kate durante un largo instante.

—Me alegro de que no..., bueno, de que no sea Phillip —dijo en voz baja y el corazón de Kate empezó a latir aceleradamente ante la mera idea de que a Ashley pudiera importarle aún con quién salía ella. Pero enseguida se regañó mentalmente por ser tan tonta—. Phillip era un tío aburridísimo —continuó Ashley, sin advertir la creciente incomodidad que parecía irradiar de Kate—. Y no creo que haya cambiado con los años. ¿Sigue siendo tan plasta?

Kate trató de tranquilizarse. Hablar de Phillip Walker le ayudaría a enviar a la trastienda de la mente la idea de que Ashley pudiera estar aún interesada en ella.

—¿Si sigue siendo tan plasta? La verdad es que sí. Más que antes, si cabe. Se le dan bien las cuentas, así que es un buen secretario municipal, pero... —Se encogió de hombros con un gesto irónico.

—Pues, si no es Phillip, ¿entonces quién es? —insistió Ashley.

—Nadie que tú conozcas.

—¡Ah! —Ashley seguía mirando a Kate a los ojos—. Prefieres mantenerlo en secreto.

—¡Por Dios! —Kate tenía los nervios tan a flor de piel que no tuvo más remedio que cambiar de postura. Se levantó y miró directamente a la otra mujer—. ¿Tan importante es? Si lo que quieres saber es si soy lesbiana, pues sí: lo soy. ¿Estás contenta? Me gustan las mujeres, siempre me han gustado.

—Me alegro —dijo Ashley con voz queda y Kate tragó saliva, convencida de que Ashley oía perfectamente el desbocado latir de su corazón.

—Pues no sé por qué —replicó, súbitamente cansada de aquella conversación tan cargada de emociones—. Hace diez años te daba igual, ¿así que por qué va a tener tanta importancia ahora? A no ser que seas de las que opinan que el lesbianismo se debe a la imposibilidad de madurar emocionalmente después de la adolescencia. En ese caso, seguramente me dirás que vaya al psiquiatra.

—Serías la última persona de quien pensaría que necesita tratamiento psicológico —dijo serenamente Ashley.

—Pues hay quien no está de acuerdo en eso —repuso Kate con un suspiro.

Kate desplazó el peso de un pie al otro, intentando descargar la tensión que la dominaba, y se preguntó si lograría aguantar aquella situación mucho tiempo más. Tal vez debería decirle a Ashley que se marchara.

—Tu madre y tu marido se preguntarán dónde estás... —dijo, dirigiendo una ostensible mirada al reloj que había en la pared.

—Le he dicho a mi madre que salía a dar un paseo, y así ha sido. Belinda se ha llevado a Jen y a los niños de excursión a la encañizada. Y en cuanto a Dean..., no ha venido.

—¿Cuándo viene?

—No va a venir.

Kate sopesó la importancia de aquella información. Algo en el tono de voz de Ashley la hizo sentirse repentinamente excitada y tuvo que tragar saliva, tratando de refrenar su desbocada imaginación.

—Jennifer me ha contado que es cardiólogo y que trabaja mucho.

—Sí, trabaja mucho. Como cirujano, Dean es bastante bueno. —Hizo una mueca—. Pero, como padre y marido, era otro cantar.

Había hablado en pasado. Kate se aferró a aquella evidencia, pero, aunque lo intentó con todas sus fuerzas, no se le ocurrió nada que decir.

—A finales de mes estaremos divorciados.

—¿Divorciados? —Kate tragó saliva, repentinamente aturdida—. Lo siento —añadió sin mucha imaginación.

—¿De verdad? —Ashley miraba fijamente el hielo, ya casi derretido, que quedaba en el fondo del vaso—. Yo no. Estos diez años han sido un infierno.

—Yo... —dijo Kate con la boca seca. Pero se interrumpió. ¿Qué podía decir?

—¿Te sorprende? —Ashley enarcó inquisitivamente las cejas—. Pues no te sorprendas. Cuando te dije que me iba a casar con Dean, tú misma te encargaste de recordarme que él y yo apenas nos conocíamos.

Kate revivió el viejo dolor del rechazo y sintió un acceso de rabia.

—Tu madre me dijo que no era asunto mío. Y tal vez tenía razón. Quiero decir que, de hecho, yo apenas sabía nada de tu relación con Dean, así que poco podía opinar sobre la cuestión. Pero en esa época llegué a pensar que tal vez no te conocía tan bien como creía.

Ashley se pasó la mano por los ojos.

—Estaba hecha un lío —empezó a decir, pero se interrumpió al oír unos pasos en los escalones de la entrada.

Cuando sonó el timbre, Kate esperó un momento antes de salir a ver quién llamaba. Se sorprendió al encontrar en la puerta a Rosemary Greig, esbozando una sonrisa.

—Hola, Rosemary. —Kate apartó otra vez de su mente una irracional sensación de culpa al ver cómo se ampliaba la sonrisa de su amiga.

—Pareces sorprendida. ¿Puedo pasar?

Kate siguió mirándola, mientras el cerebro parecía funcionarle a cámara lenta, y la sonrisa de Rosemary se ensombreció levemente.

—Bueno, si no estás ocupada... —añadió dubitativamente.

—No, no. No estoy ocupada —replicó Kate—. Es que...

Se volvieron las dos a la vez cuando apareció Ashley en el recibidor.

—¡Vaya! Lo siento, Kate —dijo rápidamente Rosemary—. Pasaba por aquí y se me ocurrió entrar un momento. No pensé que podías tener visita. No he visto ningún coche.

Cuando Rosemary ya iba a dar media vuelta, Kate avanzó un paso.

—Da igual, Rosemary. Pasa. Es una vieja amiga.

¿Una vieja amiga? Kate estuvo a punto de soltar una risa histérica. ¿Y por qué le había dicho a Rosemary que entrara con ellas?

—¿Paso? —Una vez en el porche, Rosemary le dirigió una sonrisa a Ashley—. ¡Hola! Espero no molestar.

—Claro que no —dijo Ashley, negando con la cabeza.

Volvieron a la sala y estuvieron un momento decidiendo cómo se sentaban, antes

de que Kate hiciera las presentaciones.

—¿Trabajas con Kate? —preguntó cortésmente Ashley. Kate tuvo la sensación de que no le había gustado mucho la interrupción.

—En realidad, no. —Rosemary sonrió. Estaba tranquilísima, como a Kate le habría gustado estar—. Soy la secretaria del alcalde, pero coincido de vez en cuando con Kate.

Ashley dirigió una breve mirada de soslayo a Kate, y ésta, para su consternación, notó que se ruborizaba.

—Creo que no nos conocemos, ¿verdad? —preguntó Rosemary—. ¿Vives en Towers?

—Me crié aquí, pero me marché del pueblo hace unos diez años.

—¡Ah! ¿Y estás de vacaciones o vas a instalarte aquí otra vez?

Kate también deseaba saberlo.

—Todavía no lo tengo decidido. Oficialmente he venido al pueblo por la fiesta de cumpleaños de mi madre, y además me quedaré a cuidar la casa mientras mis padres se marchan de crucero para celebrar su aniversario de bodas. Pero tal vez decida quedarme.

El corazón de Kate dio un vuelco y, antes de que pudiera contenerla, la esperanza se manifestó en forma de dolorosa punzada. Así que no era una visita fugaz, pensó, y una vez más se reprochó a sí misma el hecho de albergar este pensamiento. ¿Qué le importaba lo que hiciera o dejara de hacer Ashley? Sin embargo, si decidía quedarse, ¿cómo podría soportar tener que verla continuamente?

—Es duro vivir lejos de donde uno ha nacido, ¿no? —comentó relajadamente Rosemary.

Kate no pudo evitar comparar a las dos mujeres. Ambas eran algo menos altas que ella, pero Ashley tenía un cuerpo más redondeado. Rosemary, por su parte, era delgada y de huesos finos, y lucía muy pulcra con su fresco vestido de algodón. Al verlas juntas, trató de analizar lo que sentía, pero bastante tenía con intentar seguir la conversación.

—De hecho, Kate y yo íbamos juntas al colegio y éramos íntimas amigas —dijo Ashley.

Los ojos de Rosemary, cargados de interrogantes, se encontraron con los de Kate. Pero ella apartó la mirada, deseosa de que Rosemary no sospechara la verdad que ocultaban aquellas palabras.

—Hacía diez años que no nos veíamos —continuó Ashley.

—Seguro que tenéis mucho de qué hablar. Y yo aquí, molestando —comentó Rosemary con voz lastimera.

—No pasa nada. —Kate había recuperado la voz—. Ashley no se va mañana, ¿verdad?

—No. —Ashley esbozó una sonrisita burlona—. No me voy. Tendremos mucho tiempo para recuperar el contacto.

¿Era imaginación suya aquel tono cargado de significación que había advertido Kate en la voz de Ashley? Miró otra vez a Rosemary, volvió a percibir su gesto de suspicacia y decidió que no se lo había imaginado.

Al parecer, Ashley estaba advirtiéndole sutilmente a la otra mujer que debía mantenerse al margen. Si realmente era así, reflexionó Kate, eso significaba... Tragó saliva. ¿Acaso Ashley quería retomar la relación en el punto en que la habían dejado? Kate sintió una súbita alegría que le costó bastante reprimir.

—¿Has encontrado el pueblo muy cambiado? —preguntó cortésmente Rosemary y Ashley negó con la cabeza.

—No mucho. Pero se me ha hecho raro ver el monumento a la música *country* cuando entraba en el pueblo con el coche. No sabía que el *country* se había puesto tan de moda. Aunque a nosotras, en nuestros tiempos, ya nos gustaban los bailes tradicionales, ¿verdad, Kate?

—Parece ser que el *country* se ha convertido en un gran atractivo turístico. —Kate intentó tranquilizarse, pero se sentía cada vez más tensa.

—Además de la música *country*, se han puesto de moda la arquitectura local y los vestigios históricos de la época del oro —añadió Rosemary—. La verdad es que el turismo está prosperando mucho.

—¿Y tú, llevas mucho tiempo viviendo en el pueblo? —preguntó Ashley, y Rosemary soltó una risita ahogada.

—Soy una recién llegada. Llevo aquí un par de años solamente. Estaba harta de la ciudad y decidí volver a vivir en una zona rural. Solicité el puesto de secretaria del alcalde y aquí estoy. En realidad soy una chica de pueblo.

—Como yo. Bueno... —Ashley se levantó—. Tendría que irme a casa...

Kate hizo un esfuerzo por incorporarse, intentando decidir si se sentía alegre o triste.

—Ya está muy oscuro. Te acompañaré a casa en coche —oyó decir a su propia voz.

—No, no. Tienes visita. Saldré por la parte de atrás y pasaré por el hueco de la valla. Si es que aún quepo —añadió Ashley riendo.

Kate, automáticamente, repasó su cuerpo con la mirada. Si había habido algún cambio, había sido para bien, pensó con ironía, y al levantar la vista comprobó que Rosemary estaba haciendo lo mismo que ella.

—Voy a buscar la linterna, para que al menos Ashley vea por dónde anda —le dijo a Rosemary. Ésta asintió y se repantigó en el sillón—. Vuelvo enseguida. Ponte la tele, si quieres.

—Bueno —Rosemary sonrió y Kate volvió a sentir cómo la roía el sentimiento de

culpa.

—No hace falta, seguro que veo por dónde voy —dijo Ashley cuando atravesaban la cocina en dirección a la puerta trasera.

—La lámpara exterior no funciona. —Kate agarró la linterna que tenía en la alacena—. Tengo que cambiar la bombilla. —Caminó delante de Ashley, iluminando los escalones con la linterna.

Recorrieron el camino de grava que conducía al tendedero y bajaron con cuidado la pendiente que daba a la valla de la parte posterior de la parcela, mientras el cono de luz bailoteaba en el suelo, ante ellas. Kate pensó que casi podía percibir la calidez del cuerpo de Ashley, que caminaba delante de ella. Tragó saliva nerviosamente, reconociendo, muy a su pesar, que Ashley seguía siendo tan atractiva como antes.

«Antes», recalcó Kate para sí misma. En el pasado.

Cuando estuvieron bajo la copa del tamarindo, Ashley se detuvo y apoyó una mano cálida en el brazo de Kate. La joven hizo lo que pudo para no desmayarse allí mismo. Sus terminaciones nerviosas le enviaron un apremiante mensaje de aviso a la boca del estómago y Kate contuvo un hondo gemido, ansiando involucrase en la suavidad del cuerpo de Ashley. Kate se asustó de la intensidad de sus sentimientos.

—¿Puedo subir un momento a ver cómo está la cabaña? —empezó a decir Ashley y Kate intentó serenarse.

—Está muy oscuro y no verás nada. —Dirigió el cono de luz de la linterna hacia la escalerilla y Ashley soltó una carcajada.

—Sería capaz de subir con los ojos vendados —dicho lo cual, Ashley agarró la escalerilla y empezó a trepar.

Kate alumbró el árbol con la linterna e intentó no mirar las lisas piernas de Ashley mientras subían a la cabaña.

—Sube tú también un momento, Kate —le dijo, pasando de un salto a la plataforma.

Kate se quedó quieta, vacilando. Con un suspiro, se colgó la linterna del cuello y subió como pudo a la copa del árbol. Trepó hasta la plataforma y colocó la lámpara sobre el viejo cajón de madera. Las dos quedaron bañadas en un círculo de luz artificial.

Ashley agarró la linterna e iluminó todo el recinto, mientras comprobaba la solidez del suelo con la punta del zapato.

—Has hecho reparaciones —dijo alegremente y volvió a colocar la linterna sobre la caja.

—Sí. —Kate se aclaró la garganta—. Un día subí y uno de los tablones por poco se vino abajo con mi peso, así que hice arreglar la cabaña.

—Parece que aguanta muy bien. —A la luz mortecina de la linterna, Kate captó una rápida sonrisa de su amiga, que la hizo retroceder en el tiempo y le asestó una

punzada en pleno corazón—. Se ve que se nos daban bien las chapuzas —continuó Ashley.

—A ti, en todo caso.

Ashley se encogió de hombros, sin darle importancia.

—Tú me ayudaste a ampliarla. Y trajiste el otro asiento.

—No cuesta mucho acarrear un cajón de fruta.

—¿Así que sueles subir a menudo...?

—No. —Kate meneó la cabeza en señal de negación—. A menudo, no. A veces subo a leer. O a... —se interrumpió.

—¿O...? —Ashley enarcó las cejas.

—Básicamente a leer.

Kate se acercó cautelosamente a la barandilla, en busca de apoyo. ¿Qué diría Ashley si le contara que solía subir a la cabaña a recordar? ¡Y qué dolorosos le resultaban aquellos recuerdos!

Ashley se sentó en la silla nueva, después de comprobar que resistía su peso. Pero se levantó otra vez para terminar sentándose directamente en el suelo, con las piernas cruzadas.

—Así estoy más cómoda. ¿Te acuerdas de la primera vez que te encontré aquí? —preguntó en voz baja.

Kate sintió una dolorosa tensión y retortijones en el estómago. Empezaba a dolerle la cabeza.

—Pensé que ibas a tirarme escalerilla abajo —continuó Ashley, riendo—. Y luego me ordenaste que no entrara, que esto era propiedad privada.

—Me pillaste por sorpresa —dijo Kate haciendo una mueca.

—La verdad es que yo tampoco esperaba encontrar a nadie en mi cabaña, la que había construido yo misma, con mis propias manos. —Ashley suspiró y Kate observó su perfil envuelto en sombras, y volvió a notar el consabido vértigo en la boca del estómago y una punzada que se deslizaba hacia abajo por su cuerpo, hasta las ingles.

Kate pensó que Ashley, en apariencia, apenas había cambiado. Sus ojos eran aún de aquel azul tan increíble, su pelo seguía brillando con reflejos de oro puro y su naricilla seguía estando salpicada de pecas. Sin embargo, bajo la superficie, se advertía un cambio sutil, cierta tensión en la forma en que Ashley se comportaba, y el buen humor que antes le iluminaba los ojos en parte se había ensombrecido.

—¿Es posible que haga ya dieciocho años, Kate? Qué rápido pasa el tiempo, ¿no? ¿Rápido?, quiso gritar amargamente Kate. Cada uno de los últimos diez años había supuesto una tortura por no tener a Ashley junto a ella.

—Supongo que sí —dijo lacónicamente.

—Nos metimos en unos cuantos líos, ¿verdad? Y pasaron años antes de que alguien descubriera nuestro escondite.

Kate apretó los dedos contra la barandilla. ¿Líos? ¿Así es como lo llamaba Ashley? ¿Se acordaba de algo, acaso? ¿De los besos? ¿De...?

—Le conté algunas historias a Jenny. Nos moríamos de risa. —Ashley sonrió y miró a Kate—. ¿Te acuerdas de cuando le desinflamos las ruedas del coche a Baden? ¿Y de que luego le echó la culpa a Tim?

Kate sonrió, a su pesar.

—Seguro que fue idea tuya.

Ashley soltó una carcajada.

—Es lo más probable. Tú siempre eras muy formalita.

—La verdad es que me metiste en unos cuantos problemas a lo largo de los años. —Especialmente la última vez.

Una expresión indefinida recorrió fugazmente el rostro de Ashley, que apartó la mirada.

—Tu tía siempre decía: «Si Ashley Maclean decide tirarse de un puente, no hace falta que la imites, Kate Ballantyne».

Kate rió jovialmente al oír cómo Ashley imitaba el tono reprobatorio de su tía.

—Creo que tu tía me caló desde el principio —comentó lacónicamente Ashley.

Kate se ruborizó al considerar el significado de aquel comentario. Ella habría seguido a Ashley hasta donde su amiga hubiera querido.

—Bueno, tendríamos que irnos. Ashley se incorporó y se sacudió con unas palmadas los pantalones cortos.

—Sí, vamos. —Kate iluminó el borde de la plataforma con la linterna—. Yo iré delante y te iré alumbrando el camino. —Empezó a bajar, desplazando el cono de luz a medida que Ashley la iba siguiendo.

En el último peldaño Kate tropezó, pero recuperó rápidamente el equilibrio, aliviada porque no había hecho falta que Ashley extendiera la mano para sujetarla. Le daba miedo pensar en cómo reaccionaría si Ashley la tocaba, por inocente que fuera el contacto. Empezó a caminar en dirección a la valla, pero cuando enfocó hacia atrás con la linterna Ashley seguía inmóvil al pie de la escalerilla, con la mano apoyada en el tronco del tamarindo. Kate se detuvo y la esperó.

—Rosemary es esa persona con la que sales de vez en cuando, ¿no? —preguntó Ashley en voz baja.

Kate se quedó sin aliento.

—Pero... ¿Qué te hace pensar eso? —dijo para eludir la respuesta, y a la luz mortecina de la linterna vio que Ashley sonreía aviesamente.

—Pues si no es ella, se muere de ganas de serlo —replicó como quien no quiere la cosa.

—Te equivocas —protestó Kate. Ashley emitió una risa gutural y avanzó un paso en dirección a ella.

—Además, no eres capaz de mentir, Kate —dijo, con una voz repentinamente más grave, que se derramó sobre Kate como la miel caliente. Kate notó que la expectación le ponía la carne de gallina.

—Hace mucho tiempo de eso. —Se esforzó por aparentar que controlaba la conversación—. He cambiado.

—¿Ah, sí?

Aquellas dos palabras empezaron a zumbar en la cabeza de Kate, abriendo puertas que creía cerradas para siempre. Su cuerpo reaccionó instantáneamente a la voz de Ashley y se le marcaron los pezones bajo la fina camiseta.

Ashley se le acercó todavía más, extendió lentamente la mano y pasó los dedos por el brazo de Kate con experta naturalidad. Kate se inclinó hacia ella, eufórica y aterrorizada a la vez por la excitación que sentía.

—¿Kate? —El nombre susurrado con voz ronca flotó en la electrizante atmósfera que se había creado entre las dos—. ¡Ay, Kate!

En ese momento, Ashley franqueó la distancia que todavía las separaba y su boca, tan dulce y familiar, se encontró con la de Kate.

Capítulo seis

Las emociones de Kate estaban secas como la yesca y, cuando los labios de Ashley rozaron los suyos, se apartaron, volvieron a rozarlos, los saborearon y se retiraron otra vez para volver a tocarlos de nuevo, Kate comprobó que en su cuerpo en tensión se encendía una chispa y lo inflamaba por entero.

Algo que había muy en su interior terminó por romperse. Exhalando un hondo gemido, rodeó con sus brazos el cálido cuerpo de Ashley y lo estrechó fuertemente contra ella. Los pechos de Kate temblaron cuando entraron en contacto con los suaves senos de Ashley, y las caderas de ambas se acercaron y se amoldaron entre sí.

Ashley cubrió con sus manos las nalgas de Kate, mientras recorría con los labios la barbilla de su amiga y le mordisqueaba el lóbulo de la oreja.

—Kate, Kate... Qué buen sabor tienes. Es tal como lo recordaba.

«Recordaba». La palabra retumbó en la conciencia de Kate, que volvió poco a poco al presente. Y con la conciencia vino el dolor. Con un sollozo, apartó a Ashley para dejar un poco de espacio entre ambas.

—¿Kate? —musitó Ashley suavemente, y Kate se aferró al tronco del árbol, porque sentir la rugosidad de la corteza contra la palma de la mano le ayudaba a reprimir una acuciante ansia de volver a enlazarse en aquel erótico abrazo. Irguió la espalda e intentó controlar la respiración, antes de volver lentamente la mirada hacia Ashley.

—Será mejor que te vayas —dijo con cierta apariencia de tranquilidad en la voz y se agachó para recoger la linterna, que se le había caído al suelo.

—Kate, tenemos que hablar de esto —protestó Ashley con voz débil, en un primer indicio de vacilación.

—Ahora no, Ashley. Necesito tiempo para... —Kate exhaló un profundo suspiro—. Necesito algo de tiempo.

Durante un largo rato las envolvió el silencio. Después Ashley avanzó un paso.

—Muy bien. Entonces, buenas noches, Kate.

Se escurrió por el hueco de los barrotes sueltos de la valla, tal como había hecho cien veces hasta entonces, y la engulló la oscuridad.

Kate, con las piernas temblorosas, recorrió el camino de grava en dirección contraria y volvió a subir los escalones de la parte de atrás de la casa. Guardó otra vez la linterna en la alacena y se pasó nerviosamente la mano por el pelo.

—¿Kate?

Levantó la vista, sobresaltada, y entonces se acordó de que Rosemary la estaba esperando.

—¡Ah! ¡Rosemary! Siento haber tardado tanto. —Kate notó que se ruborizaba, presa de un incómodo sentimiento de culpa—. Ashley y yo hemos estado viendo la

cabaña que construimos hace un montón de años.

—Es agradable recuperar viejas amigas, ¿no? —observó Rosemary. Kate asintió.

—Cierto. Bueno, ¿qué te apetece: un café o un té?

—Tomaré un café, pero sólo si tú también te tomas uno.

—Creo que sí. —Kate decidió que así tendría algo que hacer mientras intentaba serenarse—. ¿Lo has pasado bien en la excursión del fin de semana? —preguntó, mientras echaba café molido en el filtro de la cafetera.

—Bastante bien. Me habría gustado que vinieras. Subimos hasta el monte Broughton. Anne y Tom tienen un chalecito allí. No es nada del otro mundo, pero es perfecto para descansar.

—¡Qué bien! —Kate apoyó la cadera contra la encimera mientras esperaba a que se hiciera el café.

Rosemary deleitó a Kate con un divertido relato de los momentos más interesantes del fin de semana y luego se movió hasta colocarse frente a su amiga. Kate, de repente, se puso tensa.

—¿No me das un beso de bienvenida? —Rosemary tomó la mano de Kate entre las suyas.

Kate sintió un acceso de pánico y volvió la cabeza automáticamente, de modo que el beso de Rosemary acabó sobre su ruborosa mejilla. Rosemary se apartó un poco, enarcando las cejas.

Kate soltó una risita algo azorada:

—Lo siento. Es que estoy cansada.

Rosemary no hizo ningún comentario y se limitó a mirar a Kate con ojos inexpresivos, antes de alejarse con un movimiento grácil. En ese momento sonó el silbido de la cafetera y Kate se dio la vuelta, aliviada de poder dedicarse a verter el café en las tazas, añadir leche y azúcar, y ofrecer unas galletitas caseras a Rosemary.

Volvieron a la sala y Rosemary se sentó en la misma butaca en la que había estado sentada Ashley hacía muy poco.

—¿Has podido terminar el trabajo? —le preguntó a Kate. Ésta parpadeó un momento, sin recordar que había pretextado trabajo pendiente para no acompañar a su amiga a la excursión.

—Sí, sí. Lo dejé listo anoche y esta mañana he ido a dar una vuelta en el coche por la carretera de Townsville.

—¿Sabías que tu amiga Ashley venía al pueblo? —preguntó Rosemary como quien no quiere la cosa, y el tono de la respuesta de Kate fue igualmente inexpresivo.

—Leí una nota sobre la fiesta de cumpleaños de su madre en el diario local.

—¿Dónde ha vivido hasta ahora?

—En Melbourne.

—¿Trabaja allí?

—No. —Kate tragó saliva—. Es su marido el que trabaja allí. —Ya estaba. Había logrado decirlo sin dificultad. *Su marido*—. Es cirujano cardíaco.

Rosemary sostuvo la mirada de Kate.

—¿Es ella la mujer de la que me hablaste?

—¿La mujer de la que te hablé? —repitió Kate con la boca seca—. ¿Qué mujer?

—Esa mujer que al final eligió a un chico y te rompió el corazón —explicó con delicadeza Rosemary.

Sin saber por qué, Kate notó que se le llenaban los ojos de lágrimas y trató de contenerse. Se esforzó por articular una negativa que no la comprometiera, pero tenía la mente totalmente en blanco. Rosemary continuó mirando a Kate, con una expresión cargada de sabia compasión.

—Ya veo que sí —dijo en voz baja y Kate se aclaró la garganta.

—Es algo superado —replicó, sin expresión en la voz, deseando creer lo que decía.

—¿Seguro? Pues yo juraría que, para ella, no. Me advirtió muy sutilmente que no me entrometiera.

—Te equivocas —dijo rápidamente Kate, con escasa convicción. ¿Acaso no lo había notado ella también? ¿Y no había dicho Ashley lo mismo de Rosemary?

—No creo. —Rosemary hizo una mueca—. Y su marido, el cirujano, ¿ha venido con ella?

Kate negó con un gesto.

—Ashley me ha contado que se están divorciando.

—¡Ajá!

Kate hizo un ademán de negación con la cabeza.

—Nada de ajá. Ya te lo conté: hace años que Ashley eligió.

—A lo mejor ha cambiado de opinión.

—No lo entiendes, Rosemary.

—Tal vez no.

—Ya han pasado diez años desde que..., bueno, desde que salía con ella.

—A lo mejor ha necesitado todo este tiempo para darse cuenta de que tan sólo creía ser heterosexual. —Rosemary volvió a enarcar las cejas—. ¿No te parece posible?

Kate suspiró.

—Lo único que sé es que no quiero volver a pasar otra vez por todo aquello.

—¿Ves? Eso sí que lo entiendo. —Rosemary rió quedamente—. De todos modos, no sé por qué la estoy defendiendo. A lo mejor es que me encantan los finales felices. En fin, al menos vivo esperando uno para mí. —Volvió a alzar la vista hasta sostener la mirada de Kate y, al final, se encogió de hombros y apuró la taza de café—. Bueno, me voy a ir.

Se levantaron las dos a la vez y Rosemary se acercó hasta colocarse junto a Kate.

—A no ser que quieras que me quede a pasar la noche —dijo con naturalidad.

—Estoy bastante cansada —repuso rápidamente Kate—. Y mañana tengo mucho trabajo.

Rosemary se encogió de hombros con un gesto exagerado.

—No sé qué me decía a mí que ibas a contestar eso. Bueno, da igual, Kate. — Avanzó hasta la puerta—. ¿Quedamos mañana para comer?

—Claro. —Kate fue hasta el otro extremo de la alfombra y le dio un beso—. Y gracias, Rosemary.

—¿Por qué exactamente? —preguntó su amiga.

Kate se encogió de hombros.

—Por escuchar, tal vez. Y por el consejo.

Rosemary abrió expresivamente los ojos.

—Bueno, yo ya te he avisado. Mi experiencia en cuestión de antiguos amores no es tan buena como la tuya —dijo secamente. Meneó la cabeza, dio media vuelta para marcharse y luego se volvió otra vez—. Pero ve con cuidado, Kate. Me gustan los finales felices, pero reconozco que a veces no es buena idea querer retroceder en el tiempo. El resultado no siempre es perfecto.

—No tengo ninguna intención de hacer eso —repuso Kate, deseando creer en lo que decía. Un simple roce de los labios de Ashley y se habían evaporado diez años en un instante.

—No quiero verte sufrir. —Rosemary pasó un dedo por la boca de Kate y se lo enseñó—. Ashley lleva un lápiz de labios de un tono muy favorecedor.

Kate se ruborizó al descubrir el rastro rosado en el dedo de Rosemary.

—Es sutil y sencillo, pero no le va mucho a tu color de piel.

Kate se mordió los labios y Rosemary rió quedamente.

—Bueno, mejor me voy, antes de que abandone mi discreción y termine poniéndome en evidencia. —Rosemary caminó hasta el porche, con Kate detrás de ella—. ¿Nos vemos mañana?

Kate asintió, incapaz de hacer nada más que quedarse allí parada mirando cómo Rosemary caminaba hasta el coche y se marchaba.

Afortunadamente para Kate, los dos días siguientes estuvo tan atareada en el trabajo que apenas tuvo tiempo de pensar en nada. Tenía que seleccionar una lista de libros para exponer en una de las escuelas locales y además tenía que terminar de calcular el presupuesto del próximo año, de manera que durante la jornada le quedó muy poco tiempo para pensar en Ashley y en aquel beso.

El problema eran las noches. En cuanto se metía en la cama, en su cabeza se sucedían una y otra vez los breves y eróticos instantes en los que la boca de Ashley había estado en contacto con la suya. Y Kate no dejaba de darle vueltas a la idea de

que no sólo había dejado que Ashley la besara, sino que además la había besado ella también con gran placer. Con tanto placer que ya no le era posible mantenerse fría y distante. Un roce de los labios de Ashley y toda la resolución de Kate se había venido abajo.

Pasó la noche del lunes revolviéndose agitada en la cama y, al ver que la noche del martes prometía más de lo mismo, encendió la luz de la mesilla y buscó desesperadamente el ejemplar de *La fiebre del oro*. Poco a poco, a medida que la historia iba atrapándola, se fue tranquilizando. Los personajes cobraron vida y a Kate le pareció estar oyendo el tamborileo de los picos sobre la roca, el rumor del agua que corría por los toscos canales improvisados, el fragor de los cascos de los caballos, el zumbido de los insectos en medio del calor.

Se concentró en los avatares de Clare Darby y llegó a identificarse con la sensación de extrañeza que experimentaba la protagonista cuando intentaba adaptarse a su nueva familia. Clare se había ido a vivir a la tosca cabaña que había construido su tío en la concesión minera. Su tía, la hermana de la madre de Clare, agradecía calladamente la ayuda de su sobrina en las tareas diarias. Clara cocinaba y lavaba la ropa del marido de su tía y de los dos hermanos de éste, que tenían plantada una tienda al lado de la cabaña.

Los tres tíos de Clare trabajaban de sol a sol en la mina, convencidos de que acabarían encontrando un filón. A la joven le parecía evidente que su tía había renunciado ya a toda esperanza de que eso fuera a ocurrir algún día.

Kate se identificó con la tristeza que sentía la muchacha al pensar en sus padres y en la vida que había dejado en Brisbane. Luego Clare conocía a Tess, que resultaba ser la hija de un comerciante del pueblo. Tess iba a casarse con Caleb, el más joven de sus tíos, en cuanto éste tuviera oro suficiente para comprar unas cabezas de ganado. La muchacha tenía la misma edad que Clare y se veían con frecuencia. Muy pronto, Clare empezó a añorar sus visitas.

A menudo, las dos jóvenes se encontraban en un bosquecillo que había junto al riachuelo. Allí se daban la mano, envueltas en la calurosa atmósfera.

Kate pasó la página para seguir leyendo y, de repente, se quedó paralizada. Volvió a la página anterior, leyó de nuevo los últimos párrafos y, por un momento, creyó que se le helaba la sangre. Se sintió totalmente sofocada cuando leyó que Tess depositaba un apasionado beso en la boca de Clare. Siguió el diálogo con una incómoda sensación de *déjà vu*. Aquella conversación entre las dos jóvenes parecía tan real, le resultaba tan familiar...

Kate se tapó la boca para ahogar un grito de asombro cuando se hizo evidente la increíble verdad.

Continuó leyendo hasta altas horas de la madrugada, sin interrumpirse hasta la última página. Y luego se quedó un rato acostada en la oscuridad, con miles de ideas

distintas revoloteándole en el cerebro. Ansiaba abandonarse al reposo del sueño, pero, aunque lo intentó con todas sus fuerzas, fue incapaz de sumirse en la inconsciencia.

Casi se sintió aliviada cuando la luz del alba empezó a inundar la habitación y ella pudo por fin levantarse de la cama y ocupar el pensamiento con otras cosas, mientras se preparaba el desayuno y se arreglaba para salir a trabajar.

El miércoles por la tarde, Kate volvía hacia el mostrador de la biblioteca después de ayudar a escoger unos libros a un señor mayor, cuando el grupo de niños que había asistido a la sesión de lectura de cuentos de Ryan salía atropelladamente de la sala de actividades. Veinte o treinta críos se acercaron al mostrador para pedir libros en préstamo.

Kate empezó a pasar maquinalmente los libros por el lector del código de barras, sin prestar atención a los rostros de los niños, hasta que una voz conocida reclamó su atención.

—¡Hola, Kate! ¿Cómo estás?

Aunque Kate vio delante de ella el rostro sonriente de Jennifer Andrews, su cuerpo entró en tensión al pensar que tal vez Ashley había acompañado a su hija. Jenny la miraba con expectación.

—¡Ah! ¡Hola, Jen! ¿Te ha gustado la lectura de cuentos? —preguntó Kate con bastante más ecuanimidad de la que realmente sentía.

—Ha sido genial —dijo Jenny con una gran sonrisa.

—¿Has venido con tu madre? —Kate se horrorizó al darse cuenta de que había sido capaz de preguntarle aquello a la niña.

Jenny meneó la cabeza en un gesto de negación.

—No. La abuela quería que la ayudara con no sé qué de la fiesta, así que nos ha traído la tía Belinda. Ah... —empujó hacia delante a un niño de su misma edad—. Éste es mi primo Josh. —Jen hizo las presentaciones—. Tiene unos meses más que yo.

—Encantada de conocerte, Josh —Kate estrechó con formalidad la mano que le tendió educadamente el niño.

—Josh no ha leído muchos libros, pero yo le he estado haciendo algunas recomendaciones. —Jenny señaló los libros que llevaba su primo bajo el brazo y Josh enarcó las cejas expresivamente.

—Lo que pasa es que no he leído los mismos que Jenny —repuso, resignado, y Kate contuvo una sonrisa.

—Me gustaron mucho esos libros sobre la época del oro que me prestó Ryan la semana pasada. Estaban muy bien, ¿verdad, Josh?

—Eran interesantes —concedió Josh.

—Mi madre me ha hablado de la antigua mina Eureka y de que vosotras dos ibais

algunas veces a jugar allí, a ver si encontrabais oro —dijo Jenny, con la cara resplandeciente por el entusiasmo.

—En la mina no entrábamos —replicó enseguida Kate—. Está vallada porque no es un sitio seguro. Pero buscábamos oro en las colinas formadas por los escombros.

—Un día de éstos, Josh y yo también iremos a ver si encontramos —los ojos de Jenny, de un azul intenso, se abrieron aún más—. A lo mejor nos topamos con una pepita enorme.

—¿Qué pasa aquí? ¿Otro caso de la malhadada fiebre del oro? —interrumpió la voz de una mujer. Kate levantó la vista y se encontró frente a Belinda, la hermana de Ashley.

Kate observó a la sonriente mujer, que había deslizado el brazo por encima de los hombros de Jenny. Había engordado unos kilitos, pero no aparentaba los treinta y cinco años que tenía.

—Hola, Kate. ¡Cuánto tiempo! ¿Qué buscan estos dos? ¿Mapas del tesoro?

Kate le sonrió también.

—Si hubiera alguno por aquí, estaríamos todos afuera, probando suerte.

—Claro que sí. —Belinda apartó un mechón de pelo de la cara de Jenny—. Tendrás que pedirle al tío Tim que ce lleve de excursión. Hace años él también iba al río en busca de oro, ¿verdad, Kate? ¿O era Baden?

—Creo que era Tim. Y encontró una pepita. Si no recuerdo mal, la guardaba en un tubito de cristal y a nosotros no nos dejaba ni acercarnos. Y nunca nos dijo dónde la había descubierto.

—Es verdad. Siempre estaba hablando de la pepita. —Belinda rió—. No sé si al final la mandó analizar.

—¿Crees que aún la tiene, tía Belinda? —preguntó Jenny, con evidente fascinación.

—Tendrás que preguntárselo el viernes, cuando llegue. —Belinda volvió a mirar a Kate—. Hablando del fin de semana, Kate: ¿vendrás a la fiesta que damos el sábado por el cumpleaños de mi madre?

Kate se quedó callada. ¿Acaso Belinda no recordaba la pelea que mantuvo con Ashley cuando ésta se casó? Aunque Patsy Maclean no le hubiera contado toda la historia a su hija mayor, probablemente Belinda, por entonces, se habría extrañado de que Kate no asistiera a la boda de su hermana.

—¿A la fiesta? —repitió, aparentando desinterés—. No, no creo que vaya. No lo tenía previsto.

—Bueno, pues si al final te decides, ven —repuso Belinda cordialmente—. Seguro que armaremos ruido y no te dejaremos dormir. Y ya se sabe: si no puedes vencer a tu enemigo, únete a él. Seguro que mi madre se alegrará de verte.

Kate no estaba tan segura. Y ahora que Ashley había vuelto al pueblo y ya no las

separaba toda la extensión del continente, Kate estaba convencida de que Patsy Maclean no se alegraría en absoluto de verla.

—Bueno, muchachitos. Si ya habéis elegido los libros, será mejor que volvamos al jaleo de los preparativos. Hasta la próxima, Kate.

Por la tarde, Kate entró otra vez en la biblioteca y soltó un suspiro. Phillip era pesadísimo. Le regateaba cada cantidad, por pequeña que fuera. Por su culpa, Kate tendría que rehacer el presupuesto casi por completo. Y, por si fuera poco, no veía qué utilidad podían tener los recortes propuestos por su jefe. Le daba la impresión de que no era más que una forma retorcida de echarle más trabajo encima.

Cuando se disponía a sentarse frente al escritorio, Kate saludó a Ryan con una mueca de resignación.

—Me muero por un café. ¿No habrá por ahí una tacita de café recién hecho para una pobre bibliotecaria que acaba de ser sometida a una terrible tortura burocrática y no puede más?

—Ahora mismo se está haciendo —dijo Ryan con una sonrisa.

—Eres un sol. —Kate empezó a caminar hacia la sala del personal, pero Ryan la llamó.

—Un momento, Kate. —Avanzó un paso y bajó la voz—. Ya ha venido.

—¿Quién? —preguntó Kate, frunciendo el entrecejo.

—La autora invitada.

Kate dio un respingo, sintió que se ruborizaba y echó una rápida ojeada a la biblioteca.

—¿Leigh Mossman? ¿Dónde está?

Ryan señaló hacia el despacho de Kate con un ademán de la cabeza.

—Llegó hace un cuarto de hora y dijo que quería verte.

—Pensé que telefonaría antes... —protestó Kate, pero Ryan hizo un gesto de negación.

—Bueno, la verdad es que sí que ha telefonado. Poco después de que tú salieras. Le he dicho que volverías a eso de las dos. Pensaba que sólo salías a comer, pero no contaba con que Phillip el Pretencioso te iba a tener toda la tarde ocupada.

Kate esbozó una sonrisa al oír el apodo que Ryan reservaba al funcionario municipal, antes de echar un vistazo a la puerta cerrada del despacho. Tenía una sensación de peligro inminente en la boca del estómago.

—Me ha costado un poco darme cuenta de quién era, pero creo que tú la reconocerás enseguida —dijo Ryan con una sonrisa socarrona—. ¿No quieres entrar a hablar con ella?

Kate seguía de pie, indecisa.

—Te llevaré el café, y otra tacita para ella, ¿de acuerdo? ¿Y quieres unas galletitas de las que hace mi madre?

Kate respiró profundamente y rechazó la oferta con un gesto, pero no hizo ningún movimiento en dirección al despacho.

—Tendrías que entrar. Te está esperando. He llamado al despacho de Phillip y me han confirmado que ya estabas de vuelta, así que le he dicho a ella que llegarías en cinco minutos —intentó animarla Ryan—. ¿Os dejo un momento solas antes de entrar con el café?

—¿Qué? ¡Ah, el café! Sí, gracias, Ryan. —Kate intentó calmarse y se esforzó por avanzar en dirección a la puerta.

Antes de entrar se detuvo un momento e intentó apartar de su mente aquel sentimiento de traición, pero empezó a notar tensión en el estómago en cuanto recordó el libro que había terminado de leer durante la noche del martes y que, desde entonces, no había logrado apartar de su pensamiento.

Traición. La palabra centelleó ante sus ojos y la rabia fue más fuerte que las ganas de volver a ver a la otra mujer. Porque tenía que ser ella.

Kate abrió la puerta y se adentró con decisión en el despacho.

La visitante estaba sentada en la butaquita que había a la derecha, hojeando una revista que seguramente le había dejado Ryan, y alzó la vista para mirar a Kate con aquellos increíbles ojos azules. Una pequeña sonrisa le iluminaba el rostro y Kate volvió a sentir la eterna punzada de deseo.

—¡Hola, Kate! ¿Lo habías adivinado?

Kate rodeó el escritorio, alisándose las solapas de la americana con los dedos. Se alegraba de haberse puesto el traje de chaqueta. Por el motivo que fuera, la hacía sentirse más profesional y creaba una pequeña barrera entre ella, con su tremenda vulnerabilidad, y aquella mujer tan increíblemente atractiva.

—¿Si habías adivinado que tú eras Leigh Mossman? Lo supe el martes por la noche, al llegar a la página ciento veinticinco, más o menos. —Kate se sentó tras el escritorio, otro pequeño bastión protector.

—La agente me sugirió que eliminara o cambiara esa subtrama, pero yo decidí mantenerla. Quería que Clare se sintiera atraída por Tess.

Kate contempló la cara sonriente de Ashley y recorrió con los ojos el cuerpo de la mujer. Llevaba una camisa de seda y unos pantalones de pinzas blancos, y el azul claro de su blusa reflejaba el vívido azul de sus ojos.

—¿Por qué lo has hecho, Ash? —Kate se sorprendió al advertir la frialdad de su propia voz.

—Quería escribir sobre la fuerza del amor entre mujeres...

—No me refiero a eso. Hablo en general. ¿Por qué has incluido la historia en el libro? Ahí está todo lo que nos decíamos, todo lo que hacíamos, para que todo el mundo pueda leerlo. ¿Qué querías demostrar?

—Nada. Al menos, no de la manera que parece insinuar. Sólo quería... —Ashley

se encogió de hombros—. Supongo que lo que quería era que supieras lo importante que era para mí nuestra historia.

Kate soltó una exclamación de incredulidad.

—¡Ah, claro! Y luego se lo contarás a tus nietos.

—Lo haré, si tú quieres que se lo cuente. Si tú estás conmigo para contárselo.

Kate se levantó de la silla.

—Ya basta, Ashley. Estoy harta. ¿Cómo te atreves a volver aquí y a intentar retomar la historia en el punto en el que la dejaste, como si no hubiera pasado nada?

—No es la primera vez que vengo al pueblo con la idea de verte.

Kate vio que un baile de emociones recorría el rostro de Ashley.

—La primera vez —continuó Ashley—, Jenny ni siquiera había nacido. Mi madre no quiso ayudarme y tu tía me dijo que te habías trasladado a Brisbane. Me sentí muy mal. Le insistí para que me dijera dónde vivías, pero no me hizo caso. Busqué tu teléfono en el listín de Brisbane, pero no aparecías. Después mis padres hablaron con el médico y con un asistente social, y me convencieron para que volviese con Dean. Me dijeron que el matrimonio requiere tiempo y paciencia, y la colaboración de los dos para funcionar.

Ashley suspiró.

—Pensaron que hacían lo que debían, pero no conocían a Dean. Mis padres son personas normales, cariñosas. No se daban cuenta de lo posesivo y controlador que podía ser Dean. Cuando volvía a casa por la noche, me sometía a un interrogatorio. ¿Quién ha venido? ¿A quién has visto? ¿Con quién has hablado? ¿Qué te han dicho? ¿Te gusta el vecino?

Ashley movió la cabeza en un gesto de reprobación.

—La situación fue a peor, hasta que yo empeoré aún más las cosas cuando le confesé que no le quería, que amaba a otra persona. Nunca me lo perdonó.

—¿Le has hablado a Dean de nosotras dos? —preguntó Kate incrédula, y Ashley soltó una risita breve y amarga.

—No, no. No cometí ese grave error. No di nombres ni especificué el sexo. Por entonces ya sabía cómo era Dean. Se habría puesto hecho una furia si se hubiera enterado de que estaba enamorada de una mujer. Pero, en fin, da igual ya. Ahora Dean es problema de otra.

Enamorada de una mujer. ¿Eso quería decir...? Kate se esforzó por apartar de su mente aquel pensamiento salvajemente electrizante y jugueteó inconscientemente con el pisapapeles del escritorio. Pero antes de que pudiera decir nada, sonó un golpecito y Ryan asomó la cabeza por la puerta del despacho de Kate.

—¿Queréis ya el café? —preguntó jovialmente y se ruborizó en cuanto Ashley le dirigió una sonrisa.

—¡Perfecto, un café! —dijo Ashley, y Ryan entró y depositó la bandeja sobre el

escritorio de Kate, antes de dirigir otra emocionada mirada a Ashley.

—No puedo creer que seas Leigh Mossman. Tus hermanos jugaban a fútbol con mi hermano, ¿no? Y creo que hace años Tim salió una temporada con mi hermana...

—Es que el pueblo es tan pequeño que nos conocemos todos, ¿verdad? —repuso Ashley con una dulce risa.

Ryan volvió a ruborizarse.

—Sí. Nunca puedes decir nada de nadie, por si quien te escucha es familia suya.

Se echaron a reír los tres, pero Ryan se puso serio cuando dirigió la mirada a su jefa.

—Creo que tú también necesitas un café, Kate. —Volvió a mirar a Ashley—. Se ha pasado toda la mañana discutiendo el presupuesto. Y encima el martes se pasó la noche en vela leyendo tu libro. Por eso está tan ojerosa. Le dije que no empezara a leer *La fiebre del oro* a según qué horas porque no sería capaz de dejar la lectura.

—¿Así que mi libro no te dejó dormir? —Ashley volvió a mirarla y el tono de su voz hizo que las terminaciones nerviosas de Kate dieran un respingo. La joven se acomodó contra el respaldo del asiento intentando tranquilizarse, consciente de la presencia inquisitiva de Ryan.

—Escribes muy bien —dijo lacónicamente y Ashley se echó a reír.

—¿Te acuerdas cuando decía, en el instituto, que un día sería escritora? —Ashley se volvió a mirar a Ryan—. Pero nadie me creía, aparte de Kate. Ella siempre tuvo confianza en mí.

Ryan iba desplazando la mirada de la una a la otra.

—Cuando íbamos al colegio, Kate y yo éramos amigas del alma —explicó Ashley.

—¡Caray, qué bien! No lo sabía. Yo iba unos cuantos cursos por detrás de vosotras, pero, como te he dicho, recuerdo que mi hermano jugaba a fútbol con Tim. —Ryan le pasó el azúcar a Kate—. Seguro que en el pueblo se sorprenderán cuando vean quién da la próxima conferencia del «Autor invitado». Seguro que vendrá un montón de gente.

Ashley hizo una mueca.

—Esperemos que sea así.

—Claro que sí. Como te he dicho, a todos nos ha gustado mucho el libro. A mi madre, especialmente, le entusiasmó. Se muere por conocerte.

—Bueno, por lo menos habrá una persona entre el público —bromeó Ashley.

—¿Una? Ya se ha apuntado un montón de gente para oírte leer unas páginas de *La fiebre del oro* —dijo Ryan, exultante—. Será un llenazo total, ya lo verás.

—Me estás poniendo nerviosa. —Ashley puso cara de preocupación.

—No hay por qué. Todo el mundo se quedará arrobado escuchándote, hables de lo que hables. Eres una chica del pueblo que se ha hecho famosa y tampoco vienen

tantos escritores por aquí, ¿verdad, Kate?

—No, no vienen muchos —repuso Kate sin inmutarse. Ryan cambió de postura, algo incómodo ante la aparente falta de entusiasmo de su jefa.

—Bueno, será mejor que salga, que están a punto de venir las señoras de la residencia de ancianos. —Se frotó las manos, nervioso—. Llegarán dentro de un momento.

—Enseguida salgo y te echo una mano. —Kate empezó a incorporarse, pero Ryan la obligó a sentarse de nuevo.

—No, no. No te preocupes, Kate. Las viejecitas estarán la mar de contentas de tenerme a mí para ellas solas. —Sonrió bonachonamente—. De verdad, puedo atenderlas solo. Te daré un toque por el avisador si te necesito.

—Se parece mucho a su hermano —dijo Ashley cuando el joven cerró la puerta tras él—. Cuando me marché debía de ser un crío. Qué mayor se siente una con estas cosas, ¿no?

Kate sonrió vagamente.

—Un poquito.

Ashley sostuvo la mirada de Kate.

—Al final no me has dicho si te gustó o no mi libro.

Kate se encogió de hombros.

—No hace falta que te diga yo lo bueno que es. Ya lo han hecho los críticos.

Ashley hizo un mohín.

—Pero a mí me gustaría oírte decir que te ha gustado.

—Sí que me ha gustado. Pero sigo pensando que deberías haber dejado fuera esa parte.

—¿Te avergüenzas de nuestra relación, Kate? —preguntó Ashley, y Kate se levantó y se puso a caminar a grandes pasos detrás del escritorio.

—No es una cuestión de vergüenza. Lo que no me gusta es que lo hayas puesto por escrito, para que se entere todo el mundo.

—Nadie conoce la verdad, aparte de ti y de mí.

—Y de tu madre —añadió Kate, exasperada.

—Mi madre no se lo ha contado a nadie, Kate. Ya sé que por entonces amenazó con ello, pero no lo hizo.

—Así que no pasa nada.

—Por Dios, Kate. Quise que la relación entre Clare y Tess fuera una especie de homenaje, por decirlo así. Un homenaje a nosotras dos.

—Por eso haces que Tess se case con el tío de Clare y que Clare se vaya con el protagonista masculino. Pues sí, te ha quedado muy realista.

—Tenía que hacerlo así, Kate. Cuando decidí escribir *La fiebre del oro* fue con la intención de forjarme una carrera. Era una forma de adquirir independencia y de ser

capaz de mantenerme a mí misma y a Jen, para poder divorciarme de Dean. Es que, ¿sabes?, aparte de saber escribir, no tengo ningún tipo de cualificación que me permita ganarme la vida. El libro tenía que resultar interesante para el público en general. —Ashley se levantó y se acercó a Kate. Ésta se puso tensa; una punzada de amargura le comprimía los músculos del estómago.

—Me siento traicionada —dijo ásperamente, antes de comprender el hondo dolor que había en sus palabras.

—Claro, Kate. ¿Crees que no lo sé? Yo no quería que las cosas ocurrieran de ese modo y lo lamento mucho. En esa época mi familia me sometió a una presión brutal para que me casara con Dean y...

—Me refiero al hecho de incluirlo en el libro —exclamó Kate con rabia.

—¿Porque Clare tiene que renunciar a Tess?

—Por las palabras que has usado. Todo lo que nos decíamos la una a la otra. Éramos nosotras, Ash, y tendría que haber quedado en la intimidad.

—Ya sé que estaba hablando de nosotras, pero es que... Bueno, ésa ha sido mi única experiencia, Kate.

—Por Dios, Ashley...

—Es cierto, Kate. Aunque antes de ponerme a escribir el libro hice algún intento.

—¿Algún intento? —Kate notó que se le secaba la boca.

Ashley frunció los labios irónicamente.

—Sí, para adquirir experiencia. En realidad, tenía un sentimiento ambivalente. Fue hace un par de años. Estaba hecha un lío. Quería demostrarme a mí misma de una vez por todas que era heterosexual y que lo que había habido entre nosotras no era más que..., en fin, algo a lo que yo había dado más importancia de la que tenía.

Kate observó cómo una oleada de tristeza recorría la cara de Ashley. Deseó desesperadamente preguntarle qué era lo que había descubierto y con idéntica desesperación deseó no saberlo.

—Ashley...

—Llamé a un teléfono de información para gays y lesbianas, y pregunté a qué sitios podía ir —prosiguió Ashley en voz baja—. Al final me armé de valor y fui a una discoteca. Y allí encontré la respuesta, Kate. Conocí a algunas mujeres muy simpáticas. Pero cuando llegaba el momento decisivo, no podía continuar. Me sentía como si estuviera traicionándote.

—Al que traicionabas era a Dean —dijo ásperamente Kate, pero Ashley hizo un gesto de negación.

—Dean no tenía nada que ver.

—Esto es absurdo, Ash.

—Tú eres la única mujer, la única persona, por la que me he sentido atraída en toda mi vida, Kate. —La voz de Ashley alcanzó un timbre increíblemente bajo—.

Eso es lo que he sentido siempre.

—No hagas eso, Ash.

—¿Que no haga qué? ¿Que no diga la verdad? Pues es la verdad, Kate.

—Ash, creo que deberíamos... Bueno, que no deberíamos...

—Pero también escribí la otra versión. Tenía que hacerlo —acabó Ashley, en voz muy baja.

—¿La otra versión? —repitió Kate, con todo su cuerpo pendiente de la proximidad de la otra mujer.

—Diez años después de casarse, Tess y Clare se encuentran de nuevo en Brisbane. Clare se ha quedado viuda y Caleb, el marido de Tess, la ha abandonado a ella y a sus hijos. Clare y Tess caen una en brazos de la otra y viven felices para siempre jamás.

La voz grave de Ashley penetró por todas y cada una de las rendijas de la armadura que Kate había erigido para protegerse y tuvo que hacer un enorme esfuerzo para mantener una mínima apariencia de control.

Ashley alargó el brazo y recorrió la barbilla de Kate con las cálidas puntas de sus dedos, se detuvo en la comisura de su boca y continuó rozando sus labios temblorosos y suaves. Inconscientemente, Kate asomó la punta de la lengua, saboreó los dedos de Ashley y retiró la lengua. Ashley no apartó los ojos de ella mientras se llevaba a la boca el dedo que había lamido Kate.

Kate se apoyó contra el borde del escritorio. Las rodillas no la sostenían. Ashley se le acercó, apoyó las piernas contra las de ella, extendió las manos y encerró a Kate en el círculo de un abrazo hasta que sus cuerpos se amoldaron el uno al otro. Y Kate perdió el control por completo. Estrechó a Ashley contra su pecho y sus bocas se unieron en un beso de febril abandono.

Capítulo siete

Kate, en su fuero interno, sabía que había estado esperando aquel momento desde que se habían besado fugazmente en la oscuridad, bajo la cabaña del tamarindo. Tenía que reconocer que desde entonces su cuerpo no había hecho más que aguardar apasionadamente y que todo su ser había estado ansiando aquella proximidad, aquella conocida afinidad con todo lo que había representado Ashley para ella. Y Kate se aferró a Ashley como si se estuviera ahogando.

Cuando la pierna de Ashley se insinuó entre las suyas, Kate emitió un gemido. Su sobria falda se deslizó hacia arriba mientras la mano de Ashley trepaba por sus panties. El roce de la piel contra el nylon resonó seductoramente por los silenciosos rincones del despacho de Kate.

—Kate, Kate... —murmuró Ashley con la voz ronca, mientras sus labios besaban tiernamente la curva de la mejilla de Kate y le mordisqueaban el sensible lóbulo de la oreja.

La parte vagamente racional que aún quedaba en el interior de Kate levantó la alarma, pero ella había abandonado ya toda precaución. Inclino la cabeza hacia atrás y los sedosos labios de Ashley recorrieron tentadoramente la curva de su garganta y aceleraron aún más el pulso que palpitaba eróticamente en la base del cuello.

—Kate... Llevaba tanto tiempo soñando con este momento. —Ashley respiraba entrecortadamente—. Quería tenerte entre mis brazos, quería sentir tu fuerza, tu dulzura.

La voz sedosa y sensual de Ashley y la evidente excitación sexual que impregnaba sus palabras inflamaron todo el cuerpo de Kate, que atrajo a Ashley hasta la proximidad más absoluta. Le pareció que había pronunciado el nombre de Ashley, pero no estaba segura de si realmente había hablado o si se había limitado a repetir su nombre mentalmente, como una letanía.

—Kate, te quiero. Nunca te he dejado de quererte.

Kate deslizó una mano por las caderas de Ashley y por su estrecha cintura, y cubrió con la otra mano la voluminosa curva de su seno. Al notar el turgente pezón de Ashley contra la palma se estremeció con una sacudida de puro deseo.

Toda la habitación parecía vibrar con la electricidad que chisporroteaba en el aire. De pronto, el estridente sonido del avisador cayó sobre ellas como un mazazo y las devolvió bruscamente a la tierra.

Ashley levantó la cabeza. Sus ojos azules resplandecían aún de excitación. Su mirada se cruzó con la de Kate y se mantuvo apremiantemente clavada en ella.

Kate permaneció completamente paralizada durante algunos segundos, pero enseguida recuperó el sentido de la realidad. Se dio cuenta, horrorizada, del aspecto que ofrecerían a la más fugaz de las miradas. La ropa arrugada. La boca hinchada con

la evidencia de los besos. Parecía que habían estado haciendo el amor sobre el escritorio de Kate, lo cual, como Kate comprendió avergonzada, era precisamente lo que habían estado haciendo.

Kate apartó a Ashley y, con las manos temblorosas, se bajó la falda y se alisó la chaqueta. Como pudo, logró colocarse otra vez tras el escritorio y se derrumbó sobre el sillón.

—Kate...

Sonó un breve golpecito antes de abrirse la puerta y Phillip Walker irrumpió en el despacho.

Kate, con la mente embotada, comprendió que Ryan debía de haber usado el avisador para alertarla de que Phillip se acercaba al despacho, y se propuso agradecersele encarecidamente. De no ser por él...

—Kate, he pensado que te pueden ser útiles estos apuntes sobre los cambios que hay que introducir en el presupuesto. —Phillip se interrumpió y se ajustó las gruesas gafas cuando Ashley avanzó y se sentó en el otro sillón—. ¡Vaya! ¿Eres Ashley Maclean, verdad? —Phillip le tendió la mano y Ashley se la estrechó con un gesto maquinal.

—Hola, Phillip. Por ti no pasan los años. —La voz de Ashley sonó asombrosamente normal y Kate fue la única que advirtió la palidez de su rostro.

—¡Vaya, gracias! —Phillip sonrió ampliamente—. Lo mismo digo. ¿Cuánto hace que no *nos* veíamos? ¿Diez años, o más? ¿Qué has estado haciendo en este tiempo? No vives en Towers, ¿verdad?

—No. He estado viviendo en Melbourne. Y haciendo lo normal. Me casé, ahora me estoy divorciando...

Phillip frunció el entrecejo con gesto comprensivo.

—Lo siento mucho. Yo también estoy divorciado.

—Parece que Kate ha sido la única sensata —añadió Ashley en broma—. No se ha casado.

—Sí, pero bueno, el matrimonio en sí no tiene nada de malo —aseguró Phillip con candor—. Lo que pasa es que hay que escoger a la persona adecuada. Yo no me veo sin casarme otra vez. —Dirigió una mirada de complicidad a Kate, pero ella fingió estar concentrada en los apuntes que le acababa de pasar.

—Gracias por traérmelos, Phillip —dijo rápidamente—. Me pondré con ello en cuanto pueda. Por cierto, Ashley es la escritora que dará la conferencia del «Autor invitado» de la semana próxima.

—¿La escritora? —Phillip miró a Ashley, pestañeando por la sorpresa.

—No me digas que tú no te has leído mi libro, Phillip —dijo Ashley con una sonrisa y Phillip carraspeó, desconcertado.

—Pues aún no. Pero voy a leérmelo. Parece que ha originado una tormenta en el

mundillo literario.

—Tanto como una tormenta... —Ashley se echó a reír alegremente—. Digamos que ha removido un poco la superficie del estanque.

—Por lo que me ha contado Kate, me parece que estás siendo muy modesta. —Phillip introdujo las manos en los bolsillos y se balanceó sobre los talones de sus lustrosos zapatos—. No suelo leer novelas románticas, pero, teniendo en cuenta que ésta la has escrito tú, no me la perderé.

—Vaya, gracias, Phillip —Ashley inclinó la cabeza.

—Siempre me ha intrigado de dónde sacan las ideas los escritores. Creo que tu libro se sitúa en Towers. ¿Es autobiográfico?

Kate se puso tensa. Si Phillip supiera la verdad...

—En absoluto —respondió Ashley pacientemente—. Pero supongo que, de una forma inconsciente, una siempre tiende a usar fragmentos de la propia experiencia, de la gente que conoce o de situaciones que ha vivido. Todo se aprovecha. Así que nunca se sabe, Phillip. A lo mejor te reconoces en uno de los personajes —bromeó.

—¿Me has incluido en el libro? —preguntó él, tomándola en serio.

—¡No te lo puedo decir! —contestó Ashley con una amplia sonrisa.

Phillip volvió a ajustarse las gafas y le sonrió.

—Siempre has sido una bromista, Ashley. En fin, me impresiona saber que has escrito un libro. Podríamos salir a cenar una noche y así me cuentas cómo fue la cosa.

Ashley se quedó blanca y Kate tuvo que contener una involuntaria sonrisa. En el pasado, las bromas de Ashley solían traerle problemas.

—La verdad es que voy a estar muy ocupada durante las próximas semanas, Phillip. Me encargo de la casa de mis padres. Y no puedo dejar sola a mi hija.

—¿Tienes una hija? ¡Ah, pues Kate podría hacer de canguro! —dijo tranquilamente Phillip y Kate lo miró desconcertada. Desde luego, aquel hombre era el colmo.

—Ya veremos —repuso inexpresivamente Ashley, echándole una ojeada al reloj—. Bueno, Kate, tendríamos que ver cómo organizamos la conferencia del «Autor invitado».

—Sí, yo también tengo que volver al trabajo. Ésta es una época frenética en el ayuntamiento. —Phillip frunció los labios, dándoselas de importante—. Recuérdame mañana lo del presupuesto, Kate. Me alegro de haberte visto, Ashley. —Se volvió y caminó hacia la puerta.

Ashley ahogó una carcajada.

—¡Madre mía! Decías que no había cambiado y desde luego que no lo ha hecho, ¿verdad?

—Me temo que no —concedió Kate. Siguieron mirándose y Kate notó que volvía a ruborizarse ahora que estaban las dos solas. Se frotó el entrecejo, donde notaba un

principio de dolor de cabeza—. En cuanto a la conferencia de la semana que viene, se me ocurre que podrías contar de dónde sacaste la idea para el libro, cómo lo escribiste, y quizá leer un par de páginas.

—¿Qué te parece la página ciento veinte? —preguntó en voz baja Ashley, y a Kate se le secó la boca de golpe.

—Ashley, tengo mucho trabajo y...

—Tenemos que hablar, Kate. ¿No te parece? Pero tienes razón. Tu despacho no es el sitio más... En fin. —Hizo una mueca—. No es el lugar adecuado, ni el momento adecuado. La historia de mi vida. —Ashley se puso de pie—. Además, tengo que ir a buscar a Jenny y a Josh al cine. Pero de verdad pienso que tendríamos que hablar.

Kate sacudió la cabeza.

—Hablar no cambiará las cosas. No puedes borrar diez años simplemente chasqueando los dedos —dijo, y Ashley hizo un movimiento con la mano, en señal de negación.

—Ya lo sé. Y no pretendía hacerlo. Pero quiero saber qué sientes tú, Kate. Quiero saber cómo estás, qué has estado haciendo durante todos estos años.

Kate soltó una exclamación de incredulidad.

—Ahora resulta que te interesa lo que he hecho desde que te fuiste. —Kate se contuvo para no añadir «y me dejaste»—. Fantástico.

—Me ha interesado siempre.

Kate la interrumpió, ronca de rabia.

—Sí, claro. Te interesaba tanto que ni siquiera te atrevías a mirarme a la cara. Me llamaste por teléfono para invitarme a la boda.

—No fue así, Kate, y tú lo sabes. —Ashley se pasó la mano por el pelo—. Estaban pasando muchas más cosas de las que tú sabías.

—Y yo que creía que me lo contabas todo —aclaró Kate sarcásticamente.

Ashley apartó la mirada, con las cejas como flechas oscuras sobre la palidez de su rostro.

—Todo el mundo me presionaba en esa época. Mi madre, Dean... —Miró otra vez a Kate—. Y tú también.

—¿Yo? —Kate se acomodó contra el respaldo—. Oye, Ashley, ahora no quiero hablar de eso.

—¿No puedo contarte mi versión de la historia? —suplicó Ashley y Kate soltó un suspiro.

—¿Y para qué serviría después de tanto tiempo? Ya pasó, Ashley.

—Te he echado de menos.

Kate se pasó una mano trémula por los ojos.

—Yo también te he echado de menos, Ash —dijo lacónicamente—. Pero ya te lo he dicho: está superado. Todo está olvidado. Y no quiero volver a pasar por ello.

—Entonces será mejor que me vaya. —Ashley avanzó hacia la puerta. Se detuvo y, con la mano apoyada en el pomo, volvió a mirar a Kate—. Dices que lo has olvidado, ¿pero realmente es así, Kate?

—Sí —dijo Kate, con más convicción de la que realmente sentía.

Los hermosos labios de Ashley se torcieron en una mueca de amargura.

—Yo creo que no, Kate, no más de lo que lo he olvidado yo. Ese beso fue... —se interrumpió—. Fue realmente increíble, ¿no crees? —Su voz alcanzó un registro inconcebiblemente grave—. Tanto, que quiero repetirlo. Y sé que tú también.

—No tienes ni *idea* de lo que siento yo ahora, Ash. Somos otras personas. —Kate esbozó una sonrisa amarga—. Ya no sabemos nada la una de la otra. Vete, por favor. Tengo trabajo.

Ashley no apartó la vista de Kate durante un largo instante y, al final, suspiró.

—Siempre hemos sabido qué sentía cada una, Kate. Estuviéramos donde estuviéramos. Qué más da cuántos años llevamos separadas. Ha sido así desde el momento en que nos conocimos. Y siempre será así.

Salió, y la puerta se cerró tras ella con un chasquido burlón.

Hasta que no llegó a casa, Kate no recordó que era jueves y que tenía que ir a la acostumbrada cena con Rosemary. Miró el reloj y soltó un gruñido. Era demasiado tarde para anular la cita, así que decidió darse una ducha rápida y ponerse unos pantalones anchos y una sencilla blusa de algodón.

¿Qué iba a hacer con Rosemary?, se preguntó mientras atravesaba el pueblo. Sabía que debía haberle explicado a su amiga que no tenía derecho a iniciar ningún tipo de relación con nadie. Sospechaba que en su personalidad había alguna carencia. Era como si no se permitiera acercarse demasiado a nadie. Al principio, lo atribuía a lo mucho que había sufrido con Ashley. El tiempo lo cura todo, se dijo. Pero el tiempo había pasado y no había cambiado nada. Tal vez Ashley le había causado una herida emocional incurable. Y ahora que había vuelto, Kate...

«¿Ahora qué?», se preguntó ásperamente. Las cosas no habían cambiado. Ashley le había roto el corazón y a ella le había costado años recuperarse. No tenía ninguna intención de dejar que Ashley volviera a herirla.

Kate frunció el entrecejo. La relación con Rosemary se había desarrollado desde el principio sin ningún tipo de compromiso. Había un acuerdo tácito entre las dos. Rosemary lo sabía. ¿O no lo sabía? Kate se sintió culpable. Tampoco le había dado otra opción a Rosemary. ¿O sí?

Mientras continuaba enzarzada en una pelea consigo misma, Kate cambió de marcha, entró en la parcela de Rosemary, aparcó y subió los escalones de la entrada.

Rosemary dominó la conversación durante toda la cena y Kate se esforzó por no apartar la atención de su anfitriona.

—Francamente, Phillip Walker es el tío más aburrido que he tenido la desgracia

de conocer —decía Rosemary, exasperada—. Y me han dicho que te ha estado dando la vara con el presupuesto.

Kate asintió.

—Tú lo has dicho. Y esta vez ha sido aún peor que el año pasado, si cabe.

Rosemary emitió una exclamación de disgusto.

—Es un caso clásico de lo peligroso que puede ser a veces un poco de poder. Entre nosotras: el alcalde y Phillip han estado discutiendo esta tarde. El alcalde está tan harto como cualquiera de los aires de superioridad de Phillip.

—No me extraña. —Kate hizo un gesto con la cabeza—. Y lo más seguro es que mañana tenga que reunirme otra vez con él.

Rosemary tomó un sorbito de café.

—Me ha dicho un pajarito que has recibido la visita de nuestra famosa escritora local —dijo como quien no quiere la cosa.

Kate se puso rígida.

—Sí. —Se esforzó por reír—. ¿Acaso puede pasar algo en este pueblo sin que tú te enteres, Rosemary? —bromeó—. ¿De dónde sacas la información?

Rosemary se dio unos golpecitos con el dedo en una aleta de la nariz.

—Tengo un olfato especial... —Se interrumpió—. Bueno, ¿qué? ¿Me lo cuentas o no?

Kate tragó saliva.

—¿Y bien? —insistió Rosemary.

—La verdad es que ha sido toda una sorpresa. —Kate sintió que su corazón retumbaba perceptiblemente—. Resulta que Leigh Mossman es Ashley Andrews.

¿Qué pensaría Rosemary si Kate le confesaba que había perdido toda compostura y había besado a Leigh Mossman con una imprudencia muy poco habitual en ella? ¿Y que eso había ocurrido en su despacho, donde podía haberlas sorprendido cualquier persona que entrara? ¿Y que Phillip Walker había estado a punto de descubrirlas?

Rosemary pestañeó.

—¿Tu amiga Ashley Andrews es Leigh Mossman?

Kate asintió con un gesto.

—Ya entiendo. —Rosemary tomó otro sorbo de café—. ¿Y no lo sabías?

—No. —Kate mantuvo los ojos clavados en la taza de café. Lo que acababa de decir no era del todo cierto, pero tampoco era mentira. No se había dado cuenta hasta que leyó el libro.

—Qué interesante... —Rosemary volvió a interrumpirse—. Aunque eso aporta una nueva dimensión a uno de los pasajes del libro. ¿No crees?

Kate miró otra vez a su amiga.

—El momento en que Clare se enamora de Tess —explicó—. La verdad es que por un instante tuve la vana esperanza de que acabarían juntas, pero sabía que eso no

podía pasar en una novela para todos los públicos.

—Eso es lo que ha dicho Ashley. Que tenía que escribir para el mercado de masas.

—Supongo que ha tenido que ser práctica.

—Claro.

—¿Así que ha cambiado de opinión?

Kate miró intrigada a Rosemary.

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero a lo de ser hetero. Dijiste que ella y su marido están divorciados. ¿Ha sido por eso?

—No tengo ni idea —respondió Kate, intentando no imprimir a su voz un tono defensivo—. Ya te dije que llevaba diez años sin verla. ¿Cómo quieres que lo sepa?

—Pues yo juraría que Ashley entiende, Kate —dijo Rosemary con franqueza.

—¿Cómo lo sabes? —protestó Kate y Rosemary soltó una risita.

—Se me da bien detectar estas cosas. Será que tengo práctica. Contigo acerté, ¿no?

—Rosemary... —Kate se interrumpió.

—No te preocupes, ni a ti ni a ella se os nota tanto. Y si la gente fuera más tolerante no estaríamos manteniendo esta conversación. Y el libro de Ashley concluiría con una escena de Clare y Tess marchándose juntas, frente a una puesta de sol. Pero, a pesar de todo, es una buena novela —dijo Rosemary.

Se le acercó un poco más y apoyó los labios en el dorso de la mano de Kate.

—Las escenas de amor, incluida esa medio insinuada entre Clare y Tess, eran muy eróticas, ¿no crees?

Kate se removió en el asiento, incómoda.

—Supongo que sí.

—Me imagino que debe de resultar raro leer un libro escrito por una persona a la que conoces —dijo Rosemary con una amplia sonrisa—. Especialmente las escenas de amor.

—Sí, resulta raro.

—¿Has podido reconocer a algún personaje del libro?

—¡No, claro que no! ¿Qué quieres decir? —la voz de Kate sonó acusadora y Rosemary enarcó las cejas.

—Lo siento, Kate. No quería molestarte. ¿Cambiamos de tema? —Dejó la taza de café a un lado, extendió los brazos para asir la mano de Kate y le dio la vuelta para lamerle la palma con la punta de la lengua.

Kate se removió incómoda en el asiento y carraspeó.

—Perdona, Rosemary. Es que esta noche estoy algo cansada. He tenido una conversación agotadora con Phillip y me parece que prefiero irme a dormir pronto.

Rosemary miró a Kate y frunció ligeramente el entrecejo.

—Tienes cara de cansada, sí.

Kate se sintió algo aliviada. Quizá podría irse sin levantar las sospechas de Rosemary. «¡Cobarde!», chilló la voz de su conciencia, exigiéndole que le contara a Rosemary la verdad. Kate sabía que debía hacerlo, pero vacilaba: no sabía por dónde empezar ni qué decir.

—¿Pero estás segura de que no es más que eso?

Las palabras de Rosemary captaron la atención de Kate.

—¿A qué te refieres? —preguntó, con el sentimiento de culpabilidad martilleándole en la conciencia.

—Pues a Ashley Andrews.

—¿Ashley?

Rosemary asintió.

—Me da la sensación de que todo lo que te pasa tiene que ver con Ashley, Kate —dijo Rosemary en voz baja.

Kate suspiró.

—Mira, Rosemary, no es lo que crees. Es sólo que no nos veíamos desde hace diez años, ¿sabes? Y, en fin..., me está resultando algo difícil acostumbrarme al hecho de que esté en el pueblo.

—¿Sigues enamorada de ella?

—¡No! —aseguró Kate con vehemencia y entonces fue Rosemary la que suspiró—. Claro que no estoy enamorada de ella —repitió—. Por Dios, Rosemary, éramos unas crías cuando dejamos de vernos.

—Tanta insistencia es algo sospechosa... —dijo burlonamente Rosemary. Kate luchó por contener un acceso de rabia.

Quiso volver a negar la evidencia y quiso creer que no era cierta. Pero, fuera como fuera, comprendió que no podía. Sabía que eso habría sido engañarse a sí misma. De no ser por el beso que se habían dado esa tarde, tal vez podría...

—Kate, creo que entiendo cómo te sientes —dijo Rosemary, conciliadora—. Por lo menos sé cómo me sentía yo cuando lo de mi amiga Sue. Ashley significaba mucho para ti. Te hizo mucho daño y ahora ha vuelto. Y a ti te está costando entender tus propios sentimientos. ¿No es así?

—Más o menos —se rindió Kate—. Rosemary, no sé cómo decírtelo...

Rosemary hizo una mueca.

—Crees que deberías tomarte un tiempo para decidir qué es lo que sientes por Ashley. ¿Te parece bien así?

—Creo que es una buena forma de expresarlo. —Kate miró a la otra mujer—. Lo siento, Rosemary, si hubiera...

Rosemary le tapó la boca con un gesto delicado.

—No tienes que disculparte. Odio reconocerlo, pero es lo más sensato. —Se acercó más a Kate y la besó en los labios—. Pero recuerda una cosa: si necesitas hablar o lo que sea, cuenta conmigo. ¿De acuerdo?

—Claro. —Kate se levantó, atrajo a Rosemary contra su pecho y la abrazó—. Y gracias. Por todo.

Al día siguiente, después del trabajo, Kate se sintió nuevamente atraída por la cabaña del tamarindo y, a pesar de regañarse a sí misma por querer volver al viejo refugio, no pudo evitar encaminarse hasta el fondo del jardín.

Una vez allí, sentada en el fresco cobijo de la copa del tamarindo, lo único que logró fue revivir todos los recuerdos que había conseguido reprimir a lo largo de tantos años. Cada rincón de aquella cabaña en la que se cobijaban ella y Ashley albergaba una multitud de recuerdos que, por aquellos días, la obsesionaban en todos sus instantes de vigilia. O eso parecía.

Sólo con cerrar los ojos, Kate podía volver a ver a las dos muchachas desnudas bajo el calor del verano, con los cuerpos tendidos el uno junto al otro, perlados de sudor.

Pasaban muchas horas en la cabaña del árbol, acostadas una al lado de la otra sobre una alfombra, leyendo o hablando, pero sobre todo haciendo el amor. Llegaron incluso a idear un sistema para subir la escalerilla cuando estaban en la cabaña, por si los hermanos de Ashley descubrían el escondite.

Kate se vio a sí misma, incorporándose sobre un codo para besar el brazo desnudo de Ashley. Sus cuerpos adolescentes eran muy distintos. Kate era delgada y longilínea, y de piel un poco aceitunada, mientras que Ashley era muy blanca y tenía un cuerpo dulcemente redondeado.

¿Cuándo empezó a estropearse todo?, se preguntó Kate. Retrospectivamente, supuso que fue el día en que Ashley soltó aquella bomba.

Estaban tendidas una junto a la otra sobre la alfombra de la cabaña. Acababan de hacer el amor y a Kate todavía la embarcaba una intensa euforia.

—Tendríamos que vestirnos —dijo lánguidamente—. Pero es que no me canso de tocar esa piel tan suave que tienes y tus increíbles pechos.

Ashley acarició el brazo de Kate, deslizando sensualmente los dedos por su piel.

—Mis tetas son demasiado grandes. Me gustaría tenerlas como las tuyas.

—¿Como las mías? —Kate soltó una risita—. Si no tienen ninguna gracia.

—Son preciosas —dijo Ashley, y le acarició un pezón con la punta de la lengua.

—Mmm. No pares hasta dentro de cincuenta años. —Con una sonrisa, Kate se volvió y murmuró—: Te quiero, Ash. —Observó la cara de su amiga, sumida en una fugaz mueca de tristeza, y frunció el entrecejo—. ¿Qué pasa, Ash?

—Nada. —Ashley suspiró, se recostó otra vez y apoyó la cabeza de Kate contra

su hombro—. Pensaba que ojalá fuéramos las dos únicas personas del planeta.

Kate rió quedamente.

—Aquí arriba lo somos. Pero, si de verdad fuéramos las únicas, acabaríamos aburridas la una de la otra.

—Tal vez sí. —Ashley miró a Kate a través de sus largas pestañas. Su mano seguía tocándola, pero Kate notó que en ese momento su amiga ya no estaba pensando en la suavidad o la textura de su piel.

—Estás muy pensativa, Ash. ¿Demasiado rato haciendo el amor, quizá? —comentó humorísticamente Kate, pero sólo recibió una sonrisa reticente de Ashley.

Kate se recostó contra la alfombra y se acurrucó junto a Ashley.

—¿Qué hacemos mañana? ¿Iremos caminando al cine o nos llevará tu padre o Baden en coche?

Ashley no dijo nada durante unos segundos.

—De eso precisamente quería hablarte —repuso al fin, respirando hondo—. Mañana no puedo salir contigo.

Kate se incorporó y se volvió hacia ella.

—¿Que no puedes? ¿Por qué? Pensaba que tenías ganas de ver la película.

—Sí, pero Dean me ha pedido que vaya al cine con él. Kate se quedó helada. —Y he aceptado.

Capítulo ocho

Kate se sintió como si le hubieran dado un codazo en medio del plexo solar. Miró a Ashley, pero su amiga no le devolvió la mirada.

—No lo entiendo. —Kate se aclaró la voz con esfuerzo—. ¿Por qué, Ash?

Ashley se incorporó para sentarse y se puso la camiseta. Por una vez, Kate no quiso recrearse la vista admirando cómo la fina tela de la camiseta marcaba sus redondos pechos.

—Kate, tenemos que ir con cuidado. Tenemos que tomárnoslo con más calma durante un tiempo.

—Pensaba que ya íbamos con cuidado —replicó Kate—. En público no nos tocamos ni hacemos nada por el estilo.

—No es sólo eso. Es que estamos siempre juntas y la gente acabará por darse cuenta. De hecho, ya han empezado a notar algo. —Ashley se apartó el pelo de la cara.

—¿Y no quieres que estemos juntas? —preguntó Kate, tratando de que la voz no se le quebrara en un sollozo.

Ashley tomó la mano de Kate.

—Sabes que sí. Te quiero, Kate. Pero no quiero que la gente nos ponga ninguna etiqueta, a ninguna de las dos, y tampoco quiero que lo hagas tú.

—¿Te refieres a que pueden decir que somos lesbianas? —inquirió Kate en voz baja y Ashley volvió a apartar la mirada.

—Entre otras cosas.

—Si amarte significa que soy lesbiana, entonces no me importa que me digan que lo soy —dijo orgullosamente Kate.

Ashley soltó un gritito de incredulidad.

—¡Sí que te importaría que la gente se enterase!

—No, no me importaría. —Kate tragó saliva, intentando deshacer la bola que se le había formado en la garganta—. ¿Tratas de decirme que no quieres que vuelvan a vernos juntas?

—No —contestó rotundamente Ashley. Atrajo a Kate hacia sí y la abrazó casi con desesperación—. No es eso lo que quiero. Lo que pasa... —Ashley se apartó un poco para mirarla a los ojos—. Lo que pasa es que tenemos que ir con cuidado. Tenemos que salir con chicos de vez en cuando. Para disimular, si quieres decirlo así. Para que nadie sospeche nada.

Kate volvió la cara.

—Yo no quiero salir con nadie más que contigo.

Ashley volvió a abrazarla con fuerza.

—Kate, Kate... ¿No lo entiendes? Tenemos que hacerlo.

—Alguien ha comentado algo, ¿no? —preguntó Kate.

—No —repuso enseguida Ashley, ruborizándose.

—Sí, claro que han hablado.

Ashley suspiró.

—Ha sido Tim —dijo con voz tenue y Kate sintió un acceso de miedo—. Ya sabes que Dean juega a fútbol con Baden y Tim, y que es muy amigo de ellos, ¿no? Pues parece que dijo que yo me había negado a salir con él o algo así, y Tim me preguntó que qué problema tenía con Dean y por qué no quería salir con él. Una cosa llevó a la otra y al final tuvimos una gran discusión. Entonces me dijo que debería ir con cuidado porque la gente podía pensar que tú y yo éramos... Pues eso: lesbianas.

Kate se quedó helada. ¿Qué podía haberle hecho pensar eso a Tim?

—Así que le dije que mañana por la noche iría al cine con Dean —concluyó Ashley—. No pasa nada, Kate. Y así Tim se quedará callado.

—Pero Ash... ¿Por qué tenemos que fingir nada? —suplicó Kate.

Ashley se encogió de hombros.

—No será siempre así. Sólo hasta que tengamos edad para..., ya sabes, para estar juntas.

—Tenemos diecisiete años —soltó díscolamente Kate—. Ya tenemos edad.

—Kate, por favor —suplicó Ashley—. Confía en mí. No quiero pelearme con mis padres. Si no, no nos dejarán vivir juntas en Brisbane cuando vayamos a la universidad.

Kate consideró la cuestión y reconoció de mala gana que Ashley podía tener razón. Soltó un suspiro de desánimo.

—Odio todos estos subterfugios.

—Y yo también. Oye, Kate, ¿por qué no vas al cine con Phillip? Siempre te lo está pidiendo. Podríamos ir los cuatro.

—No me gusta Phillip Walker. —Aparte de eso, Kate pensaba que no podría soportar ver a Ashley con Dean.

—Dean Andrews tampoco es santo de mi devoción, pero al menos podríamos sentarnos juntas. Además, acompañarlos al cine no significa que nos tengamos que casar con ellos. ¿No lo entiendes, Kate? Es para parecer...

—¿Normales? —acabó Kate secamente.

—Eso mismo, sí. —Ashley suspiró—. Kate, si mis padres se enterasen de lo nuestro, les daría un infarto. ¿Te acuerdas del sermón que oímos en la iglesia el fin de semana pasado? —Ashley se mordió el labio—. Me dio la sensación de que el pastor Jones se estaba dirigiendo directamente a nosotras. Fue horrible.

—Estoy convencida de que el pastor no tiene razón. No entiendo que un Dios que predica el amor nos hubiera creado tal como somos si eso estuviera mal.

—Tal vez hay que evitar caer en ello, Kate. Como con cualquier otro pecado.

—No es ningún pecado. Nos amamos, Ash. —Kate la rodeó con sus brazos y notó que el cuerpo de su amiga se ponía tenso—. ¿Qué hay de malo en eso?

Poco a poco, Ashley se relajó e inclinó el rostro hacia Kate.

—En mis momentos de racionalidad yo también lo veo así, pero a veces todo esto me asusta. No sé cómo reaccionaría si lo supiera todo el mundo. Ya te puedes imaginar cómo se burlarían de nosotras, especialmente los chicos. Sería horrible.

—Las burlas sólo duelen si uno deja que le afecten —dijo Kate, aunque no del todo convencida—. Ya sabes que a mí me pasó algo parecido. Y fuiste tú la que me dijo eso.

Ashley enarcó las cejas y Kate se encogió de hombros.

—¿Te acuerdas de cuando llegué al pueblo? Todas las habladurías sobre la familia Ballantyne... Los demás niños se burlaban de mí porque mis tíos abuelos eran bandidos y atracaban las diligencias que transportaban el oro de las minas. Si no respondes, acaban por cansarse y ya no insisten más... —Aun sin terminar de hablar, Kate comprendió que no era tan sencillo. Pero ahora ya no eran niñas.

—¿Quieres que seamos la comidilla del pueblo, como Maggie y Georgie? —preguntó serenamente Ashley.

Kate sabía de quién estaba hablando. Maggie era la dueña de la mercería. Llevaba vestidos de flores y se pintaba. Georgie, por su parte, era una mujer de aspecto masculino, que trabajaba en el club de golf. Ambas mujeres tenían cincuenta y tantos años, vivían juntas y Kate estaba completamente segura de que eran lesbianas. Pero se dijo que Maggie y Georgie no se parecían en nada a ellas dos.

—Todas las groserías y los sarcasmos que suelta la gente a sus espaldas —dijo Ashley.

—Nosotras no somos como Maggie y Georgie —repuso Kate sin mucha convicción.

—¿Seguro? —Ashley suspiró—. A mí me dan pena y la verdad es que siempre he querido hablar con ellas, para preguntarles cómo se sienten y todo eso...

—La mayoría de la gente las acepta sin problemas. —Kate se puso la camiseta y los pantalones cortos.

—Sí, pero a la hora de la verdad, si alguien hace un chiste sobre ellas, se unen al coro de risas —dijo Ashley con amargo convencimiento.

—Lo único que sé es que yo te quiero, Ash —repitió Kate con franqueza. Ashley asintió.

—Ya lo sé. Y yo también te quiero. Pero tenemos que andar con cuidado. ¿No lo entiendes, Kate?

—Supongo que sí —reconoció de mala gana.

—¿Entonces irás al cine con Phillip? Ya te lo he dicho, así nos podremos sentar juntas.

—No será lo mismo. —Kate intentó oponerse a la argumentación de Ashley.

—Será mejor que no estar juntas en absoluto.

—Phillip no me ha invitado a ir con él.

—No te preocupes por eso. Se lo comentaré a Dean cuando llame esta noche.

Puede insinuarle algo al respecto a Phillip.

—¿Y si Dean no quiere que os acompañemos Phillip y yo?

Ashley se rió.

—Claro que querrá. Estoy segura de que no habrá ningún problema. Dean está coladito por mí.

—¡No es el único! —exclamó secamente Kate, intentando contener un ataque de celos—. Será sólo mañana por la noche, ¿no? Me refiero a que no habrá que repetirlo cada fin de semana, ¿verdad?

—No, claro —la tranquilizó Ashley.

Pero, tal como recordaba Kate ahora con idéntica y acuciante tristeza, aquello fue sólo el principio. Al final llegó a ansiar desesperadamente que Dean tuviera que trabajar en el hospital cada fin de semana.

Y cómo detestaba estar sentada en el cine, tan cerca de su amiga pero imposibilitada de tocarla, mientras Dean Andrews pasaba el brazo por los hombros de Ashley en un ademán posesivo.

Kate recordó una ocasión en que ella y Ashley fueron al lavabo durante el intermedio de la sesión de cine. Al volver, Ashley se detuvo a saludar a una de sus tías.

—Ahora entraré, Kate —le dijo Ashley—. Dile a Dean que no tardo.

Kate regresó a su butaca, entristecida por la descortesía de su amiga, aunque sabía que sólo había dicho aquello para guardar las apariencias delante de su tía.

—¿Dónde está Ashley? —preguntó Dean, mirando hacia el fondo de la sala.

—Está hablando con su tía. No tardará. —Kate se puso tensa cuando Dean se pasó al asiento de Ashley, justo al lado de ella.

Kate tomó un sorbito de su refresco, mientras miraba a Dean por el rabillo del ojo. Reconoció a su pesar que era un hombre guapo, con un atractivo oculto y sutil. Era mayor que Tim Maclean (tenía más bien la edad de Baden, el otro hermano de Ashley) y, desde luego, se llevaba demasiado con Ash, pensó Kate. Era listo y estaba haciendo el primer año de prácticas en el hospital del pueblo. Era alto y fornido, y tenía un pelo abundante y oscuro, y un rostro cuadrado y anguloso. El sueño de cualquier chica, reflexionó sarcásticamente Kate. Pero no el de ella. Y, afortunadamente, tampoco el de Ashley.

—Ahora que no está Ashley, quería preguntarte una cosa —dijo Dean, y Kate se volvió a mirarlo, sorprendida.

—¿Qué?

—Tú eres su mejor amiga. ¿Ha dicho algo de qué le gustaría recibir por su cumpleaños?

—Falta un montón de tiempo para su cumpleaños —respondió Kate y Dean asintió.

—Ya lo sé, pero me gustaría regalarle algo especial.

—No sé. —Kate se esforzó por mostrarse evasiva y apenas se dio cuenta de que Phillip había vuelto a sentarse con ellos.

—¡Regálale un anillo de compromiso y adelante! —dijo Phillip. Kate se quedó muda de la impresión.

Dean frunció el entrecejo.

—Lo he estado pensando. De hecho, el otro día le comenté algo a su padre, pero él piensa que Ashley es demasiado joven. Para casarse, quiero decir.

—Ashley quiere ir a la universidad —dijo Kate, desesperada, y Dean sonrió.

—No le hará falta. Yo puedo mantenerla. Estoy a punto de terminar las prácticas y luego me instalaré en el sur otra vez. Podemos vivir en el piso que tienen mis padres en Melbourne. Lo tengo todo previsto.

Kate estaba horrorizada. Quiso preguntarle a Dean si ya había hablado de ello con Ashley, pero su amiga apareció en aquel momento y Dean regresó a su butaca. Cuando Ashley se sentó, Kate percibió la conocida calidez de su brazo, pegado al suyo, y sintió un pavor repentino. Y todo empeoró progresivamente a partir de esa noche, hasta culminar en la discusión que mantuvieron Kate y Ashley sobre la posibilidad de que Ashley acompañara a Dean al baile organizado por el equipo de fútbol.

Un murmullo de voces, más cercanas que el bullicio procedente de la parcela de los Maclean, devolvió a Kate al presente. Y cuando Ashley asomó la cabeza bajo la plataforma de la cabaña, Kate creyó por un momento que estaba soñando. Ashley sonreía, pero había cierto recelo en su mirada.

—Hola, Kate. No sabía que estabas aquí. Jenny y yo íbamos a enseñarle la cabaña a Josh —dijo afablemente—. ¿Te importa? ¿O molestamos?

—Mi madre me ha dicho que no puedo venir sola a la cabaña —Jenny dedicó una amplia sonrisa a Kate mientras trepaba hacia la plataforma, detrás de su madre—. Pero yo le he dicho que a ti no te importaba. ¿Verdad que no? —insistió Jenny cuando Kate no hizo ningún comentario.

—No..., claro que no. Pero cuando subas por la escalerilla tienes que ir con cuidado —dijo Kate. Jenny se encaramó a la plataforma y se colocó junto a ella.

La niña se volvió.

—Aparta, mamá. Josh no puede subir si no le dejas pasar.

Hubo una confusión de brazos y piernas, y de repente la cabaña pareció abarrotada. Kate no se levantó de la silla, más que nada porque pensaba que si

intentaba ponerse de pie las piernas no la sostendrían. Todo lo que podía recordar era la sensación de tener el cuerpo de Ashley pegado al suyo, la tarde anterior. Y su corazón reaccionó poniéndose a latir con una erótica pulsación.

Ashley se derrumbó sobre el cajón de fruta y Jenny se las apañó para que su primo se sentara en el suelo, junto a ella.

—¿Te acuerdas de Josh, Kate? Es el hijo de la tía Belinda. Lo viste en la biblioteca. —Jenny sonrió con la misma sonrisa de Ashley y se volvió hacia el niño—. Kate es la mejor amiga de mi madre —explicó, muy seria.

Josh Harrison la saludó con un tímido hola y a Kate le pareció que los rasgos del niño, heredados de Belinda, tenían cierto parecido con los de Ashley.

—Mi madre le estaba contando a Josh cómo te encontró en la cabaña por primera vez y le explicaba que desde ese día os hicisteis amigas del alma —dijo muy formal Jenny—. A mí también me gustaría tener una amiga del alma.

Kate dirigió una rápida mirada a Ashley y vio cómo sus mejillas se coloreaban de rosa.

—Tú tienes muchas amigas, Jen —dijo Ashley en tono comprensivo, pero la niña torció el gesto.

—Pero ninguna amiga especial como Kate, alguien con quien vivir aventuras emocionantes.

—En esta cabaña podríamos vivir un montón de aventuras. Es genial —comentó Josh—. Podría ser la base de Duke Nukem cuando salva al mundo —añadió muy orgulloso, y Jenny se volvió hacia él con los ojos encendidos.

—O un barco pirata, y podríamos surcar los siete mares en busca de doblones de oro.

—Cuando jugábamos Kate y yo, esto era una alfombra mágica —dijo Ashley con una sonrisa—. Y con ella recorrimos el mundo entero. ¿Te acuerdas de cuando jugábamos a que la cabaña era una diligencia y nosotras nos encargábamos de llevar el oro al banco?

Kate se esforzó por sonreír.

—Claro que me acuerdo.

La sonrisa de Ashley se ensombreció levemente al advertir el tono de Kate, pero los niños no se dieron cuenta porque Jenny le estaba enseñando a Josh cómo se veía desde allí el terreno de la casa de sus abuelos.

—La abuela acaba de llegar a casa —anunció Jenny y Ashley suspiró.

—Entonces será mejor que volváis. La abuela se preocupará si no sabe por dónde andáis vosotros dos.

—¡Vaya, mamá! —refunfuñó Jenny—. Si acabamos de llegar...

—Podéis volver otro día.

—¿Y tú no vienes? —preguntó Jenny mientras salía de la plataforma, detrás de

Josh.

—Enseguida voy. Quiero hablar un momento con Kate. Dile a la abuela que no tardaré.

Jenny puso cara de querer discutir con su madre, pero en lugar de eso suspiró ostensiblemente, se despidió de Kate y desapareció.

Ashley atisbo a través de las hojas para comprobar que los niños atravesaban el hueco de la valla y luego se volvió hacia su amiga.

—Kate, tenemos que hablar —dijo, en voz baja, y el cuerpo en tensión de Kate se puso aún más rígido—. De lo que pasó ayer por la tarde.

—Olvídalo, Ashley. Fue... —Kate tragó saliva—. Fue un error —concluyó en otro tono.

—¿Un error? —repitió Ashley, con una risa ronca y amarga—. No lo creo, Kate. Y tú tampoco. Un error no te deja sin aliento, no te hace pensar que te vas a morir si no vuelves a dar otra vez ese mismo beso.

—No sigas, Ash.

—Por favor, Kate. Necesito hablar contigo. —Ashley se sentó sobre el cajón de fruta, apoyó los codos en las rodillas y extendió los brazos delante de ella, juntando las manos—. Estoy pasándolo muy mal.

—Así lo pasé yo cuando te casaste con Dean Andrews. —Kate se arrepintió de haber dicho aquellas palabras antes de terminar de pronunciarlas y sintió una punzada de tristeza al ver que Ashley palidecía.

—¿Y no crees que a mí también me dolió? ¡Por Dios, Kate! Yo te quería.

—Me cuesta creerlo —dijo Kate cáusticamente.

—¿Por qué crees que he vuelto? —preguntó Ashley.

Kate se encogió de hombros.

—Es el cumpleaños de tu madre.

—Por el amor de Dios, Kate. ¿Qué te ha vuelto tan dura? Antes no eras así.

—No es dureza. Es autoprotección —replicó Kate en tono ecuánime y Ashley meneó la cabeza en señal de negación.

—No sé si sabes que, en determinados momentos, pensar en ti era lo único que me ayudaba a no volverme loca —dijo en voz baja.

Kate intentó que su afligido corazón no se esperanzara con las palabras de la otra mujer. Debía guardar las distancias, impedir que Ashley consiguiera quebrantar los propósitos que tanto le había costado adoptar.

—Me pasé toda la boda llorando —dijo Ashley con una mueca—. Y todo el mundo creía que eran lágrimas de felicidad. ¿Te imaginas? ¿De felicidad? Me sentía como si mi vida hubiera acabado de golpe, cosa que, en cierto modo, era verdad.

—Es absurdo —protestó Kate.

—Es verdad, Kate. Estos diez años han sido una farsa, me los he pasado tratando

de ocultar el auténtico yo que había en mi interior, sin atreverme a aceptarme. Porque tenía miedo de lo que podía hacer. De no ser por Jenny, creo que no lo habría resistido.

Kate tragó saliva.

—Si tan mal te iba, ¿por qué seguiste con él?

—Intenté dejarlo un montón de veces. Pero nuestras familias, tanto sus padres como los míos, siempre se aliaban y me convencían para que volviera, me pedían que lo intentara por el bien de Jenny. Y cada vez que yo volvía Dean reaccionaba con más agresividad.

—¿Te maltrató físicamente? —preguntó Kate con voz sepulcral.

—Sólo al principio. Pero la primera vez que volví aquí, antes de que naciera Jen, se lo conté a mi familia y mi padre tuvo una conversación con él. No sé qué le dijo, pero a partir de entonces Dean ya no volvió a pegarme. Aunque encontró otras formas, igual de dolorosas y humillantes, de vengarse de mí cuando yo no le hacía caso, como decía él.

Kate sintió que la atravesaba una súbita oleada de rabia contra Dean Andrews y tuvo que apartar la mirada, pues no quería que Ashley se diera cuenta de que, con sus palabras, había logrado perforar la coraza que la protegía.

—¿Y ahora por qué os estáis divorciando? —preguntó Kate, en tono inexpresivo.

—Dean pensaba que tenía un as en la manga: la niña. Y nuestros padres también contaban con eso. Me sentía absolutamente culpable cuando pensaba en romper el matrimonio y alejar a Jen de Dean. Es que hay tantos libros que dicen que es mejor tener unos padres malos que no tener padres en absoluto..., ¿sabes?

»De repente, un día, cuando Dean se había ido de casa tras una de sus invectivas, Jen me preguntó que por qué no me divorciaba de él si estaba claro que yo era más feliz cuando su padre no estaba. ¡Así mismo! —Ashley chasqueó los dedos.

»Entonces comprendí lo egoísta que había sido, sin darme cuenta, al pensar sólo en mi deseo de alejarme de Dean. No me había parado a mirar a Jen, no le había preguntado cómo se sentía ella. Y entonces vi que, cuando Dean estaba en casa, era una niña distinta. Se volvía silenciosa y reservada, y observaba constantemente a su padre, acechando sus reacciones. Había siempre una gran tensión alrededor de Dean y de mí. Cuando él se marchaba, la niña descansaba, igual que yo.

»Hace más de dos años de eso. Fue entonces cuando decidí introducir algunos cambios en mi vida. Llevaba un montón de tiempo dándole vueltas a la idea de escribir *La fiebre del oro* y empecé a tomármelo en serio. Cuando terminé el libro, llamé a una agente de renombre y la convencí para que lo leyera. Y ahí empezó todo. Como la novela se ha vendido tan bien, se me han abierto otras puertas y ahora soy capaz de mantenerme a mí y a mi hija. Lo que siento es no haberlo hecho antes.

»Cuando dejé plantado a Dean, él cambió de actitud. Evidentemente, el hecho de

que tenga una amante puede haber tenido algo que ver.

—Lo siento —dijo Kate inoportunamente, y un espeso silencio pareció agitar suavemente el aire suspendido entre las finas hojas del tamarindo.

Siguieron allí sentadas, envueltas en un incómodo silencio, perdida cada una en sus inquietantes pensamientos.

—No puedo creer que no hayas pensado en mí a lo largo de estos años. —La voz de Ashley adquirió un tono grave y sensual, y fluyó como aceite caliente hasta el excitado cuerpo de Kate.

Kate sostuvo su mirada y fue incapaz de apartarla, súbitamente segura de que podría ahogarse en aquellas profundidades de purísimo azul. Ya empezaba a ahogarse en ellas, atrapada en el torbellino de emociones que las envolvió de repente.

Ashley extendió el brazo, le asió la mano y se la llevó a los labios. Y todos los sentidos de Kate dieron un brinco como respuesta a aquel ardiente beso, mientras el fuego del deseo amenazaba con abrasarla por entero.

—¿No pensabas en mí, a veces, Kate? —repitió Ashley, con una voz que era casi un susurro, una ronca incitación. Kate apartó la mano de golpe.

—¿Que si pensaba en ti? —torció la boca en una sonrisa amarga—. ¡Y de qué manera!

Capítulo nueve

—Al principio pensaba en ti casi constantemente —continuó lacónica, mientras los recuerdos del pasado volvían a su mente y hacían revivir una tristeza que nunca había llegado a desaparecer—. Poco a poco me fui viniendo abajo, dejé de comer, me encerré en mi cuarto y empecé a faltar a clase.

»Al cabo de un tiempo, una amiga me convenció de que no podía seguir así. De manera que llegué a un pacto conmigo misma. Al principio, me permitía pensar en ti sólo seis veces al día. Después, lo reduje a cuatro. Al final, algunas veces me pasaba una semana entera sin pensar en ti.

»Se me daba muy bien. —Kate se rió quedamente de sí misma—. Pero de repente veía a una persona por la calle, una chica cualquiera con una melena rubia, larga y suelta, igual que tú cuando llevabas el pelo más largo. —Kate dirigió la mirada a los suaves y ahora cortos rizos de Ashley, extendió la mano para atrapar un mechón de pelo y lo deslizó entre sus dedos—. O notaba una estela del perfume que usabas tú en esa época. Y entonces... —se encogió de hombros—, empezaba todo de nuevo.

—Kate, Kate... —Una lágrima surcó la pálida mejilla de Ashley—. Lo siento.

—Eso era al principio, Ash. Ya está superado. Pero fue una ruptura muy dolorosa y por eso no quiero volver a pasar por lo mismo.

—Te...

—¡Mamá! —Al pie del árbol sonó la vocecita infantil de Jennifer. Ashley se apresuró a limpiarse la cara con la manga de la blusa.

Kate se puso de pie y notó los brazos y las piernas rígidos por la tensión que la embargaba.

—Tendríamos que bajar —dijo con voz serena.

Ashley se la quedó mirando durante un largo instante y después asintió con gesto triste.

—Ya bajamos, cariño —comunicó a su hija. Kate la siguió mientras bajaban de rama en rama.

—Mamá, la abuela dice que le preguntes a Kate si quiere venir a la fiesta de mañana por la noche —dijo muy seria Jenny—. Vendrás, ¿verdad, Kate?

¿Patsy Maclean la invitaba a su fiesta de cumpleaños? Kate no se lo podía creer. Y lo que era más importante: ella, por su parte, ¿quería ir?

—Pues no sé, Jen. Es que...

—¡Vamos, Kate! Ven, por favor —suplicó Jenny—. Habrá un montón de comida buenísima y estará todo el mundo. ¡Ah!, y la abuela ha dicho que si quieres puedes traer a tu novio. —Miró a Kate a los ojos—. ¿Tienes novio, Kate? ¿Es guapo?

Ashley dirigió otra mirada de soslayo a Kate, que hizo un gesto de negación.

—No, Jen. No tengo novio —dijo en tono inexpresivo, y la niña frunció el

entrecejo.

—La abuela ha dicho que sí tenías. Dice que trabaja en el ayuntamiento.

—Sí, ya sé a quién se refiere tu abuela, pero no es mi novio. —De manera que Patsy Maclean creía que estaba saliendo con Phillip Walker y, por lo tanto, resultaba inofensiva. ¿O sólo deseaba que fuera así? ¿Por eso la había invitado?

—¿Por qué no vienes, Kate? —insistió Ashley, apartando un mechón rebelde de la cara de su hija—. Estoy segura de que Baden y Tim se alegrarán mucho de volver a verte.

—Ya veremos —respondió Kate sin convicción, sabiendo que no iría.

—Mamá siempre dice «Ya veremos» cuando quiere decir que no —dijo Jenny, con la clarividencia de los niños, y Kate no pudo por menos que sonreír.

—Te prometo que me lo pensaré. ¿Qué te parece?

—No suena tan bien como «sí, voy a ir» —replicó Jenny y estrechó la mano de Kate—. Te lo pasarás bien, Kate. Ya lo verás.

Kate lanzó una rápida mirada a Ashley.

—Claro que sí —dijo, un tanto desconcertada.

Kate se había pasado las últimas veinticuatro horas dudando entre ir o no ir a la fiesta. Y ahora, ya avanzada la tarde del día siguiente, había empezado a vestirse para acudir al cumpleaños de Patsy Maclean, dedicando mucho más cuidado de lo habitual a la tarea.

Sin embargo, continuaba preguntándose por qué había terminado por decidirse a asistir. «Porque estará Ashley», se burló la voz de su conciencia, pero Kate decidió alejar de la mente aquel inquietante pensamiento, sin querer reconocer la verdad que implicaba.

«No se exige etiqueta», le había dicho Ashley por teléfono hacía un par de horas, pero su llamada no había contribuido a resolver la indecisión de Kate.

Ashley había tenido que correr a última hora al supermercado a comprar provisiones que faltaban para la fiesta y la había llamado desde un teléfono público. A salvo de oídos indiscretos, explicó.

—Te llamo para ver si vienes esta noche —dijo y Kate asió con fuerza el auricular.

—Creo que no es lo más conveniente, ¿no te parece?

—Ha sido idea de mi madre —le recordó Ashley y Kate dirigió una mirada burlona a su imagen reflejada en el espejo de la cómoda.

—Pero sólo me invita si voy con Phillip Walker —especificó Kate. Se hizo un momento de silencio, durante el cual sólo se oyó el sonido apagado de la respiración de Ashley.

—A mí me gustaría que vinieses, Kate —dijo con voz queda.

—¿Para que me pase la noche evitando hablar contigo por si aparece tu madre?

—¿Eso quiere decir que te apetece hablar conmigo? —preguntó Ashley en tono animado, antes de exhalar un fuerte suspiro—. Mamá es la única que sabe lo que pasó entre nosotras, Kate. Y, aparte de eso, ¿qué más da lo que piense nadie? Ya no somos unas crías.

—Al parecer, has cambiado de opinión —dijo ásperamente Kate—. Me parece recordar que, antes, lo que pensaba la gente era una de tus principales preocupaciones.

—De eso hace años, Kate. Por favor, no me obligues a pedirte disculpas. Reconozco que estaba equivocada, pero es fácil decirlo al cabo del tiempo.

Kate suspiró. Sabía que Ashley tenía razón. ¿Pero acaso no tenía motivos para insistir? ¿O tal vez se estaba volviendo una antipática?

—Me gustaría mucho que vinieras —dijo Ashley—. Sin condiciones. Ni siquiera intentaré hablar contigo si tú no quieres.

—Quedaría un poco raro, ¿no crees?

—Bueno. Entonces es que me das permiso para que hable contigo —repuso Ashley, contenta—. Te prometo que tendré las manos quietas.

A Kate se le aceleró el pulso al imaginarse las manos de Ashley sobre su cuerpo desnudo.

—No digas eso, Ash.

—¿Qué es lo que no quieres oír? ¿Que voy a tener las manos quietas o que no voy a tenerlas quietas?

—Ya sabes lo que quiero decir. Esto no es ningún juego, Ashley.

Una parte de Kate se preguntó dónde había ido a parar al cabo de los años su sentido del humor. Antes Ashley siempre la hacía reír.

—Ya sé que no es un juego, Kate —dijo serenamente Ashley—. Es algo muchísimo más importante. Pero, en fin, cambiemos de tema. ¿Qué? ¿Vendrás esta noche? No se exige etiqueta...

Kate suspiró.

—Ya veremos, según cómo vayan las cosas. Tal vez me pase una horita. Pero no te prometo nada —añadió, arrepintiéndose de la decisión a medio tomar.

—¿Qué decía Jen de los «ya veremos»? —preguntó irónicamente Ashley y Kate volvió a oírla suspirar—. Como quieras, Kate. Yo tengo que volver a casa con la compra, antes de que envíen a la brigada de fiestas en mi busca. —Se interrumpió—. Pero espero que nos veamos esta noche. Hasta luego, Kate.

El zumbido del teléfono resonó en el oído de Kate durante un largo rato, antes de que se decidiera a devolver el auricular a su sitio.

Por eso, ahora, Kate estaba intentando decidir qué ponerse para asistir a la fiesta de cumpleaños de la madre de Ashley y, al mismo tiempo, se preguntaba por qué iba.

Al final perdió la paciencia y optó por lo primero que había elegido, unos

pantalones cortos de pinzas de color verde oscuro y una camiseta en un verde más claro. La camiseta era escotada y sin mangas: bastante fresca, como requería el clima caluroso de la región. En aquella época del año, el calor apenas disminuía durante la noche.

Kate se puso la camiseta y se ajustó el pantalón con un elegante cinturón de cuero. Se calzó unos sencillos zapatos planos y se miró al espejo que tenía detrás de la puerta del dormitorio.

Hizo una mueca. ¿Cuál era la palabra que usaba su tía para referirse a una persona guapa? ¿Un pimpollo? Desde luego, nadie diría nunca eso de ella. Kate recordó que una vez oyó de pasada cómo una de sus profesoras hablaba de ella y la llamaba feúcha. Y ese adjetivo, le pareció, la describía bastante bien.

No pudo evitar sonreír con amargura cuando se preguntó por qué se molestaba siquiera en mirarse al espejo. Fuera como fuera, siempre se veía demasiado alta, demasiado flaca y bastante vulgar.

Todas estas cualidades debían de ser maravillosas para la autoestima, pensó mientras empezaba a pasarse el peine por su pelo oscuro.

Una vez en la cocina, sacó una botella de vino blanco del refrigerador y la guardó en una neverita portátil. En la encimera estaba el regalo vistosamente envuelto que había comprado para la madre de Ashley: una bonita taza de porcelana inglesa para su colección.

En fin, ya estaba lista. El corazón le latía alocadamente y Kate respiró hondo. Sin darse tiempo a cambiar de idea, cerró resueltamente la puerta de la cocina, se dirigió hacia la valla de la parte trasera e intentó tranquilizarse, pensando que solamente iba a hacer una pequeña visita a los vecinos y que podía volver fácilmente a casa si la situación le resultaba insoportable.

Cosa extraña: el jardín trasero de los Maclean estaba vacío, aunque Kate oyó voces procedentes de la casa. Pero, cuando llegó al otro lado de la piscina, vio a un señor regordete atareado ante la barbacoa de obra instalada junto a la otra valla.

El hombre la miró sorprendido mientras Kate se le acercaba.

—¡Mira quién está aquí! ¿No eres Katie Ballantyne? —El padre de Ashley, la única persona del mundo que la llamaba Katie, la estrechó con un fuerte abrazo que la levantó del suelo.

El padre de Ashley retrocedió un paso para mirarla bien, sin apartar las manos de sus hombros. Bill Maclean no era alto pero sí grueso y corpulento, y los ojos de Kate le quedaban más o menos al mismo nivel.

—¿Siempre has sido así de alta o es que yo me he encogido? —preguntó, con un brillo de picardía en los ojos, del mismo color azul que había heredado su hija.

—Creo que he crecido. —Kate se rió, tranquila. Siempre se había llevado bien con el padre de Ashley—. Pensaba que no me iba a reconocer.

—¿Que no te iba a reconocer? Te reconocería aunque hubieran hecho sopa contigo. A ver, deja que te mire. Estás tan guapa como siempre.

Kate soltó una risita escéptica y frunció el entrecejo.

—¡Claro que sí! Y estoy seguro de que no soy el único que te lo ha dicho. —Bill Maclean echó otro pedazo de leña al fuego que ardía bajo la parrilla y volvió junto a Kate, frotándose las manos—. ¿Cómo es que llevábamos tanto tiempo sin verte?

Kate tragó saliva, nerviosa.

—Es que estuve unos años trabajando en Brisbane y no volví al pueblo hasta que tía Jane se puso enferma.

Bill Maclean la miró con expresión comprensiva.

—Sí, ya me enteré de que se había caído. Jane Ballantyne era muy tozuda. No quería que nadie la ayudara. —Meneó la cabeza—. Mal asunto hacerse viejo, Katie. Ya cuesta bastante aceptar que uno ha dejado de ser quien era, así que imagínate reconocerlo ante los demás. —Se rió entre dientes—. En fin, es un tema de conversación ideal para una fiesta de cumpleaños, ¿no? Si no me contengo acabaremos todos llorando delante de un vaso de cerveza.

—¿Y si lloramos delante de una copa de vino? —dijo Kate, señalando la neverita portátil, y ambos se echaron a reír.

—Justo lo que me apetecía. Bueno, vamos a presentarte otra vez a la familia. —Bill rodeó los hombros de Kate con un brazo y la acompañó hacia la puerta corredera de cristal—. Esta vez han venido todos los chicos. Tenemos camas suplementarias por toda la casa —continuó—. Parece un bur... —Se interrumpió, censurando la comparación—. Está todo abarrotado, pero Patsy está la mar de feliz. La vuelven loca los nietos. Tenemos cuatro, ya sabes, y otro que está en camino. Éste será el primero de Tim. Belinda tiene tres hijos y Ashley tiene una niña. Baden y su mujer se lo están tomando con más calma. Dicen que trabajan mucho y de momento no pueden tener familia. —Se volvió hacia Kate—. ¿Y tú, Kate, tienes críos?

—¡Qué va! —dijo rápidamente Kate, y le enseñó la mano izquierda, desprovista de anillo.

—¿Aún no te has casado? ¿Qué les pasa últimamente a los chicos de este pueblo? Kate no pudo evitar que se le escapara una risita.

—A lo mejor es que corro más que ellos y no me dejen atrapar.

Bill Maclean soltó una carcajada y aún se reía cuando entraron en la casa.

La puerta de cristal daba a una gran sala que ocupaba toda la parte posterior de la casa. Aquella noche estaba decorada con guirnaldas y globos, y con una vistosa pancarta que rezaba: «Feliz cumpleaños». La habitación estaba llena de gente y Kate volvió a notar una punzada de angustia.

Enseguida se topó con la mirada vigilante de Patsy Maclean, que caminaba hacia ellos.

—Hola, Kate —la saludó Patsy, con bastante cordialidad.

—Felicidades en su sesenta cumpleaños —dijo rápidamente Kate y le entregó el regalo.

—Muchas gracias. La verdad es que no me veo como una sexagenaria. —Patsy Maclean colocó cuidadosamente el regalo de Kate sobre la mesa, junto a un montón de regalos más—. Los abriré todos después de la cena, aunque está tan bonito así que da pena tocarlo.

—Es verdad —dijo Kate, sin pensarlo, con el repentino deseo de correr a refugiarse a su casa.

—Así que has venido a celebrar la ocasión con nosotros... —Patsy se volvió hacia su marido, le rodeó la cintura con el brazo y le dio un cariñoso achuchón—. Kate y tú os reíais mucho cuando entrabais.

—Katie me estaba contando que no se ha casado y yo le decía que los chicos de por aquí no se dan mucha prisa últimamente. Yo no perdí el tiempo cuando te conocí, ¿verdad, cariño? En un santiamén te tuve ante el altar. —Bill Maclean estampó un ruidoso beso en la mejilla de su mujer y Patsy le atusó cariñosamente el pelo.

—Todos sabemos cuál de los dos corrió a llevar al otro al altar antes de que cambiara de parecer. —Rió—. Siempre me decías que el mejor trabajo que había hecho había sido casarme contigo.

—¿Yo decía eso? —preguntó Bill, exagerando el tono de incredulidad.

—Sí, papá, eso decías. Y no pocas veces. Soy testigo. —Belinda Harrison se había unido a la conversación. Se volvió hacia Kate—. Hola, Kate. Me alegro de volver a verte. ¿Te acuerdas de Patrick? Viniste a nuestra boda, hace muchísimo tiempo...

Kate se rió.

—Claro que me acuerdo. Hola, Patrick. —Estrechó la mano del marido de Belinda.

Patrick Harrison seguía siendo un hombre de aspecto agradable, cuyo pelo rojizo empezaba a encanecer. De pronto, su rostro se abrió en una amplia sonrisa.

—¡Ah, claro, Kate! Ahora me acuerdo. Eres la amiga de Ashley.

Kate, por el rabillo del ojo, observó que Patsy Maclean se ponía un poco tensa y que su marido le dirigía una mirada de desconcierto.

—Ashley y yo fuimos juntas al colegio —explicó Kate en el tono más inexpresivo que pudo—. Pero ahora llevábamos años sin vernos.

—¿Ah, sí? Pues Ash está por aquí... —Patrick echó una ojeada a la habitación—. Voy a ver si la encuentro.

«Ojalá no», quiso gritar Kate, pero se quedó de pie, impotente, mientras Patrick desaparecía entre la multitud.

—Yo tendría que salir un momento a ver cómo va la barbacoa —dijo Bill

Maclean—. Ya estará a punto para empezar a hacer la carne. ¿Me ayudas a controlarla con tu vista de lince, Patsy?

Patsy Maclean se disculpó y salió con su marido.

—¿Te traigo una copa, Kate? —preguntó Belinda y Kate le enseñó la neverita.

—He traído un poco de vino blanco.

—No hacía falta que trajeras nada. Tenemos mucha bebida. Pero dame, dame. — Agarró la nevera que llevaba Kate—. La dejaré en la cocina y te la podrás llevar luego. No vale la pena abrir la botella porque hemos preparado tanto ponche que nos va a salir por las orejas. Creo que mi padre estaba convencido de que iba a venir todo el pueblo. Bueno, marchando una botellita de vino blanco. Enseguida vuelvo.

Kate echó una ojeada a la sala y vio que la madre de Ashley volvía a entrar justo en ese momento, con lo que quedaron las dos frente a frente. Se hizo un incómodo silencio y Patsy acarició nerviosamente el collar de perlas que le cubría el escote.

—Gracias por invitarme a la fiesta —dijo Kate, recurriendo a la consabida fórmula—. La... —tragó saliva— la decoración es preciosa.

—Sí, ¿verdad? Los niños se lo han pasado muy bien esta tarde colocando las guirnaldas. —Patsy Maclean parecía tan nerviosa como Kate—. ¿Has venido sola? Pensaba que tal vez traerías a Phillip Walker.

—No. He venido sola. —Kate guardó silencio durante unos instantes, pensando cómo podía encaminar la conversación con la madre de Ashley. Al final respiró hondo y decidió ser sincera—. Phillip y yo no somos especialmente amigos. Trabajamos juntos, nada más.

—Ah, ya entiendo. Creía que alguien me había dicho que salíais juntos.

—Pues no, no salimos.

—¡Ya entiendo! —repitió Patsy y volvió a hacerse un silencio.

La mirada de Patsy se cruzó con la de Kate y ambas apartaron la vista apresuradamente. El pasado regresó vívidamente a la memoria de Kate, que se ruborizó al recordar aquella ocasión en que yacía desnuda junto a Ashley y descubrió a Patsy Maclean, con la cara blanca por el espanto, en el umbral de la habitación de su amiga.

Kate tomó aire intentando tranquilizarse. Tenía que decir algo. Y no quería que la madre de Ashley pensara que era... ¿Que era qué?, se preguntó. ¿Heterosexual?, pensó, a punto de echarse a reír.

—Phillip está en trámites de divorcio, pero aparte de eso... —Kate se esforzó por sonreír—. Ya era pesadísimo cuando éramos pequeños y me temo que no ha mejorado con los años.

Patsy suspiró.

—Sí, es verdad. Conocí a su difunta madre y era igual que él.

De pronto, las dos estaban sonriendo.

—Debe de ser genético —añadió Patsy y ambas se echaron a reír.

Kate volvió un poco la cara para echar una ojeada a su alrededor y la primera persona a la que vio fue Ashley.

—¡La encontré! —dijo Patrick afablemente—. No puedo creerlo: en mi boda erais unas crías.

Ashley le dio un codazo de broma.

—No tan crías, Pat. Debíamos de tener unos quince años. Seguro que nos sentíamos muy mayores. Recuerdo que yo me veía muy elegante con mi vestido malva de dama de honor. ¿Te acuerdas, Kate?

Kate asintió. Ashley estaba preciosa el día de la boda. Y después de la ceremonia hubo aquel momento increíble y sublime, cuando Ashley la besó por primera vez. Kate dirigió una fugaz mirada a la madre de Ashley. Aparte de jugar con nerviosamente con el collar de perlas, Patsy Maclean no parecía especialmente incómoda.

—Una copita para ti, Kate. —Belinda apareció con una copa de vino blanco y se la ofreció—. Vamos a saludar a los suegros de Baden, Pat —añadió, arrastrando a su marido hacia el otro lado de la sala.

Ashley hizo una mueca.

—Pat es la única persona capaz de soportar a la suegra de Baden.

—Ashley... —la riñó su madre y Ashley sonrió.

—Vamos, mamá. Ya sabes que esa mujer logra poner nervioso hasta a papá.

Kate, asombrada por la serenidad de Ashley, tuvo que esforzarse para no engullir el vino de un solo trago.

Patsy Maclean suspiró.

—Hablando de tu padre, será mejor que vaya a llevarle carne para la barbacoa. Si no, la parrilla se pondrá al rojo vivo y tendremos que servir otra vez chuletas carbonizadas.

Patsy se encaminó hacia la cocina y Kate se volvió nerviosamente hacia Ashley.

Aquella noche, Ashley se había puesto unos pantalones vaqueros cortos y con peto, y una tina camiseta de punto de color rosa. Parecía llena de vida y estaba increíblemente guapa. Kate tragó saliva mientras la atravesaba una punzada de deseo. Quería abrazarla, sentir sus suaves formas presionando su cuerpo. ¿Sentiría su amiga esa misma necesidad acuciante? Kate se moría por saber qué estaba pensando Ashley.

En ese momento, Ashley inclinó el rostro hacia Kate.

—Estás preciosa —dijo con la voz ronca. Kate se notó excitada, presa de un deseo casi incontenible.

Bajó la mirada hacia el vino, aferrando el pie de la copa con dedos temblorosos.

—No hables, Ash. Ahora no. No creo que pueda soportarlo.

Ashley contuvo el aliento y le dirigió una mirada tan cargada de deseo como la de

su amiga.

—Kate, me gustaría... —Ashley respiró hondo otra vez y sus pechos se inflaron bajo el peto de los vaqueros, mientras las rodillas de Kate casi se venían abajo.

Era imposible que la gente que las rodeaba no notara la abrasadora tensión que parecía fluir entre las dos y chisporrotear en el espacio que las separaba.

—Puede que tengas razón. Será mejor que no salgamos de los temas de conversación banales... —Ashley miró alrededor—. Vamos, sentémonos allí. — Señaló el viejo sofá que había a un extremo de la habitación y que acababa de quedar milagrosamente libre, después de que unos invitados decidieran salir a charlar con el padre de Ashley mientras preparaba las chuletas y las salchichas.

Kate siguió de mala gana a Ashley y se derrumbó sobre el sofá, dejando espacio para otra persona entre ambas. Tomó un rápido sorbito de vino y sintió la aspereza del líquido al deslizarse por la garganta.

—Bueno, ¿ya podemos hablar? —preguntó Ashley y Kate se encogió de hombros—. Es un sitio bastante público y nos hemos sentado muy formales, dejando una buena separación. Nadie puede malinterpretarnos.

—¡Ash!

—Lo siento. —Extendió la mano para tocar a Kate, pero la retiró enseguida—. Este gesto está fuera de lugar, ¿no? ¿Empezamos otra vez?

Kate asintió.

—Será mejor.

—Dime: ¿qué has hecho en los últimos diez años? —preguntó Ashley y Kate le dirigió una mirada suspicaz—. Hablo en serio, Kate. Me interesa, quiero que me lo cuentes.

—La verdad es que no he hecho muchas cosas —empezó a decir Kate—. Me trasladé a Brisbane para estudiar en la universidad, terminé la carrera y después busqué trabajo.

—Como habíamos planeado —dijo Ashley en voz baja y Kate se acorazó para que la tristeza de su tono no la afectara.

—Sí, como habíamos planeado —repuso inexpresivamente.

—Cuando volví al pueblo, antes de que naciera Jen, intenté localizarte a través de la universidad, pero no quisieron darme tus datos. Luego busqué tu nombre en el listín de Brisbane. ¿No tenías teléfono?

—Estaba compartiendo piso con tres estudiantes más. La casa era de uno de los chicos y el teléfono estaba a su nombre.

—¿Uno de los chicos? —inquirió Ashley—. ¿Compartías piso con un chico?

—Con un chico y una pareja, y cuando la pareja se marchó vinieron otras dos chicas, también estudiantes.

Ashley retorció un pedacito de tela suelto de la tapicería del sofá.

—Siento celos de todos ellos. —Kate quiso replicar, pero Ashley alzó la vista y la miró—. Ya lo sé. No tengo ningún derecho. —Suspiró—. Tenía tantas ganas de estar contigo...

—Yo también —reconoció Kate y tragó saliva para aclarar la bola que notaba en la garganta.

—¿Lo pasaste bien? Quiero decir estudiando en la universidad, viviendo fuera de casa, compartiendo piso...

—Sí, con las tres cosas —replicó Kate—. Encontré interesantes las clases de la universidad y, en cuanto a lo de compartir piso, la verdad es que nos llevábamos muy bien. Rob y yo (Rob era el hijo de los dueños de la casa)... Rob y yo nos vemos un par de veces al año y seguimos tratándonos como si fuéramos una pareja.

—¿Tuviste una relación con él?

Kate se frotó el entrecejo. Notaba un principio de dolor de cabeza.

—Me imagino que te refieres a si nos acostábamos. ¿Por qué quieres saberlo? ¿Cambiaría algo eso?

—Otra cosa que no tengo derecho a preguntar, ¿no? —Ashley volvió a retorcer la tela de la desgastada tapicería.

—Eso parece.

Las envolvió un incómodo silencio.

—Me imagino que sólo quiero saber si... En fin, si te has acostado con algún tío —dijo finalmente Ashley y Kate, ruborizada, meneó la cabeza en señal de negación.

—¡Ash! —exclamó.

—¿Lo has hecho? —insistió Ashley y Kate suspiró.

—Pues no, no lo he hecho. Pero todo el mundo creía que Rob y yo éramos pareja. Y en esa época nos venía bien a los dos. Rob también era, y es, gay.

—¡Ah!

—¿Satisfecha tu curiosidad? —preguntó lacónicamente Kate.

—Sí, supongo que he sido algo curiosa —concedió Ashley, soltando una breve risa—. Pero sin mala intención. Es que me estaba preguntando si..., bueno, si te había gustado.

—Supongo que mi respuesta debería ser: no lo sé. Nunca lo he probado.

«¿Y a ti?». La pregunta revoloteó en la mente de Kate, que se negó a formularla en voz alta.

—No creo que sirva de nada hablar de esto —dijo Kate, no del todo convencida, y Ashley hizo un mohín.

—Supongo que no. Tampoco soy experta en el tema. —Volvió a reír con aquella risa amarga—. La verdad es que me deja bastante fría. O sea que las acusaciones de Dean sobre mis supuestas infidelidades resultaban bastante absurdas.

—¿Te acusaba de tener aventuras? —no pudo evitar preguntar Kate y Ashley

asintió.

—Sobre todo al principio de casarnos. Pero yo debería ser la primera en reconocer que, en lo que respecta a este aspecto de nuestro matrimonio, Dean tenía motivos para estar descontento.

Por un momento, Kate sintió una parcial alegría ante la revelación, pero se reprendió a sí misma por alegrarse. Lo cierto era que tenía tan poco derecho a alegrarse como Ashley a plantearle preguntas sobre su vida sexual.

—No podía... Es decir, no conseguía relajarme. Al final Dean me envió a un terapeuta. No me sirvió de nada. Al cabo de unas cuantas visitas, tuvimos que aceptar la derrota. Y hace unos cuatro años dejamos de acostarnos.

—Ashley, no deberías...

—¿Contártelo? ¿Y a quién quieres que se lo cuente, Kate? A mamá no puedo. Se sentiría incómoda. Le expliqué parte de la historia a Belinda, pero no me entendió. Ella adora a Patrick, son absolutamente felices.

Ashley suspiró.

—Estoy casi segura de que cuando Dean y yo dejamos de mantener relaciones sexuales fue cuando él se lió con una de sus enfermeras, que, según creo, es la chica que vive ahora con él. No puedo echarle la culpa a Dean, la verdad. Yo era un desastre, tanto en la cama como fuera de ella.

—Hacen falta dos personas para que una relación funcione —dijo Kate, algo incómoda con las confidencias de Ashley. Además, en cuestión de relaciones, pocos consejos podía dar ella. No había triunfado demasiado en este aspecto de la vida. Y tenía que reconocer que había tratado fatal a Rosemary.

—Seguramente no tengo madera de vampiresa —dijo Ashley con una risa amarga—. Aunque nosotras dos sí que lo pasamos bien unas cuantas veces. —El tono de su voz se suavizó y se hizo más penetrante, y amenazó con atrapar a Kate en sus redes mientras brotaban un millón de recuerdos de su pasado común—. ¿Verdad que sí, Kate?

Kate no habría sido capaz de hablar ni aunque le hubiera ido en ello la vida. El deseo la envolvió y la inundó en oleadas, y ansió atraer otra vez a Ashley hacia su pecho, percibir una vez más la suavidad y la tersura de su piel, los seductores contornos de su cuerpo.

—Tardo en aprender las cosas —continuó Ashley—. Supongo que lo que me pasa es que... ¿Cómo se dice...? Que me he quedado encallada psicológicamente en la adolescencia.

Kate tomó otro sorbo de vino e intentó calmarse.

—No estoy de acuerdo con esa opinión.

—Yo tampoco, te lo digo de todo corazón. —Ashley se revolvió en el asiento. Los viejos muelles emitieron un crujido de protesta y Kate la miró—. Todo lo que sé

es que te quiero —dijo Ashley, sosteniendo la mirada de Kate.

Transcurrieron varios segundos en un silencio denso y embriagador. Y, entre tanto, todo un abanico de emociones se agitó en el interior de Kate. Amor y adoración. Humillación y rabia. Traición y deslealtad. Miedo y desazón. Y una acuciante necesidad de enterrar el pasado, de dispersar sus reservas a los cuatro vientos, de tomar a Ashley en sus brazos, sin que importara lo que pasara, mientras pudieran estar juntas para siempre.

Kate habría sido incapaz de decir cuánto tiempo estuvieron así, mirándose a los ojos. Pero alguien pronunció en voz alta el nombre de Ashley y las devolvió al presente.

—¡Ashley! ¿Cómo estás?

Ashley alzó la vista y parpadeó, sorprendida.

—¡Madre mía! ¿Ésa no es Mickey?

—¿Tu prima? —Kate siguió su mirada y descubrió a la compañera de juegos de su infancia. Pero enseguida se puso tensa y de su mente desapareció cualquier pensamiento sobre la prima de Ashley. Al otro lado de la habitación estaba Rosemary Greig.

Capítulo diez

Kate tragó saliva. ¿Qué estaba haciendo allí Rosemary? Kate ni siquiera sabía que su amiga conocía a los Maclean.

—¿Te acuerdas de Michelle? —estaba diciendo Ashley, sonriente—. Tiene un par de años menos que nosotras.

—¡Ah, sí! ¡Mickey! —Kate apartó los ojos de la estilizada silueta de Rosemary y vio a una chica que caminaba hacia ellas.

Tenía la tez y las formas de Ashley, y vestía unos modernos vaqueros, desgastados y rotos en las rodillas, y un chaleco de cuero que resaltaba sus voluminosos pechos.

Llevaba el borde de los vaqueros metido por dentro de unas altas botas de piel y, cuando alzó la cabeza, Kate vio que tenía un diamante prendido en la nariz.

Kate enarcó las cejas. No había visto a Mickey desde que la chica tenía más o menos la edad de Jenny.

—¡Ash! —volvió a exclamar Mickey. Se abalanzó sobre Ashley y la abrazó con brusquedad.

La gente se volvió a mirarlas con una sonrisa y la madre de Ashley, que en ese momento pasaba por allí, meneó la cabeza emocionada y dio una afectuosa palmada en la espalda de Mickey.

—No me rompas el sofá, Michelle Marie —dijo, y Mickey enderezó la espalda y se echó a reír antes de envolver a su tía en otro abrazo igual de brusco que el anterior.

—Te acuerdas de tu prima Michelle, ¿verdad, Ashley? —dijo Patsy, riendo aún—. Ha venido al pueblo a ver a sus padres.

—Claro que se acuerda —replicó Mickey, mostrando un generoso escote al inclinarse para estampar un sonoro beso en la mejilla de Ashley.

—¡Caray! ¡Estás impresionante! —Ashley rió—. Guapísima de verdad. ¿Ésta es la misma niña que llevaba aquellos vestiditos de puntillas?

Mickey se llevó la mano al corazón.

—¡Nunca se lo perdonaré a mi querida madre!

Ashley se volvió hacia Kate.

—¿Te acuerdas de Kate, Mickey?

—Claro. —Mickey se volvió, sonrió cordialmente a Kate y, para la consternación de ésta, se agachó y le estampó también un beso en la mejilla.

A Kate se le fue la mirada al canalillo que asomaba bajo el chaleco de cuero y se ruborizó cuando Mickey la vio y le guiñó ostensiblemente un ojo.

—No sé cómo te dignas a hablar con Kate y conmigo, Mick —dijo Ashley—. Hacíamos lo que fuera para evitar que jugaras con nosotras.

—Así es. No te creas que lo he olvidado. Me decíais que íbamos a jugar al

escondite y, cuando yo me escondía, vosotras pasabais de buscarme. Y yo que me creía tan lista... Eráis muy crueles —se quejó, simulando una expresión de enfado.

—¡Estoy tan avergonzada! —exclamó Ashley, con cara de arrepentimiento—. ¿Nos perdonas?

—Estamos siendo desconsideradas con tu amiga, Michelle —dijo Patsy Maclean—. La hemos dejado sola.

—Es verdad. —Mickey se volvió e hizo una seña a la mujer que estaba a su espalda.

Para consternación de Kate, Rosemary Greig se les acercó.

Mickey asió posesivamente la mano de Rosemary durante un momento, en un gesto que, como captó Kate, no pasó inadvertido a la madre de Ashley. ¿Mickey era lesbiana? No podía ser. Kate estaba atónita.

—Rosie —dijo tranquilamente Mickey—, te presento a mi tía Patsy, la homenajead.

Rosemary estrechó la mano de la madre de Ashley y le deseó un feliz cumpleaños. Acto seguido, Patsy se disculpó y se marchó porque Belinda acababa de llamarla desde el patio.

—Y éstas son mi prima Ashley y su amiga Kate —continuó presentando Mickey. Rosemary sonrió.

—La verdad es que ya nos conocemos, Mickey.

—¿Ah, sí? —Mickey estaba sorprendida.

—Nos conocimos el fin de semana pasado, en casa de Kate. Kate y yo trabajamos más o menos en el mismo sitio.

—¿Cuándo has venido? —preguntó rápidamente Ashley a Mickey, mientras su prima paseaba una mirada perpleja de Rosemary a Kate.

—Hace una semana, más o menos. Trabajo en Sydney y ahora acabo de cambiar de empleo. Tengo unas cinco semanas libres antes de empezar en el nuevo y se me ocurrió venir por aquí y saludar a los amigos.

—¿No te has casado ni nada? —preguntó Ashley. Mickey echó la cabeza para atrás y soltó una carcajada.

—¿Si me he casado? ¡Qué va! Por ahora, disfruto de la vida de soltera. —Lanzó una mirada de complicidad a Rosemary y Kate se puso rígida.

Era imposible malinterpretar aquella mirada, pensó Kate. Mickey era lesbiana, seguro. Todo apuntaba a que había una relación entre ella y Rosemary. ¿Pero no era demasiado exuberante, demasiado llamativa para los gustos de Rosemary?

—Además... —Mickey le guiñó un ojo a Ashley—. No estoy en vuestro equipo. Digamos que juego en el campo contrario.

Ashley enarcó las cejas y Mickey bajó la voz.

—Me gustan las mujeres. No es que pretenda llevarlo en secreto, pero mis padres

prefieren que no lo vaya soltando a gritos por la calle y que no cuelgue pancartas en las reuniones familiares.

—Ya te entiendo. —Ashley miró a Rosemary y Mickey sonrió más abiertamente aún.

—Ayer tuve la suerte de tropezarme con Rosemary. Somos viejas amigas. Nos conocimos en Sydney hace un par de años, antes de que ella se trasladara a Towers. Cuando la vi en la cafetería no me lo podía creer.

—Una casualidad increíble —comentó Rosemary y miró a Kate. Se encogió de hombros, en un gesto fugaz que mezclaba la disculpa y el reto.

—En fin... ¿Dónde está tu hija, Ash? —Mickey echó una ojeada a la sala—. Mi madre dice que es igualita que tú. ¿No me la vas a presentar?

Ashley miró a Rosemary y vaciló, indecisa.

—Rosemary puede quedarse aquí hablando con Kate —sugirió Mickey, que entendió justo al revés la reticencia de Ashley.

—Jenny debe de estar junto a la piscina, ayudando a mi padre y a los chicos —dijo finalmente Ashley, levantándose del sofá. Paseó la mirada de Kate a Rosemary—. No tardaremos.

Rosemary se sentó enseguida junto a Kate, en el sitio que había dejado libre Ashley.

—Creo que está un poco celosa —susurró Rosemary al oído de Kate.

Kate intentó tranquilizarse, dispuesta a pasar por alto aquel comentario.

—Ha sido una sorpresa verte por aquí, Rosemary —dijo en el tono más inexpresivo que pudo, y Rosemary rió con voz queda.

—¿Te sorprende que haya venido o que haya venido con Mickey?

—Bueno, las dos cosas.

Rosemary se puso seria.

—A lo mejor resulta que por exhibirme aquí con ella estoy reconociendo públicamente que soy lesbiana. Mickey no anda ocultándolo, precisamente. —Rosemary sonrió a Kate con la boca torcida—. Pareces algo perpleja.

—Seguramente lo estoy. Aparte de encontrarte aquí, estoy intentando relacionar a la Michelle de diez años con la Mickey actual.

—Es todo un personaje —reconoció Rosemary—. Pero es muy inteligente y muy divertida. Se parece un poco a Ashley, ¿verdad? —Miró a Kate con indiferencia—. Bueno, ¿qué tal te va con ella?

Kate notó que se ponía a la defensiva y Rosemary suspiró, moviendo la cabeza.

—Kate, no dejes que la felicidad se te escurra entre los dedos por culpa de los errores y las rencillas del pasado.

La joven intentó hablar, pero Rosemary le agarró la mano.

—Óyeme bien lo que te digo, Kate. Párate un momento a pensarlo. Y olvídate de

las convenciones sociales. Yo dejé que me influyeran y sé que acaba resultando más doloroso que cualquier otra opción. Después del escándalo inicial, ¿qué puede pasar? Habrá personas que te seguirán tratando igual que ahora y otras que tal vez dejen de hablar contigo. Pero estas últimas no valen la pena.

—Ojalá fuera así de sencillo, Rosemary —dijo Kate con un suspiro y Rosemary le dio una palmadita en el muslo.

—Es así de sencillo. O puede serlo. Puedes procurar que lo sea. —Se interrumpió—. Todavía la quieres, ¿verdad?

Kate volvió a suspirar.

—No lo sé, Rosemary.

—Como observadora desinteresada (bueno, quizá no tanto), te digo que os deseáis desesperadamente.

—Qué tontería. —Incluso sin haber terminado de pronunciar estas palabras, a Kate le dio un brinco el corazón.

—He visto cómo os miráis, Kate —dijo Rosemary, riendo—. Y yo sé lo que quiero para mí. En mi opinión, tienes dos opciones. La primera —indicó el número con un gesto—: intentar mantener una relación duradera con ella. Y la segunda: vivir una aventura apasionada y después apartarla de tu vida.

Sin saber por qué, Kate notó que le venían lágrimas a los ojos y apartó la mirada.

—No. Quizás esta segunda opción no funcionaría. La llevas en el corazón, Kate. Y eso sólo pasa una vez en la vida. Sería una locura no aprovechar la oportunidad.

—Es que lo pasé muy mal, Rosemary —dijo sencillamente Kate—. Me da pánico intentarlo de nuevo.

—Ya lo sé. Pero ten en cuenta la alternativa.

Kate miró a Rosemary y ésta sonrió.

—Si quieres, puedes optar por una vida solitaria, Kate.

—Vaya. Parece que estáis teniendo una conversación muy seria. ¿Ya habéis arreglado el mundo?

Kate y Rosemary alzaron la vista y vieron a Tim Maclean de pie delante de ellas. El hombre se agachó y se sentó en el suelo.

—Me alegro de verte, Kate —dijo con una gran sonrisa. Kate trató de calmarse y procedió a las presentaciones.

—Menuda fiesta, ¿no? Es bonito ver a toda la familia reunida —comentó Tim después de estrechar la mano de Rosemary.

Kate pensó que Tim Maclean apenas había cambiado, aparte de unas pocas canas en las sienes.

Tim empezó a contar anécdotas de cuando eran pequeños y Kate rió con gusto con sus comentarios humorísticos. Al final, cuando Tim empezó a hablar sobre algunos de sus amigos de la infancia, Rosemary se excusó y fue en busca de Mickey.

Tim ocupó su sitio en el sofá.

Como parecía que Ashley no volvía, Kate trató de concentrarse en la conversación. Tim era hablador y estaba encantado de poder contarle cómo le iba en Townsville. Después se explayó sobre su próxima paternidad y sobre la impresión que le causaba la idea de tener familia al fin. Cuando aparecieron Baden y su esposa, Kate ya sabía todo lo que hay que saber sobre ecografías, ejercicios de respiración y demás asuntos relacionados con los bebés.

En ese momento sirvieron la cena. Todo estaba buenísimo, como en todas las barbacoas a las que había asistido Kate en casa de los Maclean. Ashley estaba muy atareada dando de comer a los numerosos niños presentes, pero de vez en cuando alzaba sus ojos azules en busca de Kate. Sonreía, y a Kate le daba un vuelco el estómago y se le acaloraba todo el cuerpo.

Trajeron la tarta de cumpleaños y Patsy Maclean apagó todas las velas antes de abrir los regalos y pronunciar unas palabras de agradecimiento.

Poco después, empezaron a marcharse algunos de los invitados que habían venido acompañados de niños pequeños. Jenny fue a sentarse con Kate y ésta vio que la niña casi no podía mantener los ojos abiertos.

En ese momento apareció Ashley y le dio una palmadita en el hombro a su hija.

—Es hora de irse a la cama, Jen —dijo y la niña frunció el entrecejo.

—¿Ya tengo que acostarme, mamá?

—Me parece que sí. Acuérdate de que mañana por la mañana tenemos que ir a despedir a los abuelos a la estación.

Jenny intentó ponerse de pie.

—Kate, ¿sabes que el abuelo y la abuela se van de segunda luna de miel?

Kate contuvo una sonrisa.

—No lo sabía.

—Se van a Brisbane en tren, igual que cuando se casaron. Después estarán una semana en la playa. Y luego viajarán al sur en avión y se irán de crucero en un barco. Por eso mi madre y yo, y Josh también, nos quedamos a cuidarles la casa.

Ashley se encogió de hombros y miró a Kate.

—Jen y yo nos encargaremos de vigilar la casa. Belinda y Pat y sus hijos mayores se marchan mañana por la mañana. Josh se queda con nosotras durante las vacaciones escolares.

—El tío Tim ha dicho que vendrá un día y nos llevará a buscar oro al río —dijo Jen, emocionada—. ¿Dónde está Josh, mamá? Tengo que contárselo.

—Hace media hora que se ha ido a dormir. Y ahora te toca a ti, señorita. Dile buenas noches a Kate.

—Buenas noches, Kate. —Para la sorpresa de Kate, Jenny le echó los brazos al cuello y la abrazó—. Hasta mañana.

—Buenas noches, Jen. —Su mirada se cruzó con la de Ashley. De repente, su único deseo era formar parte de la vida de aquella niña. Y de la de su madre.

Esta revelación impactó a Kate en lo más profundo de su ser. Nunca le habían interesado los niños, aunque lo pasaba bien en las sesiones de lectura de cuentos de la biblioteca. Pero sentir aquel arrobamiento con la hija de Ashley le produjo una total consternación y se quedó sentada sin decir nada, intentando aceptar la enormidad de la idea.

Ashley se fue a acostar a su hija y el resto de los invitados empezaron a marcharse. Kate decidió que también tenía que irse y se levantó del sofá, dispuesta a despedirse de Patsy y de Bill en cuanto se hubieran marchado los últimos coches.

—Ha sido una fiesta magnífica —le dijo a Belinda y ésta refunfuñó.

—¡Pero mira qué tarde es! Patrick se retiró hace una hora, el muy cobarde. ¡Y yo hace rato que tendría que haberme ido a la cama!

—Te estás haciendo vieja, hermana —bromeó Ashley, que volvía a entrar en la sala, detrás de sus padres.

—Como todos —repuso ásperamente Belinda, y Patsy se echó a reír.

—Bueno, me parece que el más viejo de los presentes es este hombre que tengo al lado, así que me lo llevo enseguida para la cama —dijo Patsy Maclean, y su marido puso cara de ofendido.

—Ya es bastante feo referirte a mí como «este hombre que tengo al lado», pero lo de «viejo» sí que no te lo perdono, cariño.

Todos se echaron a reír, mientras Bill y Patsy se despedían y se iban a acostar.

—Bueno, yo también me voy —dijo Kate.

—No te olvides de la neverita. —Belinda corrió a la cocina para traérsela y la dejó un momento sola con Ashley.

De pronto, Kate se puso muy caliente. Ashley se la estaba comiendo con los ojos y sintió como si la estuviera tocando. Las terminaciones nerviosas de Kate se excitaron con ansia y la entrepierna se le humedeció. Se sentía en total sintonía con Ashley y si no hubiera sido por Belinda...

Cuando apareció Belinda con la neverita, Ashley abrió una alacena y sacó una linterna.

—Belinda, cuando te vayas a acostar, ¿podrías echarle un vistazo a Jen? Voy a acompañar a Kate a su casa. —Ashley le enseñó la linterna—. No le funciona la luz de la parte de atrás.

—Muy bien. —Belinda se les acercó otra vez—. Llévate la llave, Ash. Así mamá no sufrirá por si la puerta se queda abierta. —Puso cara de resignación, como si aquella fuera la cantinela familiar.

Ashley le enseñó las llaves y Belinda se echó a reír.

—No hace falta que me acompañe nadie —repuso Kate—. Hay mucha luna.

—Claro, pero no queremos que tropieces y te rompas una pierna ni nada de eso —dijo Ashley con firmeza.

—¿Tanto has bebido, Kate? —bromeó Belinda—. Ahora no empieces a gritarles obscenidades a los pobres vecinos, como hacía Baden. —Soltó una carcajada—. Bueno, ya nos veremos. Buenas noches, Ash. Seguro que cuando vuelvas ya estoy durmiendo. —Se dirigió al fondo del pasillo.

—No hace falta que me acompañes —repitió Kate cuando se quedaron solas.

—Ya lo sé. Pero me apetece. —Ashley salió y aguardó a que Kate la siguiera—. La otra noche hiciste lo mismo por mí.

Y Kate recordó con viveza lo que había ocurrido aquella noche, bajo la copa del tamarindo. Y con el recuerdo, regresó la antigua y seductora tentación.

Ashley se volvió, cerró la puerta y se guardó las llaves en el bolsillo.

—Además, me vendrá bien tomar un poco el aire. Si bebo más de dos copas, ya empiezo a notar la cabeza embotada. Y creo que me he tomado más de dos. Al menos, noto el mismo efecto.

Rodearon la piscina y Ashley pasó a través del hueco de la valla, mientras le alumbraba el camino a Kate con la linterna.

—¿Te acuerdas de aquella vez que fuimos a una fiesta, no recuerdo de quién, y me puse como una cuba? Es la única vez en la vida en que me he emborrachado.

—Era en casa de Mike Dunstan —dijo Kate, que se acordaba muy bien. Había estado muy preocupada por Ashley. Dean trabajaba aquel fin de semana y era justo después de que Ashley asistiera con él al baile del equipo de fútbol. Ashley se había mostrado muy desconsiderada, lo que no era habitual en ella.

—Mike Dunstan. Es verdad. —Ashley rió quedamente—. ¡Madre mía, qué mal me encontraba! Pero me fue bien. Después de eso nunca he vuelto a beber tanto. Por suerte, tú también estabas en la fiesta y me acompañaste a casa.

—Y le pedí a Belinda que me ayudara a entrarte sin que se enterara tu madre.

—Belinda siempre me lo estaba recordando. En esa época era muy pesada. Es curioso lo que mejoran las hermanas con los años. Y los hermanos también, supongo. Ahora Baden y Tim se han vuelto bastante soportables. ¿Y quién habría dicho que Tim se emocionaría tanto con el crío que están esperando?

—Tim me ha contado que llevaban mucho tiempo intentándolo.

—Pues sí. Les dijeron que seguramente no podrían tener hijos, así que debe de parecerles un milagro. —Ashley rió—. Seguramente el crío será tan tranquilito como Gail, pero a mí me gustaría que fuera muy tremendo, para que Tim se entere de lo que significaba vivir con él. Era un agobio. ¡Cómo se metía conmigo! Cuando yo tenía diez años, Tim era mi cruz.

A pesar del cansancio, Kate sonrió mientras se disponían a subir los escalones de la entrada.

—Es verdad que teníais vuestras discusiones.

—¿Discusiones? Era una guerra abierta. No sé cómo nos aguantaba mi madre. Seguro que le habría gustado que sus cuatro hijos fueran como tú.

—Pues no sé qué decirte —contestó secamente Kate, y Ashley se detuvo, un escalón por encima del de Kate.

—Mi madre no te echa a ti la culpa, Kate —dijo Ashley en voz baja—. Cuando te fuiste, las dos mantuvimos una larga y agotadora conversación sobre los enamoramientos adolescentes, las fases por las que se pasa al crecer y lo que se considera normal. —Ashley suspiró y siguió subiendo los escalones—. Pero hace mucho de eso.

—Yo no pretendía causar ningún problema entre tú y tu madre —dijo Kate, con tristeza.

—Ya lo sé. Y lo raro es que nadie nos pillara antes. Ocasiones hubo, la verdad.

Ashley enfocó la puerta con la linterna para que su amiga pudiera introducir la llave. Kate se adelantó, dejó la puerta abierta, tanteó en busca del interruptor y encendió la luz. Cuando se volvió hacia la puerta, vio que Ashley había entrado detrás de ella. Volvió a percibir la tensión que emanaba de ellas cuando estaban juntas.

—Gracias por acompañarme a casa —dijo rápidamente Kate y Ashley se encogió de hombros.

—La verdad es que quería estar un ratito a solas contigo.

Kate se notó la boca seca y tragó saliva.

—Es muy tarde. —Miró al anticuado reloj de cocina que emitía un audible tictac en la tensa atmósfera—. Es más de la una de la madrugada.

Ashley hizo una mueca.

—Si fuéramos Cenicienta, ya nos habríamos quedado sin carroza.

Ambas rieron nerviosamente.

Y después se miraron, y Kate notó una punzada de tristeza en el corazón. Se oyó un gemido, tan suave y quedo que logró apartar todas las reticencias del pensamiento racional de Kate, dejando solamente a Ashley, su belleza y la fuerte e intacta atracción que Kate seguía sintiendo por ella.

Capítulo once

Enseguida estuvieron una en brazos de la otra. Kate no habría sabido decir quién hizo el primer gesto, pero en el momento en que los labios de Ashley reclamaron los suyos dejó de importarle. La punta de la lengua de Ashley jugueteó con su boca y acto seguido se deslizó en su interior, excitando al máximo a Kate.

Kate atrajo a Ashley lo más cerca que pudo y notó el punzante tacto de su cuerpo. Los grandes pechos de su amiga la rozaban justo por debajo de los suyos. El hueso de la cadera insinuó su dureza contra el de Kate. Tenían los muslos pegados y el cuerpo de Kate ardía con el deseo de sentir la cálida desnudez de Ashley contra la suya.

—Kate, Kate... —murmuró Ashley con la voz ronca. Su respiración rozó seductoramente la boca de Kate, que se puso a temblar con una indecible ansia.

Ashley recorrió con los labios las mejillas de Kate y le mordisqueó el lóbulo de la oreja. Kate pensó que las rodillas se le derretían. Apoyó la cadera contra el mostrador de la cocina y cerró los ojos, deleitándose con el sensual roce de los suavísimos labios de Ashley sobre su piel hipersensible.

Ashley volvió a recorrer lentamente las mejillas de Kate en dirección contraria y se detuvo un momento para besar su boca temblorosa y ansiosa. Luego se deslizó por la curva de su cuello y se detuvo en el punto en el que latía el pulso acelerado de Kate, con un ritmo errático que era la prueba de su progresiva excitación.

Después, la mano de Ashley acarició el abdomen de Kate y subió hasta posarse sobre uno de sus pequeños senos. El pulgar le acarició delicadamente el turgente pezón, por encima de la blusa. Kate se apartó un poco e intentó torpemente desabrocharse la camisa.

—Quiero... Necesito que me toques. —Kate oyó una voz ronca, irreconocible, y comprendió que era la suya.

—Chsss... —susurró Ashley—. Déjame a mí. —Le desabrochó la blusa, le soltó el cinturón y le sacó la camisa fuera de los pantalones. Kate la oyó contener el aliento.

Kate no llevaba sujetador. Ashley le bajó la blusa abierta hasta más abajo de los hombros y clavó los ojos en sus pechos, que asomaron desnudos. Y, solamente por saber que Ashley la estaba mirando con ojos lánguidamente sensuales, todo el vello de su cuerpo se erizó.

Ashley soltó por fin el aire y se inclinó hacia Kate para rozar con la lengua uno de sus pezones erectos.

Un volcán entró en erupción en el interior de Kate y descargó oleadas de deseo que recorrieron su cuerpo como flechas y le dejaron un ansia palpitante entre las piernas.

—Por favor, Ash... —se oyó suplicar a sí misma, y la boca de Ashley se pegó de

nuevo a su boca, mientras sus manos le cubrían los pechos y el índice y el pulgar excitaban sus pezones. El muslo de Ashley se insinuó entre los de Kate, lo que intensificó la pulsación que amenazaba con obligarla a gritar, a repetir el nombre de Ashley como una letanía.

Kate bajó los tirantes del peto que llevaba Ashley y tiró de la camiseta para sacarla de los pantalones. Deslizó la mano bajo la tela y colmó sus manos trémulas con la abundancia de aquellos pechos, cubiertos por un sujetador de encaje.

Ashley emitió un hondo gemido y Kate la soltó. Ashley protestó, pero Kate sólo quería desabrocharle el sujetador. El cierre cedió por fin y Kate volvió a acariciarle los pechos, que seguían marcándose firmemente bajo el fino algodón de la camiseta.

Con las manos temblorosas, Ashley se quitó la camiseta y retiró el sujetador, y dejó sus pechos libres para recibir las ávidas caricias de Kate.

Durante un largo rato, Kate dejó que su mirada se deleitara con la cálida visión de aquellos pechos, antes de tender las manos y dejarlas disfrutar de su tersura y su plenitud. Entonces inclinó el rostro y empezó a lamer un pezón sonrosado, y después el otro.

Kate recorrió con la lengua las voluminosas formas de su amiga y Ashley volvió a gemir, se inclinó y esta vez fue ella la que tuvo que aferrarse a Kate para no caerse.

—¡Por Dios, Kate! —se quejó—. No voy a poder aguantarme mucho más. Necesito... Tenemos que...

Kate respiró hondo para calmar sus agitados pulmones y asintió. Asió la mano de Ashley y la acompañó por el pasillo, hasta el dormitorio. Encendió la lamparilla y apartó la colcha. Un resplandor difuso envolvió la cama en una aureola de luz. Kate se volvió hacia Ashley y le preguntó con la mirada qué quería que hiciese con la lámpara.

—Por favor, deja la luz encendida —susurró Ashley—. Necesito verte. Quiero mirarte.

La camiseta se había quedado en el suelo de la cocina y Kate estaba desnuda de cintura para arriba. Ashley avanzó un paso y exploró delicadamente con las manos los pechos de su amiga, hasta que la respiración de Kate volvió a acelerarse. Entonces le bajó la cremallera de los pantalones y se agachó para quitarle los shorts y las bragas. Se quedó quieta, todavía arrodillada delante de Kate, y acarició con su suave mejilla el húmedo y oscuro vello de su amiga.

A Kate empezaron a temblarle las piernas y tuvo que sentarse en el borde de la cama. Ashley levantó la vista hacia su rostro, con los ojos resplandeciendo como zafiros bajo la mortecina luz de la habitación. Sostuvo durante un largo instante la mirada de Kate y luego se puso de pie, se quitó el sujetador del todo y lo dejó caer al suelo.

Los pechos de Ashley parecían emitir una luz opalescente bajo el resplandor

amarillento de la lamparilla y el color de sus pezones erectos destacaba sobre su blanca piel.

Kate se abstraigo contemplando la maleable sensualidad de la otra mujer y volvió a notarse la entrepierna mojada, lo que acrecentó su ansia.

Mientras Kate la miraba, Ashley se quitó el peto y se quedó quieta y desnuda delante de ella. Kate extendió el brazo lentamente y atrajo a su amiga hacia sí, hundió la cara entre sus pechos e inhaló el aroma de su cuerpo, embebiéndose de aquella fragancia tan absolutamente característica de Ashley.

Ashley la apartó delicadamente y se inclinó sobre ella para colocarle un almohadón bajo la cabeza, mientras sus pechos quedaban a una desesperante proximidad de los temblorosos senos de Kate. A continuación se sentó a horcajadas sobre el cuerpo de su amiga y fue inclinándose sobre ella sin llegar a tocarla, hasta que Kate se quedó sin aliento, presa de una intensa expectación. Cuando pensaba que ya no podría resistir por más tiempo la tensa espera, Ashley inclinó el cuerpo hasta que sus pechos rozaron los de Kate. Aquel roce tan sutil hizo que los excitados sentidos de Kate gritaran ansiosamente que querían más, muchísimo más.

Kate asió con delicadeza los pechos de Ashley y guió sus pezones erectos para que coincidieran con los suyos. Avanzó la cabeza y lamió los pezones de su amiga con la punta de la lengua, hasta que Ashley se estremeció y su respiración agitó el pelo de Kate.

—Me vuelves loca —dijo Ashley con la voz ronca. Kate le rodeó las caderas con una mano, la deslizó hasta más abajo de la curva del abdomen y hundió los dedos en el sexo húmedo de Ashley. El perfume almizclado del sexo de su amiga le aceleró la sangre. Dejó que fuera ella la que marcara el ritmo moviéndose contra sus dedos, hasta que todo su cuerpo se puso en tensión. Entonces Ashley gritó el nombre de Kate y su cuerpo se derrumbó sobre el de su amiga, mientras se relajaba la tirantez de sus músculos. Inspiró aire con urgencia y luego su boca besó la de Kate.

—Madre mía, Kate. Ha sido fantástico.

Ashley volvió a besarla y luego se tendió a su lado, posó la boca sobre sus pechos y recorrió su liso abdomen con los dedos. Empezó a dibujar círculos y a hacerle seductoros cosquillas en la hendidura del ombligo.

Kate arqueó el cuerpo mientras todas sus terminaciones nerviosas se ponían alerta y los músculos se tensaban, sumida en una extrema excitación, esperando que la caricia de los dedos de Ashley calmara el ansia que le palpitaba entre las piernas.

—Por favor, Ash, tócame —suplicó, y entonces los mágicos dedos de Ashley se adentraron en ella, su boca le acarició los pechos y Kate estalló en las oleadas sucesivas del orgasmo.

Kate emergió poco a poco de su duermevela. Parecía flotar, eufórica, y se estiró lánguidamente, sintiéndose como una gata que se despereza al sol. Sus músculos

protestaron un poco, recordándole los momentos vividos la noche anterior, y el recuerdo llegó acompañado de una ráfaga de emociones contradictorias.

«¿Qué he hecho?». Y también: «Ha sido increíble».

Se llevó la mano al estómago para detener una súbita palpitación y se dio cuenta de que había dormido completamente desnuda. Recordó que Ashley la había arropado cariñosamente con la sábana de algodón antes de marcharse.

Después de hacer el amor, se habían quedado adormiladas una en brazos de la otra, con las piernas todavía entrelazadas y la piel cubierta de sudor tras el trajín amoroso. Al final, Ashley se incorporó para besar a Kate en el hombro.

—Me tengo que ir —dijo en voz baja y Kate volvió la cara hacia ella para rozar sus labios con los suyos.

Se besaron intensamente, mientras la pasión renacía, y Ashley gimió, despegando su boca de la de Kate.

—¡Por Dios, Kate! Si seguimos así... Si me quedo más tiempo, ya no tendré fuerzas para irme.

—Pues quédate —rogó Kate, sin separarse de ella.

—Ojalá pudiera. Pero es que si se despierta Jen y pregunta dónde estoy... En fin, es mejor que me vaya.

Era evidente que Ashley no podía quedarse. Kate era consciente de ello, incluso mientras le pedía que se quedara.

—Y... ¿te veré mañana? —preguntó Ashley y Kate asintió con un gesto.

Ashley la miró a los ojos.

—Ha sido... —dijo con un leve movimiento de la cabeza—. ¿Qué voy a decir? Te quiero, Kate. Me parte el corazón tener que irme cuando me muero de ganas de quedarme aquí contigo.

—Ya lo sé.

Ashley le dio un beso y saltó fuera de la cama. Se puso la ropa, que estaba dispersa por el suelo, y se volvió para besar los pechos de Kate antes de arroparla con la sábana. Le dio un largo beso en la boca y se marchó.

Kate, temblorosa por los recuerdos, miró perezosamente el despertador y se incorporó de golpe al ver que eran más de las diez y media. Era la primera vez que dormía tantas horas seguidas en los últimos meses. Entró en el cuarto de baño y se dio una ducha templada, dejando que sus manos se perdieran por los lugares donde se habían perdido las manos de Ashley la noche anterior.

Habían hecho el amor como lo hacían antes. Kate vaciló un instante. No, no había sido como antes. Había sido más, mucho más intenso que antes. Kate cerró la ducha y empezó a secarse con la toalla.

Levantó la vista y atisbo su reflejo en el espejo del baño. Pistaba cambiada, era como si sus rasgos se hubieran suavizado. Apartó la vista apresuradamente, sin

querer admitir todo lo que había significado para ella la noche anterior. Admitirlo suponía tener que afrontar la verdad y tomar alguna decisión.

En un estado de semiestupor, Kate se preparó unas tostadas e intentó concentrarse en la lectura del periódico del domingo. Una hora después, aún no se había comido las tostadas y no tenía ni idea de qué decía el periódico.

Retiró nerviosamente los platos del desayuno y optó por dedicarse a la tarea doméstica que menos le gustaba. Con la mente en otro sitio, se pasó un par de horas planchando y eligiendo la ropa con la que iría a trabajar al día siguiente.

Kate estaba parada en medio de la cocina, sumida en una febril indecisión. Deseaba desesperadamente ver a Ashley, pero al mismo tiempo tenía miedo. Sin embargo, sabía que tenían que hablar.

Miró el reloj de la cocina. Seguro que a esa hora Ashley estaría en casa. Estaba a punto de avanzar hacia la puerta, cuando oyó el crujido de unos pasos en los escalones de la parte de atrás. Ya estaba llegando a la puerta cuando alguien empezó a llamar. Ashley irrumpió en la cocina y Kate dejó la puerta abierta.

—Ashley... —empezó a decir Kate. Los recuerdos de la noche anterior le erizaban la piel y cubrían sus mejillas de un cálido rubor. Entonces se dio cuenta de que Ashley estaba blanca de miedo.

Ashley le asió el brazo imperiosamente.

—Kate, ¿has visto a los niños? —preguntó con el aliento entrecortado y Kate hizo un gesto de negación.

—No. No los he visto desde... —tragó saliva—. Hoy no los he visto. ¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Se han ido y no los encuentro por ninguna parte. ¡Dios mío! ¿Dónde pueden estar? —Ashley pronunciaba las palabras atropelladamente. Kate le agarró la mano.

—Cálmate, Ash. Cálmate —dijo Kate con voz tranquilizadora—. ¿Cuánto hace que no los ves?

—No lo sé. —Ashley se enredó un mechón de pelo en los dedos con aire ausente—. Desde hace un par de horas, me parece.

—¿Has mirado si están en la cabaña del árbol?

—Sí, mientras venía para acá. Hasta he subido por la escalerilla, por si estaban arriba pero no querían contestar. —Ashley se pegó a Kate, que la abrazó con calma, acariciándole delicadamente la espalda rígida por la tensión.

—Estaba muy cansada, después de lo de anoche y tras acompañar a mis padres a la estación y despedirme de todos. Ha sido un jaleo. Cuando ya se ha ido todo el mundo, he decidido descansar una horita antes de venir a verte. Pero me he quedado dormida. Los niños estaban mirando la tele. Me he echado en el sofá y he estado hojeando una revista. Seguramente me he quedado adormilada. Cuando me he despertado, dos horas después, los niños se habían ido. ¿Dónde estarán, Kate? Jen no

haría una cosa así sin avisarme y tampoco creía que Josh fuera capaz.

—¿No han dejado ninguna nota?

Ashley negó con la cabeza.

—No. —Miró el reloj de pulsera—. Podría hacer dos horas que andan perdidos, Kate. ¿Qué voy a hacer? Jenny nunca había hecho nada parecido antes.

—Seguro que les ha pasado el tiempo sin darse cuenta —la tranquilizó Kate y Ashley se frotó los ojos.

—Ya son las cinco y Jen sabe que a esta hora tiene que estar en casa, sin excepciones. Le ha pasado algo, Kate. Estoy segura.

Kate volvió a estrecharla entre sus brazos.

—¡Qué dices! Eso no lo sabes. ¿Has pensado en llamar por teléfono a sus amigos?

—Es que aún no tiene amigos en el pueblo. Sólo Josh. Kate, Kate... —Ashley hundió el rostro en el hombro de su amiga.

—¿Has mirado si están las bicicletas? —preguntó Kate y Ashley levantó enseguida la vista.

—No. ¡Vamos! ¿Por qué no se me habrá ocurrido? Si hasta he mirado en el garaje. —Se dirigió otra vez hacia la escalera y Kate la siguió. Ashley corrió hacia la valla y atravesó el hueco entre los travesaños.

—Se han ido. No están las bicis —dijo, con voz estridente—. Voy a buscar el coche a ver si los encuentro. —Se volvió hacia Kate—. ¿Me acompañas?

—Claro que sí. Pero antes miremos otra vez en la casa. —Ashley entró con Kate y estuvieron las dos llamando a los niños, pero no hubo respuesta. La casa sólo les devolvió un silencio hueco y resonante. Cerraron la puerta y se dirigieron hacia el coche de la madre de Ashley.

—¡Dios mío! —exclamó Ashley con desesperación—. ¿Dónde pueden estar?

Kate intentó contener el miedo que también la acechaba.

—Probemos en la tienda de la esquina. Entremos a preguntarle a Jo si los ha visto. Tal vez han ido a comprar un helado o cualquier cosa. ¿Quieres que conduzca yo?

Ashley asintió y le pasó las llaves a Kate, que salió con el coche a la carretera, condujo hasta la esquina y aparcó al lado de la modesta tienda que abría todos los días. Ashley entró, pero volvió a salir convencida de que los dos niños no habían pasado por allí.

Durante la media hora siguiente recorrieron con el coche todo el pueblo, desde la calle principal hasta el parque, pero no vieron ni rastro de los críos. Luego volvieron otra vez a la casa a ver si estaban, en vano. Ashley estaba pálida y permanecía callada, y Kate no sabía qué más podía hacer.

—Me parece que deberíamos ir a la policía, Kate —dijo Ashley lacónicamente,

envolviéndose con sus brazos.

Kate asintió y se dirigió otra vez hacia el coche.

—Si se han ido con las bicis es porque tenían previsto recorrer cierta distancia —razonó Kate—. ¿No será que han decidido ir hasta la encañizada? ¿O tal vez al río?

—No lo sé —replicó Ashley, con la voz entrecortada, y unas lágrimas surcaron sus mejillas—. No entiendo cómo Jen ha podido ir a ningún sitio sin pedirme permiso. Seguro que alguien se los ha llevado, Kate —añadió, con la cara tremendamente pálida.

Kate volvió a abrazarla y la estrechó con fuerza, acariciando con un gesto consolador el suave pelo de Ashley.

—Eso no lo sabemos.

Kate intentó recordar las pocas conversaciones que había mantenido con Jenny. Cuando la niña asistió a la sesión de lectura de cuentos en la biblioteca, estuvieron hablando de la época minera del pueblo. ¿Habrían ido a explorar las minas?

—Ash, ¿no crees que pueden...?

Ashley dejó de sollozar y enderezó la espalda, intentando tranquilizarse.

—¿Si pueden qué? —preguntó.

Kate se mordió el labio.

—Cuando Jen vino a la biblioteca la semana pasada, estuvimos hablando de los tiempos del oro. Me hizo preguntas sobre las minas: entre otras cosas, quería saber cuáles seguían aún abiertas. Y luego me dijo que tú le habías estado hablando de la antigua mina Eureka, donde íbamos a jugar de pequeñas. Le expliqué que no era un lugar seguro, ni entonces ni ahora. ¿No crees que pueden haber ido hasta allí?

Kate observó la expresión tensa de Ashley y le vino a la mente el mismo temor inconfesable.

—Podemos probar —dijo Ashley y Kate arrancó bruscamente y salió otra vez a la carretera, dejando las ruedas marcadas en el pavimento.

Mientras Kate conducía hacia la antigua mina de oro, el asfalto dejó paso a la grava y la carretera se convirtió en una pista de tierra con dos roderas hundidas e irregulares. Al final salieron del coche y echaron a correr hacia el alambre de espino en el que, como ya sabían, varios carteles recordaban que aquello era una propiedad privada y que había excavaciones peligrosas.

Ashley tropezó y, cuando Kate la agarró del brazo para sujetarla, vieron las dos bicicletas apoyadas contra un arbusto.

—¡Dios mío! Son sus bicis, Kate —dijo Ashley muy turbada, mientras echaba a correr de nuevo hacia la valla.

Kate sujetó una de las hileras de alambre con una mano y apoyó el pie sobre la otra, separándolas para que pudiera pasar Ashley. Luego ésta se dio la vuelta y ayudó también a Kate.

—Kate..., no se habrán atrevido a entrar en la mina, ¿verdad? ¿Y si...?

En ese momento oyeron un ruido y ambas se volvieron y se encontraron con un Josh totalmente alterado, que se precipitaba hacia ellas por la cuesta que bajaba desde la boca de la mina.

—¡Tía Ash! ¡Tía Ash! —chilló y se lanzó a los brazos de Ashley.

Capítulo doce

Ashley se arrodilló y trató de calmar al niño.

Josh tenía la camiseta desgarrada y Kate respiró hondo al verle rasguños y rastros de sangre seca en el hombro. El niño tenía la cara llena de tierra y surcada de lágrimas, y sollozaba entrecortadamente.

—¡Es Jen! No puede salir. No he podido apartar la madera.

Kate inspeccionó discretamente el brazo del niño y comprobó aliviada que la herida ya no sangraba.

—Dinos dónde está —dijo, poniéndolo de cara a la colina de escombros que había junto a la vieja mina clausurada.

—Sólo queríamos entrar un momento a ver cómo era —les contó Josh, mientras los tres corrían entre los secos arbustos, sin hacer caso de los pinchos que se les clavaban en las pantorrillas desnudas. Recorrieron hasta el final el sendero de tierra que transcurría entre árboles y oscuras matas de bejucos.

—Hemos apartado unas maderas para meternos dentro. De repente todo estaba oscuro y se nos han caído unos tablones encima —Josh empezó a sollozar otra vez—. Yo no quería dejar sola a Jen, pero me ha dicho que vosotras ya estaríais buscándonos, porque en la nota decíamos que volveríamos a las cinco. Como se estaba haciendo tarde, Jen me ha pedido que saliera a buscaros. —Josh se echó a llorar cuando se acercaron a la entrada de la mina, situada en la ladera de la colina y cerrada con tablones.

—Sabía que no teníamos que entrar —dijo Josh, haciendo un movimiento hacia la entrada de la mina.

—Un momento, Josh. —Kate lo agarró del brazo—. Primero veamos cómo está esto. —Examinó la estructura de madera y apartó con cuidado algunos tablones para ampliar la abertura—. Será mejor que una de nosotras se quede fuera. ¿Qué te parece? —dijo, lanzando una significativa mirada a Ashley—. ¿Te parece bien que entre a echar un vistazo?

—No, Kate —Ashley estrechó a Josh contra su pecho durante un momento—. Yo también entraré.

Kate intentó discutir, pero no quería asustar más aún a Josh.

Ashley se volvió hacia el niño.

—Espéranos aquí, en la entrada. Puede que tengas que ir en busca de ayuda. ¿De acuerdo?

Josh asintió tristemente y se limpió las lágrimas de los ojos con la camiseta, llenándose aún más la cara de tierra.

Kate, lentamente y con precaución, se introdujo en la cavidad oscura y polvorienta de la mina, consciente de la presencia de Ashley detrás de ella, muy

cercana. Una vez dentro, se detuvo para adaptar la vista a la oscuridad.

—¿Jen? —la voz de Ashley se quebró en un sollozo y Kate la oyó respirar hondo para calmarse—. Kate y yo estamos en la mina —dijo con voz queda.

El cono de luz de una linterna se iluminó de pronto y deslumbró a Kate, que se llevó la mano a la cara para taparse los ojos.

—Mamá, Kate... Estoy aquí —dijo Jen, incapaz de disimular su alivio. La mirada de Kate siguió el haz de luz hasta un punto situado algo a su derecha, unos cinco metros por delante de ellas—. No quería gastar las pilas, por si acaso...

—Enfoca al suelo para que veamos cómo podemos llegar hasta donde estás.

Jen hizo lo que le había indicado Kate, que avanzó centímetro a centímetro hasta acabar arrodillándose en el suelo, junto a la niña. En cuanto llegó también Ashley, Jen asió la mano de su madre y la estrechó con fuerza.

—Estoy bien, mamá —dijo, valientemente—. Me duele la pierna, pero me parece que no la tengo rota. Sólo que no puedo sacarla. ¿Os ha encontrado Josh? —La voz le tembló un poco al final.

—Sí, está esperando afuera.

Ashley abrazó con fuerza a su hija.

—Déjame la linterna, para ver cómo te has quedado atrapada. —Kate agarró la linterna de manos de la niña e iluminó el recinto, dirigiendo la luz al techo y las paredes para comprobar si había peligro de otro desmoronamiento. Todo tenía un aspecto bastante sólido y, al parecer, lo que se había venido abajo era un trozo de pared, no del techo del túnel.

Jen estaba tendida sobre un costado, con las piernas atrapadas bajo una ancha viga de madera que le había caído sobre los tobillos. Kate le pasó la linterna a Ashley y dio un empujón a la viga, que osciló ligeramente, pero no logró apartarla.

—La viga no me aprieta mucho las piernas —dijo Jen, intentando animarlas—. Le pedí a Josh que me quitara las zapatillas, pero no alcanzaba.

—No. Ya veo que debajo de la viga hay trozos de madera más pequeños, que son los que te tienen atrapada. Seguramente, lo que te ha salvado ha sido que la viga más grande se te haya quedado atravesada sobre las piernas.

A Kate no se le ocurría cómo sacar a Jen sin apartar toda aquella mole tan pesada. Analizó la situación. Si no podían levantar la viga, podían probar a hacer palanca con el desmontador de neumáticos. Y si tampoco funcionaba, habría que ir en busca de ayuda.

—Si Jen sujeta la linterna enfocando a la viga, ¿crees que podríamos levantarla entre las dos? —preguntó Ashley, con voz nerviosa.

—Podemos intentarlo —dijo Kate y Ashley le pasó la linterna a su hija.

Jen giró la linterna para iluminar la viga carcomida, que a Kate se le antojaba cada vez más pesada. No veía la cara de Ashley, así que no sabía si su amiga estaba

tranquila o no.

—¿Estás enfadada conmigo, mamá? —preguntó Jen con la voz temblorosa y Ashley le apartó un mechón de la cara, sucia de tierra.

—Lo que estaba es muy preocupada. Pero ahora no te muevas hasta que nosotras te digamos. ¿Estás lista, Kate?

Kate asintió y, tras algo de esfuerzo, consiguió pasar los brazos por debajo de la viga. Ashley hizo lo mismo. Contaron hasta tres y tiraron de la viga, que se movió levemente. Después de un par de intentos, apenas habían logrado desplazarla.

Kate se sentó en el suelo y se apoyó en la viga para recuperar el aliento. Tendrían que ir en busca de ayuda.

—¿Y si intentamos empujarla haciendo fuerza con las piernas? —La voz de Ashley sonó preocupada—. Si nos sentamos las dos tal como estás ahora y empujamos con la espalda, ¿crees que podríamos conseguirlo?

—Probemos. —Kate se colocó al lado de Ashley y las dos empujaron, haciendo fuerza con las piernas.

La viga se movió unos centímetros. Empujándola un poquito cada vez consiguieron apartarla. Jen se escurrió como una serpiente y logró sacar los pies de la trampa.

—¡He salido! —chilló ansiosamente y Ashley la estrechó con fuerza contra su pecho.

Kate recuperó la linterna que Jen había dejado caer al suelo. La oscuridad de la caverna empezaba a cercarlas y Kate pensó en la posibilidad de otro desmoronamiento.

—Pues vamos —dijo, aparentando la mayor serenidad que pudo—. ¿Puedes andar, Jen?

Con la ayuda de su madre y de Kate, Jen intentó ponerse de pie. Kate fue iluminando el camino hasta la entrada, y las dos ayudaron a la niña a salir a la luz del sol.

Los músculos de Josh se relajaron de golpe en cuanto aparecieron.

—¿Cómo está? —preguntó, con ansia, y Jen sonrió contenta.

—Estoy bien, pero me duele bastante el tobillo derecho.

La mirada de Kate se cruzó con la de Ashley, que tenía los ojos resplandecientes por el alivio, e intentó sonreír.

—Será mejor que Jen no camine mucho antes de que pueda verla el médico —sugirió Kate. Ashley asintió.

—Kate y yo te haremos una sillita con los brazos para que no tengas que caminar —explicó Ashley a Jen, y las dos transportaron a la niña hasta la valla.

Josh mantuvo separadas las hileras del alambre de espinos para que pudieran pasar y enseguida estuvieron en el coche. Cuando en la sección de accidentados del

hospital terminaron de limpiar y vendar los cortes y los rasguños de los niños y de hacer las radiografías necesarias para comprobar que no tenían nada roto, ya eran casi las ocho. Kate los llevó a casa en el coche.

Mientras Ashley vigilaba el baño de los niños, Kate preparó unas hamburguesas con los restos de la barbacoa de la noche anterior. Abrió la nevera para sacar las ensaladas que habían sobrado y descubrió un papelito que asomaba debajo del electrodoméstico. Se agachó a recogerlo y vio que era la notita que Jenny y Josh le habían dejado a Ashley. Seguramente se había caído al suelo mientras ella dormía.

—Misterio resuelto —dijo Ashley cuando volvieron a la cocina y Kate le enseñó la nota.

—Ya te dije que te habíamos dejado una nota, mamá —insistió Jen—. Nunca voy a ningún sitio sin avisarte.

Ashley le dio un achuchón.

—Ya lo sé. Por eso me quedé tan preocupada al ver que no estabais.

—La próxima vez sujetaré la nota con una piedra —dijo Jenny.

—La próxima vez me despiertas, ¿de acuerdo? —le advirtió Ashley—. Para asegurarnos.

Jenny asintió.

—Bueno —dijo con un suspiro—. ¡Es que estabas tan cansada!

Kate advirtió la rápida mirada que le dirigió Ashley y se ruborizó. Colocó las hamburguesas en los platos y los fue repartiendo. Los cuatro comieron vorazmente.

—Mi madre y tú también tendríais que ducharos —sugirió Jen después de la cena. Estaba muy mansita después del sermón que le habían soltado sobre los peligros que entrañan este tipo de aventuras—. Estáis llenas de tierra.

Ashley miró a Kate, al otro lado de la mesa.

—¿Por qué no vas al baño a ducharte mientras Jenny y Josh me ayudan a poner el lavavajillas?

—Ya lo haré en casa. Dúchate tú y yo iré quitando la mesa —propuso Kate, sin ganas de dejar a Ashley, pero sintiéndose obligada a no parecer demasiado ansiosa por quedarse.

Sin embargo, eso era precisamente lo que deseaba hacer. Quería ayudar a Ashley a meterse en la cama, arroparla, darle un beso de buenas noches. Y hacer el amor con ella otra vez. Y otra más. Pero sabía que estaba siendo egoísta. Ashley parecía agotada y exhausta. La tarde había estado cargada de tensión.

—La verdad es que me gustaría hablar contigo, Kate —dijo Ashley tentativamente, mirando a los niños, que a su vez las miraban con atención—. Sobre la conferencia de la biblioteca —improvisó algo precipitadamente.

Ashley se ruborizó y Kate tragó saliva, segura de que su amiga estaba pensando en la noche anterior. En aquellos breves segundos, Kate se torturó imaginando

distintas posibilidades.

¿Qué era lo que quería decirle Ashley? ¿Seguía sintiendo lo mismo o había cambiado por completo de opinión? ¿Y si ahora resultaba que quería alejarla de su vida, tal como Rosemary le había propuesto hacer a Kate? ¿Y qué quería ella, la propia Kate?

«Qué pregunta tan tonta —exclamó la voz de su conciencia—. No hay pregunta posible». Kate sabía que deseaba a Ashley, como siempre la había deseado. Incluso más.

Recordó una escena de la noche anterior, cuando Jen estaba a punto de irse a dormir. Kate se dio cuenta entonces de lo mucho que le importaba Ashley. Y su hija.

—La conferencia —repitió, intentando mantener un tono inexpresivo, consciente ella también de la presencia de los niños—. Muy bien. Iré a casa a ducharme y a cambiarme, y volveré dentro de una hora más o menos.

Ashley puso cara de querer protestar, pero asintió enseguida.

—Perfecto.

No quiso que Kate la ayudara a quitar la mesa y ésta se fue a casa, provista de una linterna para alumbrar el camino.

¿Era posible que tan sólo unas horas antes hubiera recorrido el mismo sendero con Ashley, que hubiera subido la escalera y hubiera entrado con ella en la casa? ¿Y que hubieran terminado haciendo el amor de aquella forma tan apasionada?

La pasión había sido especialmente intensa, reconoció Kate. Guardaba recuerdos maravillosos de otras veces en que había hecho el amor con Ashley, pero lo de la otra noche había sido indescriptible. El cuerpo de Kate había reaccionado como si en todos aquellos años hubiera estado dormido, apagado, aguardando a que Ashley lo acariciara de nuevo.

Kate se detuvo bajo el tamarindo y miró hacia el escondite. El calor del día seguía flotando en el aire y una brisa intermitente agitaba suavemente las hojas del viejo árbol, que se recortaba como un bulto oscuro contra el cielo estrellado.

Allí, Ashley y ella habían reído y llorado, se habían contado secretos y habían hecho planes, se habían besado y habían hecho el amor. Y allí habían mantenido su única discusión importante. De hecho, la discusión había empezado en la cabaña, pero había terminado en la fiesta del equipo de fútbol.

Kate recordaba lo mal que se había sentido después, las mil agonías por las que había pasado durante aquella semana de silencio, cuando no hicieron más que verse de manera casual. Y cuando Kate pensaba que no podía soportarlo más y ya estaba a punto de ir a la casa de los Maclean para hablar con Ashley, su amiga la llamó por teléfono. Los padres de Ashley no estaban, y Kate se escurrió a través de la valla para verla. Se reconciliaron, se abrazaron e hicieron el amor.

Después de tantos años, aún podía ver con nitidez a las dos muchachas sentadas

en el refugio de la copa del árbol. Y recordaba con todo detalle la sensación que la invadió cuando Ashley dijo, como quien no quiere la cosa, que Dean la invitaba a ir al baile con él.

—No vas a ir, ¿verdad? —preguntó Kate con la voz temblorosa y Ashley se encogió de hombros.

—¿Por qué no? Puede ser divertido.

—No, Ash. No vayas con él —suplicó Kate antes de poder contenerse.

—No pasa nada, Kate. Tú también irás, con Phillip. Dean dice que Phillip te lo va a pedir.

—Yo no quiero ir con Phillip. No sería capaz de bailar con él —dijo Kate con tristeza. Y sabía que lo que quería decir, en realidad, era que no sería capaz de ver a Ashley bailando con Dean Andrews.

—No tienes que bailar siempre con Phillip. Además, Tim dice que la música está muy bien. Es música moderna casi todo el rato, así que no hace falta que bailes agarrada a nadie.

—Venga ya.

—Kate, todo el mundo da por supuesto que vamos a ir con Dean y Phillip —dijo Ashley con franqueza y Kate se mordió el labio.

—¿Quién es todo el mundo? —preguntó con arrogancia.

—Pues mis padres. Y los amigos. Y toda la gente del instituto.

—Estamos yendo demasiado lejos, Ash. ¿No lo ves? —imploró Kate—. ¿Seguro que no vamos a tener que ir con ellos cada vez? Lo próximo que dirá esa misma gente es que salimos con Dean y Phillip. Y detesto que digan eso.

Ashley se abrazó las piernas y apoyó la barbilla en las rodillas. Se quedó un momento callada y después suspiró.

—Kate, me gusta que mis padres crean que voy a salir con Dean. Además, así acabamos con las malévolas insinuaciones de Tim.

La aprensión que sentía Kate en la boca del estómago se hizo más fuerte y volvió a tragar saliva.

—Ojalá se hubiera acabado el curso y ya estuviéramos juntas en Brisbane.

—Lo estaremos. —Ashley sonrió y acarició suavemente la mejilla de Kate, apoyando las puntas de los dedos en la boca de su amiga. Después la besó.

—Y, aparte de eso, prefiero que mi madre me eche un sermón sobre lo que no se debe hacer con los chicos a que empiece a decirme qué puedo o que no puedo hacer contigo.

Kate se rió, a pesar del mal presentimiento que le inspiraba el baile. Deslizó las manos bajo la camiseta de Ashley y jugueteó con sus turgentes pezones.

—¿Hacemos lo que no debemos hacer?

El placer del sexo calmó en parte el desasosiego de Kate, pero a medida que se

aproximaba el día del baile sentía una renovada aprensión. Phillip pensaba pedirle el coche a su madre y Ashley iría en el de Dean. En opinión de Kate, esta situación sólo servía para apartarla aún más de Ashley.

Y, para Kate, el baile resultó tan tenso como había imaginado.

Muy pocos de sus compañeros de clase fueron con pareja. Al principio, las chicas se sentaron a un lado mientras que los chicos se apiñaban junto a la barra, al otro lado de la sala.

Tampoco estaba tan mal así, pensó Kate, y se tranquilizó un poco, a pesar de que la música alcanzó un volumen tan alto que pensó que acabaría con un dolor de cabeza espectacular. Pero al menos nadie bailaba, así que pudo sentarse con Ashley y un par de compañeras del instituto.

Las otras chicas le estaban contando a Ashley con quién habían ido y se reían intentando adivinar quién estaba emparejado con quién.

—¡Caramba, Ash! —exclamó, emocionada, una de las muchachas—. Dean Andrews es guapísimo. Qué suerte tienes de salir con él. Todas nos moríamos de ganas de que nos lo pidiera.

—Sobre todo tú, Joanie —dijo Wendy, la bromista de la clase—. Pero Ashley ya procuró que no triunfaras, ¿verdad, Ash?

Ashley se rió, ruborizada.

A Kate el corazón le dio un brinco. Luchó contra la necesidad de atraer a Ashley hacia sí y decirle a todo el mundo que aquella historia con Dean Andrews era una farsa, que ella, Kate Ballantyne, era la única persona a la que Ashley amaba.

—Dean es genial —dijo la otra chica—. ¡Ay, madre! ¡Viene para acá!

Kate se volvió y vio cómo se acercaba Dean. Notó que la mandíbula se le ponía tensa. El chico se unió al grupo con la tranquila seguridad de quien se sabe admirado.

—¿Quieres bailar, Ash? —preguntó, tomándola de la mano y atrayéndola hacia él. Le rodeó la cintura con el brazo y se la llevó hasta la pista de baile sin esperar a que ella asintiera.

Kate se puso furiosa interiormente, mientras las otras chicas contemplaban con envidia a la pareja.

—¿Verdad que se los ve muy románticos a los dos juntos? —dijo alguien, y Kate tuvo que cerrar los ojos porque los celos la traspasaron como una navaja.

Poco a poco, todos se fueron uniendo al resto de los bailarines que había en la pista y Kate pensó, entristecida, que no debería haberse dejado convencer por Ashley. Pero Phillip apareció de repente a su lado y le pidió que bailara con él. Kate se levantó de mala gana y lo siguió. Cualquier cosa era preferible a quedarse sentada mirando cómo Ashley y Dean bailaban juntos.

Phillip empezó a moverse torpemente al ritmo de la música y Kate intentó tranquilizarse. Ni ella ni Phillip se miraron mientras bailaban. Kate tampoco

conseguía seguir el ritmo. Miró de soslayo a Phillip y decidió que el chico parecía tan azorado como ella.

Un par de interminables horas después, Kate estaba impaciente por que llegara el final de la fiesta. Apenas había visto a Ashley y no había hablado con ella, ya que su amiga se había pasado la mayor parte de la noche bailando con Dean, mientras Kate intentaba fingir ante Phillip que lo estaba pasando bien. A Kate, el baile se le estaba haciendo eterno.

Entonces disminuyó la intensidad de las luces y los músicos atacaron un tema lento y sentimental. Para el espanto de Kate, Phillip se le acercó y la estrechó entre sus brazos. Intentó desesperadamente disimular el asco que sintió cuando la húmeda palma de la mano de Phillip agarró la suya.

Kate se concentró al máximo para no tocar a Phillip y entonces vio a Ashley y Dean bailando con los cuerpos pegados. Dean inclinó la cabeza hacia Ashley y empezó a besarla. Y Ashley no hizo nada por apartarlo. Por lo que pudo ver Kate, Ashley se unió al beso con placer.

Kate tropezó, turbada, y Phillip aprovechó la ocasión para acercarla más contra su cuerpo. Ella se encogió y se ruborizó en la penumbra, al notar la erección de Phillip contra su abdomen.

Cuando terminó la canción, Kate se alejó de Phillip murmurando que tenía que ir al baño y atravesó a toda prisa la multitud de bailarines. A salvo en el cuarto de baño, respiró hondo para tranquilizarse. Dos chicas acababan de retocarse el maquillaje y salían mientras Kate se refrescaba las mejillas en el lavabo. Se estaba secando las manos con una toalla de papel cuando de pronto apareció Ashley junto a ella.

—¡Uf! Hace calor, ¿verdad? —Ashley le dirigió una mirada de soslayo y apartó enseguida los ojos—. Te he visto bailar con Phillip. ¿Lo estás pasando bien?

—No puedes estar hablando en serio, Ash. —Kate se inclinó hacia el lavabo con gesto cansado.

—Bueno, no hace falta que bailes con él. Pero pásalo bien.

—¿Como tú? —preguntó abruptamente Kate y Ashley se volvió hacia el dispensador de toallas de papel.

—Exactamente. —Ashley miró nerviosamente hacia las puertas de los servicios para comprobar que estaban solas.

—¿Es necesario que te le echas encima? —susurró Kate con insistencia.

—Sólo bailábamos.

—No podrías haber estado más cerca de él aunque quisieras. Además, te he visto cómo lo besabas. —La voz de Kate se quebró en una mezcla de rabia y decepción.

—Un beso no es nada —dijo rápidamente Ashley—. No significa nada.

—¿Tampoco significa nada cuando me besas a mí? —preguntó Kate y Ashley miró a su alrededor.

—Calla, Kate. Aquí no podemos hablar.

—Sabía que no teníamos que haber venido a esta mierda de baile —gritó furiosamente.

Ashley suspiró.

—Ya te he dicho que eso es lo que se espera que hagamos —dijo cansinamente y Kate la miró.

—¿Es una operación de camuflaje? —preguntó, cáusticamente, y entonces le confesó a su amiga—: Odio todo esto, Ash.

—Yo también —admitió Ashley—. Pero no es más que un baile.

Kate la miró con suspicacia.

—¿Estás segura de que no lo estás pasando bien con toda esta historia?

Ashley movió la cabeza en señal de negación.

—Me gusta estar contigo —dijo con la voz queda—. Pero tenemos que...

—Fingir. Ya lo sé, ya lo sé. —Kate la miró y de pronto se estremeció—. Ash, estoy preocupada por Dean. Se está tomando en serio la historia contigo. Quiere... —Tragó saliva, dudando si debía contarle a Ashley lo que había dicho Dean cuando estaban en el cine—. Quiere casarse contigo —espetó.

La expresión de Ashley apenas cambió y Kate la miró sorprendida.

—¿Ya lo sabías? —preguntó y Ashley asintió.

—Me lo ha comentado.

—¿Y tú qué has dicho?

Ashley hizo una pausa.

—Le he dicho que tal vez. Pero que soy demasiado joven para pensar en el matrimonio.

—¡Ay, Ash! —Kate se sentía cómo si le hubieran asestado una puñalada en el corazón.

—Ya sabes que tenemos que ir con cuidado.

—¡Pero no hace falta casarse! —soltó Kate.

—Deja de preocuparte. Soy demasiado joven para comprometerme.

—Belinda tenía dieciocho años cuando se casó con Mark —le recordó Kate y Ashley se encogió de hombros.

—Eso es cosa de Belinda. Seguramente mi madre pensó que se quedaría preñada si no la dejaba casarse. —Se alisó el vestido—. Vamos, Kate, deja de preocuparte. Seguiremos saliendo los cuatro, Dean y yo, y tú y Phillip. ¿Qué problema hay?

—Que esta noche no éramos cuatro. Eramos dos grupos de dos. —Kate se mordió el labio—. Yo quiero que estemos sólo nosotras dos, Ashley.

Ashley respiró hondo.

—Bueno, pues no puede ser, Kate. Tenemos que proteger nuestra reputación. Y eso quiere decir que tenemos que salir con chicos. Así tiene que ser.

—Eso es vivir una mentira —protestó Kate y Ashley empezó a caminar por el cuarto de baño a grandes pasos.

—Mentira o no, Kate, yo quiero ser normal. No quiero que la gente me mire mal o que diga cosas a mis espaldas. O que me insulte. Y ahora no quiero hablar más del tema. Me vuelvo al baile.

—Ash... —rogó Kate, pero Ashley ya se había marchado.

Poco después, Kate pretextó un dolor de cabeza e insistió en que Phillip la llevara a casa. Cuando aparcaron junto a la cancela, Kate salió precipitadamente del coche, le dio las gracias a Phillip y corrió a toda prisa hacia su casa y hacia el refugio de su habitación.

Salt10Kate suspiró. ¿Habían sido demasiado intensos sus sentimientos, en aquella época? ¿Eran sus celos y su posesividad lo que había acabado por alejar a Ashley? En fin, sabía que no era posible cambiar el pasado. ¿Pero qué le esperaba en el futuro?

Dirigiendo una última y recelosa mirada a la cabaña del tamarindo, continuó subiendo las escaleras y entró en su casa. Se dirigió al cuarto de baño, se quitó la camiseta y los pantalones sucios de tierra y se metió bajo la ducha.

Ahora, diez años después, ¿podía reprocharle a Ashley que pensara de la forma en que pensaba entonces? Hacía falta un coraje enorme para enfrentarse a la moral mayoritaria. Y eso no era precisamente lo que había hecho Kate, así que, ¿cómo podía juzgar a Ashley por no haber sido más valiente entonces, cuando ambas eran tan jóvenes?

Kate suspiró. ¿Se habría atrevido a ir por el pueblo con la cabeza bien alta, si ella y Ashley hubieran dado a conocer su relación? Kate, recordando cómo había reaccionado cuando la madre de Ashley las pilló juntas, comprendió que seguramente no habría sido capaz de hacerlo.

Se secó y se puso unos shorts limpios y una camiseta sin mangas.

Se estaba haciendo tarde, tenía que ir pensando en volver. Ashley la estaba esperando. Recorrió otra vez el mismo camino y atravesó la valla. Bajo la luz de la luna, la piscina centelleaba con reflejos eternamente cambiantes.

Ashley la aguardaba a la entrada de la casa, sujetando la puerta corredera para dejarla pasar. La miró con una expresión algo indecisa y se pasó nerviosamente la lengua por los labios.

Kate se la quedó mirando, incapaz de apartar los ojos de la boca de Ashley, de sus hermosos labios. El recuerdo de aquella boca acariciándola la envolvió como una cálida manta en una noche fría. Kate sintió un ligero estremecimiento.

—Los niños duermen como troncos. Gracias por volver, Kate —dijo quedamente Ashley. Kate apartó la vista de su boca y la miró directamente a los ojos.

De pronto se perdió en las azules profundidades de aquellos ojos, que ahora, con Ashley de pie frente a la lámpara que había encendido junto al sofá, parecían de color

añil. Kate vio las oscuras ojeras que había dejado el cansancio en el rostro de Ashley y comprendió que su amiga estaba exhausta.

—Será mejor dejarlo para mañana. Pareces agotada.

Ashley esbozó una sonrisa.

—¿Me estás diciendo que no estoy en mi mejor momento?

—Estás preciosa —dijo suavemente Kate. Los ojos de Ashley se llenaron de lágrimas y una de ellas se deslizó por su mejilla.

Kate avanzó unos pasos, rodeó la cintura de Ashley con sus brazos y la atrajo hacia sí. Ashley ahogó un gemido.

—Hoy he pensado que perdía a Jen —dijo con la voz ronca—. No habría podido soportarlo. Mi hija es lo único valioso que ha producido mi desastrosa relación con Dean.

Kate apartó delicadamente un mechón de la frente de su amiga.

—Ven, sentémonos.

Fueron hasta el sofá en el que tan decorosamente se habían acomodado la noche anterior. Pero esta vez se sentaron más juntas, con los cuerpos en contacto, y Ashley asió la mano de Kate.

—No sé qué es lo que habría hecho hoy sin ti, Kate. Si no te hubiera encontrado en casa... Gracias.

Kate se encogió de hombros.

—De hecho, estaba a punto de venir a ver cómo estabas.

—¿De verdad? —Ashley se mordió el labio y Kate respiró hondo.

—No resistía más tiempo sin verte. —Por fin. Ya lo había dicho.

El aire pareció quedarse en suspenso entre las dos, inmóvil, prolongando aquel momento. Y entonces Ashley apoyó la cabeza contra el respaldo del sofá. Cerró los ojos y, de pronto, rompió a llorar.

Kate se volvió hacia ella, con el entrecejo fruncido por la preocupación.

—Por favor, Ash, no llores. No quiero presionarte. Si tú no quieres... Si has cambiado de opinión...

Ashley se incorporó, soltó a Kate y le tomó el rostro con las manos.

—¿Cambiar de opinión? —Meneó la cabeza en señal de negación, sonriendo a través de las lágrimas—. De ninguna manera, Kate, mi amor. Me equivoqué cuando te dejé hace diez años. No voy a cometer el mismo error otra vez. —Se inclinó hacia ella y la besó en la boca con ternura, con un beso leve como una pluma, que se prolongó exquisitamente.

Kate sintió que se derretía. Siguieron abrazadas hasta que los besos se tornaron más profundos, más prolongados y narcotizantes, besos desesperados que las dejaron sin aliento a las dos.

Ashley, tomando la mano de Kate, le rozó los labios con las puntas de los dedos y

le besó la palma de la mano.

—Dime que me quieres, Kate. Como yo te quiero a ti. Necesito oír cómo lo dices.

—Te quiero, Ashley. Siempre te he querido —dijo sencillamente Kate y su amiga suspiró.

—Me moría por oírtelo decir otra vez. Hemos desperdiciado diez largos años y todo por mi culpa. Lo lamento muchísimo, Kate. ¿Podrás perdonarme?

—Olvidemos el pasado y empecemos de nuevo. Sin recriminaciones.

—No tendría que haberme dejado manipular hasta el extremo de casarme con Dean. Fui una cobarde. —Ashley cabeceó—. ¡Tengo que pedirte perdón por tantas cosas!

—No sigas, Ash... —protestó Kate, pero Ashley la acalló con un gesto.

—No. Déjame que te explique, Kate. Lo necesito.

Kate asintió de mala gana.

—¿Recuerdas el baile del equipo de fútbol?

Kate asintió de nuevo.

—Sí, lo recuerdo.

Una ráfaga de tristeza surcó la expresión de Ashley, que volvió a suspirar.

—Ahí empezó todo. No entiendo cómo pude portarme tan mal contigo, Kate. Estaba hecha un lío. Quería demostrarme a mí misma que podía ser como todo el mundo y te hice mucho daño. A las dos. Dejar que Dean me besara durante el baile formaba parte del plan. Quería que... Quería que besarlo a él resultara tan maravilloso como besarte a ti. Y me dio rabia comprobar que no era así.

Apartó la vista. Sus dedos jugueteaban, ausentes, con los de Kate.

—Luego tú y yo tuvimos aquella discusión —continuó—, y yo me marché furiosa porque sabía que tenías razón. Y entonces te fuiste tú. Si yo... —Se interrumpió—. Dean quiso enrollarse conmigo en el coche cuando me llevaba a casa. Y yo pensé que eso era lo que tenía que hacer, que era otra forma de ponerme a prueba. ¿Tú te enrollaste en el coche con Phillip?

Kate negó con la cabeza.

—No.

—No —repitió Ashley con la voz queda—. Ya me imaginaba que tú no lo harías. Siempre fuiste más sensata que yo. En fin, Dean empezó a besarme y yo traté de que me gustara. Pero no eras tú, Kate. Cuando me di cuenta de la estupidez que había cometido, las cosas se me fueron de las manos. Quise explicarle a Dean que había cambiado de idea, pero él pensó que me estaba haciendo la estrecha para conquistarlo. Al menos eso fue lo que me dijo.

—¿Te violó? —susurró Kate, horrorizada, y Ashley soltó una risita amarga, burlándose de sí misma.

—Técnicamente hablando supongo que sí, aunque yo tuve parte de culpa. Le

había hecho creer que... En fin, ya sabes... Y luego me entró miedo. Fue muy desagradable. Después me pidió disculpas.

—Ash...

—Cada vez que Dean me llamaba por teléfono, mi madre se ponía contentísima. Mis hermanos no paraban de decirme que Dean era un buen chico. Pero yo sólo te quería a ti, Kate. Y de repente el mundo se vino abajo y todo se confabuló para estropear las cosas. Mi madre. El pastor Jones. Y las burlas sobre Maggie y Georgie. Estaba hecha un lío.

»Y por si fuera poco, no me vino la regla. Estaba muy asustada, Kate. Quería contártelo, pero pensé que me odiarías. Fue por lo de la noche del baile. Ésa fue la única vez que lo hicimos. Dean se había puesto un condón, pero cuando forcejeábamos se le salió o lo que fuera. Fue todo un desastre.

»Fui al médico y confirmó el embarazo. Estaba aterrada, Kate. Iba a decírtelo la tarde en que mi madre nos pilló juntas. Después de que te marcharas, mi madre y yo tuvimos una discusión terrible y yo le dije que estaba embarazada y que me iría del pueblo contigo. Entonces mi madre movilizó todos sus recursos. Me prohibió que fuera a verte. Envió a mi padre a hablar con Dean y pidió fecha en la iglesia. Me parece que yo estaba bajo una conmoción nerviosa, porque antes de darme cuenta ya estaba casada. Dejé que todos me llevaran por donde querían. Opté por la vía de la mínima resistencia. Así era más fácil.

—Si me lo hubieras contado, Ash —dijo Kate, con el corazón encogido.

—Cuando lo pienso ahora, es como si todo le hubiera ocurrido a otra persona, como si yo hubiera sido una mera espectadora. Recuerdo que, mientras pronunciaba el «Sí, quiero», sólo esperaba que aparecieras tú y me rescataras.

—Y yo estaba esperándote en la cabaña del tamarindo. ¡Vaya salvadora estaba hecha! —añadió Kate, y ambas se esforzaron por reír.

—Los primeros meses de matrimonio fueron un infierno. Cada vez que Dean me tocaba empezaba a vomitar, en parte por el embarazo y en parte por los nervios. Así que pedí dinero prestado y me vine al pueblo, en tu busca.

»Les supliqué a mis padres que me dejaran quedarme con ellos y me dijeron que tenía que dejar pasar el tiempo para que el matrimonio funcionara. Y no fui capaz de localizarte en Brisbane.

»Después del nacimiento de Jen, Dean se mostró algo más considerado durante una temporada. Pero cuando recuperó su carácter posesivo, me vine otra vez a casa de mis padres. Y, como ya sabes, luego regresé a Melbourne de nuevo. Pero ya no volveré a hacerlo. Ahora soy dueña de mi vida, Kate, y sé lo que quiero.

Ashley la miró y sostuvo su mirada.

—Te amo, Kate. Y quiero estar contigo. Pero si no quieres que vivamos juntas, lo aceptaré. Me refiero a que en realidad no sé qué piensas de que Jen viva con nosotras.

Yo sólo quiero estar cerca de ti, formar parte de tu vida. ¿Qué...? —Tragó saliva—. ¿Qué es lo que tú quieres, Kate?

—Lo que siempre he querido, Ash. A ti. Y Jen forma parte de ti. ¿Cómo no voy a quererla a ella también? Es igualita que tú. —Kate le acarició la mejilla con la punta de los dedos—. Te quiero muchísimo. Estos diez años me he sentido como si me hubieran amputado algo. Te necesitaba para sentirme completa.

Se besaron intensamente, susurrando con ansia su amor mutuo, hasta que acabaron por separarse, sonrientes y cansadas.

—No entiendo cómo no me apresuré a seducirte la primera vez que viniste a casa —dijo Kate en broma—. Qué tonta fui.

Ashley se echó a reír, pero acto seguido se puso seria.

—Yo tenía miedo de haber tardado demasiado en volver. Lo único que me ayudaba a seguir cuando todo se me hacía insoportable era pensar en ti.

—¿Por qué no me escribiste? La tía Jane me habría enviado la carta.

—Yo no estoy tan segura, Kate. Fuera por lo que fuera, creo que tu tía nunca me aceptó. Y, aparte de eso, no me atrevía a escribirte. Dean era... Tenía un carácter horrible. Si hubiera descubierto lo que sentía por ti, no sé qué me habría hecho o qué te habría hecho a ti. En su personalidad había un lado oscuro. Pero conseguí arreglar mi vida y empecé a escribir. —Ashley miró a Kate—. Y es verdad que escribí *La fiebre del oro* como un homenaje a nosotras dos.

—Es un libro magnífico, Ash. Pero es que... —Kate se interrumpió—. Cuando volviste al pueblo me sentí muy confusa y el hecho de leer cómo se comportaban Clare y Tess cuando estaban juntas, la ternura de su historia, me dejó muy turbada. Me hizo revivir toda la tristeza de tu pérdida y... —Kate se encogió de hombros.

—Menudo lío armé, ¿no? —dijo Ashley con voz queda y Kate suspiró.

—Éramos unas crías, Ash. No estábamos preparadas para afrontar la intensidad de nuestros sentimientos. Ahora sé que al menos yo no lo estaba.

—Supongo que no. Pero ojalá hubiera sido diferente. —Ashley la miró con gesto de preocupación—. ¿Crees que *podemos* superarlo, Kate? —preguntó, sin apartar la mirada de su amiga.

Kate se inclinó hacia ella y la besó con ternura.

—Creo que sí —respondió sinceramente.

Ashley esbozó una sonrisa.

—Qué contenta estoy... —Le temblaron los labios y tuvo que tragar saliva—. Cuando vine a buscarte, no quería pensar que el pasado aún podía afectarnos. Luego, el primer día que te vi, cuando fui a tu casa y apareció tu amiga Rosemary, estaba convencida de que ya era demasiado tarde. El modo en que se comportaba contigo, la manera en que te miraba, la sutil intimidación... Sentí unos celos tan ardientes que no pude evitar advertirle que se alejara.

—Supongo que la he tratado mal —dijo Kate al cabo de unos instantes—. Éramos amigas, lo fuimos durante un tiempo, y después... —Kate hizo una mueca—. Dejé que las cosas fueran más allá, cuando no debería haberlo hecho. Yo no estaba en condiciones de comprometerme con nadie. Nunca lo he estado. Tú estabas siempre conmigo, Ash.

Ashley le apretó la mano y Kate rió quedamente.

—Cuando vivía en Brisbane en casa de Rob y aquella pareja decidió casarse, se mudaron dos chicas al piso. Tuve una aventura con una de ellas, para demostrarme que había superado lo tuyo. —Kate puso los ojos en blanco—. Siempre decía que cuando me besaba era como si hubiera otra persona con nosotras. No se equivocaba.

—Yo también te he llevado siempre en el corazón, Kate. Nunca he dejado de quererte. —Volvió a besarla y emitió un murmullo de placer.

—Ash. —Kate la apartó con delicadeza y la miró a los ojos—. Quizá las cosas no han cambiado tanto. Tal vez tu madre sigue pensando lo mismo de nuestra relación. Y además está tu familia.

Ashley asintió.

—Ya lo sé. Pero ya veremos qué pasa, Kate. No voy a dejar que nadie más se interponga entre nosotras.

—¿Y qué pasará con Jen? —preguntó Kate.

—Jen sabe lo que significas para mí. Se lo he explicado. Hablaremos las dos con ella y le diremos que nos amamos y que queremos ser una familia.

—¿Lo entenderá? —insistió Kate.

—Sabe qué quiere decir la palabra lesbiana, Kate. Los críos de hoy en día están mucho mejor informados que nosotros a su edad. Además, una vez oyó que Dean hacía un comentario despectivo sobre dos lesbianas y luego me preguntó a mí. Le expliqué qué pasaba y ella frunció el entrecejo y dijo que su padre no debería criticar a la gente que no conoce. Ya sé que no soy neutral, Kate, pero Jen es una niña muy madura. Y, además, ya te quiere. Después de todo, tú eras mi compañera de aventuras en todas las historias que le he contado.

Kate enarcó las cejas y Ashley hizo un mohín.

—Ya lo sé. Mira adónde conducen mis historias. En el futuro tal vez tenga que añadir una moraleja a cada cuento, insistiendo en que nadie tiene que intentar llevarlo a la práctica.

Kate se echó a reír.

—Será lo mejor.

—Bueno. —Ashley le mordisqueó la oreja—. ¿Podemos retomar lo que dejamos a medias hace diez años?

—¿Qué quieres decir? —Kate simuló perplejidad.

—¿Podemos seguir corriendo aventuras juntas? —explicó Ashley, con un brillo

de complicidad en sus ojos azules.

Kate sintió brotar una conocida sensación en su interior.

—¿Estás pensando en alguna aventura en concreto?

—Bueno, se me ocurren unas cuantas. Lo curioso es que parecen tener un denominador común. Todas tienen un carácter muy erótico. ¿Qué querrá decir eso?

Kate fingió considerar en serio la pregunta.

—Supongo que significa que estamos en la misma onda y se nos está ocurriendo lo mismo.

Ashley rió con voz queda.

—Entonces no ha cambiado nada, Kate, mi amor. Siempre hemos estado en la misma onda —dijo, mientras acercaba su boca a la de Kate y empezaba a demostrar su punto de vista.